

Donar a l'esperança fonament científic

# Realitat



on artículos y materiales de Ramón Alquézar, Jacques Texier, Francisco Fernández Buey, Ramón del Río, Eugenio del Río, Pere de la Fuente-Salvador López, Martín Rodrigo y Antonio Molina

# Boletín de suscripción a Realitat

Enviar a *Realitat*, Portal de l'Àngel, n.º 42, 2.º 08002, Barcelona  
Teléfono 93-318 42 82

**TARIFA ANUAL:**  
España.....3.500 ptas.  
Resto del mundo.....5.000 ptas. (50 \$)  
Suscripción de ayuda.....5.000 ptas.

Nombre: \_\_\_\_\_  
Dirección: C/ \_\_\_\_\_ n.º. \_\_\_\_\_ Población: \_\_\_\_\_  
Código Postal: \_\_\_\_\_ Provincia: \_\_\_\_\_ Teléfono \_\_\_\_\_

Deseo suscribirme a *Realitat* a partir del número \_\_\_\_\_

## FORMA DE PAGO: (Marcar con x la forma de pago elegida)

- Por giro postal n.º. \_\_\_\_\_ dirigido a la c.c.: Realitat-PCC 2100 3200 92 2201166778  
 Talón bancario n.º. \_\_\_\_\_ dirigido a la c.c. indicada en la línea anterior  
 Transferencia bancaria a la cuenta corriente: Realitat-PCC 2100 3200 92 2201166778  
 Por domiciliación bancaria (en este caso, cumplimentar el recuadro siguiente)

## DATOS A CUMPLIMENTAR EN CASO DE DOMICILIACIÓN BANCARIA

Nombre de la entidad bancaria: \_\_\_\_\_

Domicilio de la Agencia \_\_\_\_\_

Población \_\_\_\_\_

N.º. de la Libreta o cuenta corriente:

Banco	Agencia	c.c.	N.º. de Cuenta Corriente
<input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/>

## Petición de números atrasados:

(Enviar a *Realitat*, Portal de l'Àngel, n.º 42, 2.º.  
08002, Barcelona. Tel. 93- 318 42 82 )

## Oferta de ejemplares atrasados

Números del 7 al 20 ..... 100 ptas. unidad  
Números del 21 al 40 ..... 300 ptas. unidad

Deseo recibir, a las señas que indico, los ejemplares atrasados que numero a continuación:

**Forma de de pago:**  Cheque bancario adjunto, por un importe de \_\_\_\_\_ ptas.  
 Giro postal n.º. \_\_\_\_\_, por \_\_\_\_\_ ptas.  
 Sellos de correos adjuntos, por un importe de \_\_\_\_\_ ptas.

**Mi dirección es:** Nombre \_\_\_\_\_ Tno. \_\_\_\_\_  
Calle \_\_\_\_\_ n.º. \_\_\_\_\_ Código Postal \_\_\_\_\_  
Localidad: \_\_\_\_\_ Provincia \_\_\_\_\_

**CODI** **GRÀFIC**

COMTE D'URGELL, 286 · 08036 BARCELONA  
TEL. 410 92 70 · FAX 322 31 51

PREMIA DIGITAL S.L.

Codi Gràfic, S.L.

Impremta Digital  
Impremta Offset

Disseny Gràfic  
Autoedició

Còpies Color Gran  
Format (90cm. x 4m.)

Fotocòpies Color  
Fotocòpies B/N

Subministres d'Oficina

## En Portada



Marx, Kurt Zimmermann, 1964

**Director:**

*Joaquín Miras*

**Consell de redacció:**

*Mercedes Álvarez,  
Antoni Barbarà,  
J. Miquel Céspedes,  
Xavier Cutillas,  
Palmira Domenech,  
Félix Farré,  
Antoni Franco,  
Jordi Gasull,  
Jordi López,  
Joan Lou,  
Àngels Martínez,  
Jordi Miralles,  
Maria José Pardo,  
Marià Pere,  
Joan Planas,  
Jordi Ribó,  
Celestino Sánchez,  
Josep Serradell,  
Dolores Solís*

**Secretaria de redacció:**

*Alejandro Andreassi,  
Manuel Domínguez,  
Agustín Marcos,  
Antonio Navas,  
José Miguel Puertas,  
Martín Rodrigo,  
Pere Santàgueda,  
Joan Tafalla,  
Carlos Valmaseda*

**Col·laboradors:**

*Oriol Martí,  
Cristina Menier*

**Dept. d'Administració:**

*Pere Santàgueda*

**Disseny i maquetació:**

*Agustín Marcos*

**Redacció:**

*Portal de l'Àngel, 42, 2,  
Tel. 318 42 82,  
Fax: 318 48 35  
08002 Barcelona*

**Edita:**

*Realitat,  
Revista teórica del PCC*

**Impressió**

*Codi Gràfic, S.L.*

**Dipòsit Legal:**

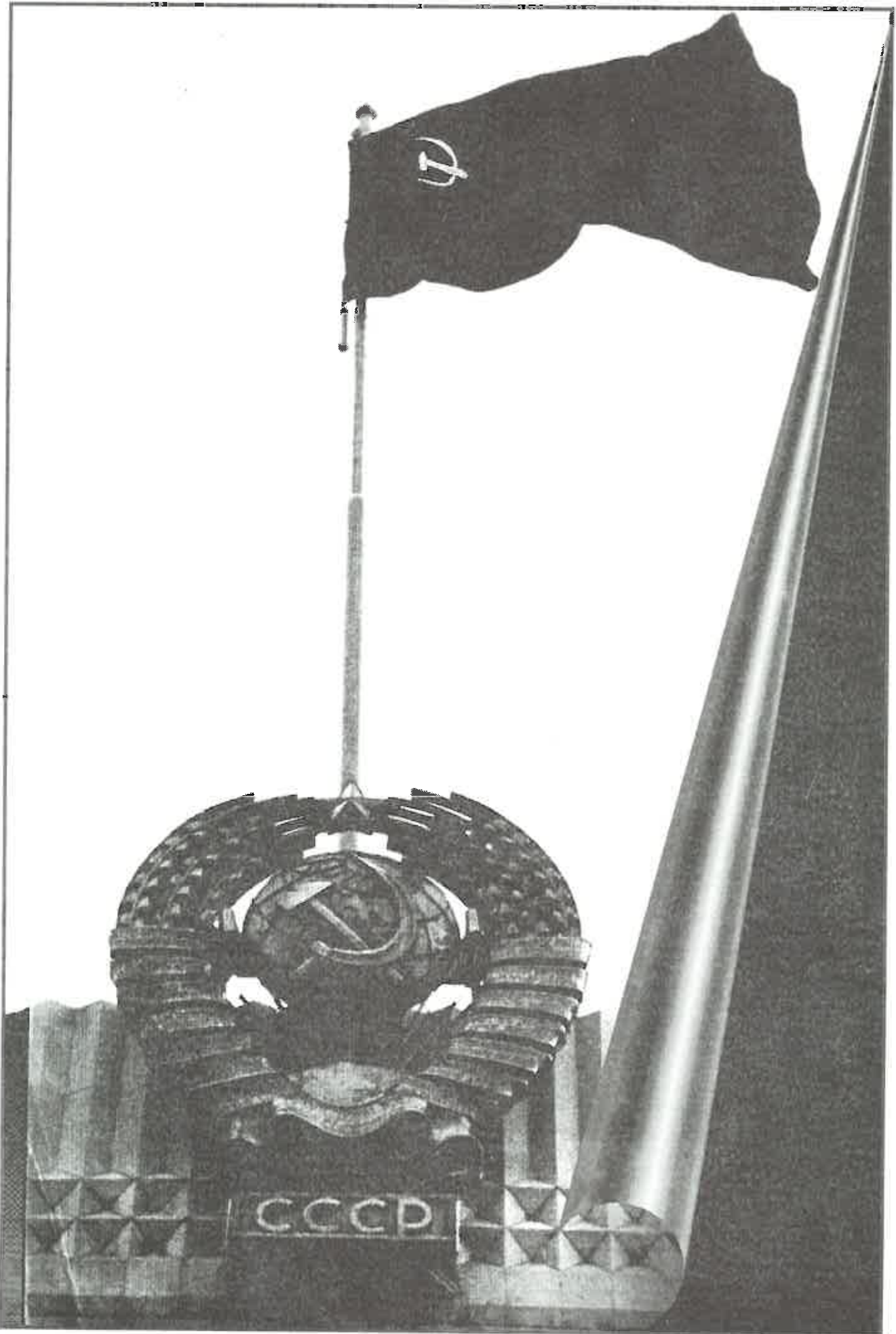
*B-46.492-88*

**Preu: 600 Ptes.**

# Sumario

- 5 La reciente evolución de los países de Europa Central  
*Ramón Alquézar*
- 18 A 150 años del Manifiesto Comunista  
*Jacques Texier*
- 25 Para leer hoy el Manifiesto Comunista  
*Francisco Fernández Buey*
- 28 Cánovas del Castillo y la alternativa en el gobierno  
*Ramón del Río*
- 32 La crisis de la cultura obrera  
*Eugenio del Río*
- 39 En torno a la Dialéctica:  
Antología de textos de Manuel Sacristán  
*Pere de la Fuente Cullell y Salvador López Arnal*
- 46 Invitació a la lectura  
*Martín Rodrigo y Alharilla*
- 47 Reflexiones de un hombre honrado  
*Antonio Molina*





# La reciente evolución de los países de Europa Central

Los problemas de su inserción internacional

Su transformación política, económica y social.

Ramón Alquézar\*

## INTRODUCCIÓN

Entre 1.989 y 1.991, la opinión pública mundial asistió perpleja a una serie de cambios históricos que, a la sazón, se valoraron como trascendentales. Durante este bienio, se extinguió la URSS y se produjo el desmoronamiento de todo el bloque socialista europeo. No cabe ninguna duda que este proceso -que liquidaba el orden mundial bipolar establecido tras la II Guerra Mundial- fue algo que ni los más informados y avisados politólogos e historiadores pudieron augurar. Es cierto que desde la década de los 80 problemas estructurales y superestructurales graves se cernían sobre la URSS y todo «el socialismo realmente existente», que el historiador, de origen japonés, Fukuyama había profetizado en 1.989 -vanamente- sobre el llamado fin de la historia (que comportaba la universalización del liberalismo), pero una mínima dosis de humildad ha de concitar a todos los científicos sociales a aceptar que la fulgurante volatilización de un núcleo de Formaciones Sociales, que configuraron una parte del orden mundial con posterioridad a 1.945, se produjo de una manera sorpresiva, inesperada. Se trata de la eterna cuestión entre las causas subyacentes -ocultas, de larga duración- y los hechos precipitantes -instantáneos, súbitos- del proceso histórico. Lo constatable, ya en la segunda mitad de los 90, es que el mundo consolidado por la Guerra Fría ha dejado de existir. Sólo hay un único orden mundial. No existe la bipolarización anterior entre Estados Unidos y la URSS; ésta se ha fragmentado en un conjunto de repúblicas independientes; el viejo orden socialista, las Democracias Populares, el Partido único, la economía centralizada y estatalizada ha dado paso -con vías múltiples e incluso muy antagóni-

cas- a un pluripartidismo y a una economía de mercado receptora de las leyes capitalistas. Podríamos afirmar que, después de tantas y erróneas fechas de su entierro, finalmente había fenecido la Guerra Fría. No es casual que el final de la Guerra Fría coincida con el desencadenamiento de la Guerra del Golfo Pérsico (1.991). Nos explicaremos. A partir de este conflicto, en el que los Estados Unidos contaron con la solidaridad soviética y, sobre todo después de la extinción de la URSS (Diciembre de 1.991), es un hecho indiscutible que Estados Unidos ganó la Guerra Fría, ya que alcanzó los objetivos que se había propuesto (imponer su hegemonía mundial) sin necesidad de recurrir a la «guerra caliente», directa, circunstancia que hubiese supuesto una confrontación nuclear -espada de Damocles que pendió sobre el orbe desde 1.945- que podría haber implicado el fin de la especie humana. Ahora bien, el final de la Guerra Fría y el monopolio de la hegemonía mundial a cargo de Estados Unidos se erigió sobre el fracaso del reformismo interior de Gorbachov y de la nula respuesta que Reagan y Bush dieron a las ofertas que hizo el dirigente soviético para consolidar una nueva etapa histórica presidida por la distensión, el desarme y la colaboración mundial. Es decir, el final del anterior orden mundial se debe tanto a la obsolescencia del sistema socialista -que no se podía paliar con tímidos reformismos- como a la intransigencia de Estados Unidos, que aprovechó esta coyuntura para implantar su hegemonía y -como señala Chomski- un nuevo orden mundial a partir de 1.991.

De todos modos, el proceso de liquidación de la URSS y de su hinterland europeo resultó ser poco uniforme. El muro de Berlín se derribó en Noviembre de 1.989; el pluralismo político era ya una realidad (con la aceptación tácita de la URSS)

en 1.989 en Polonia y Hungría, y, en cambio, la descomposición total de la Unión Soviética -iniciada con la independencia de las Repúblicas Bálticas de Lituania, Letonia y Estonia -no culminó hasta Diciembre de 1.991, fecha posterior a la absorción de la ex-República Democrática de Alemania por la República Federal de Alemania, que alumbró la nueva Alemania (3 de Octubre de 1.990). De lo que hemos escrito anteriormente, sólo pretendemos colegir que, a pesar del carácter fulminante de la extinción del bloque socialista europeo, el proceso preservó y recuperó especificidades nacionales históricas, existentes antes del impuesto uniformismo socialista. Hubo rupturas violentas, con el asesinato del dictador Ceaucescu en Rumania, revoluciones llamadas de «terciopelo» (transacción pactada y pacífica entre las diversas fuerzas políticas), como en Checoslovaquia) la desaparición violenta, acompañada de una Guerra Civil de cuatro años, de una entidad estatal unitaria, diseminada actualmente en un mosaico de repúblicas, como el caso de la ex-Yugoslavia, e incluso metamorfosis más o menos opacas que posibilitaron el mantenimiento del control político -ahora ya no omnímodo- por la antigua clase dirigente, como es el caso de Bulgaria.

LA RECIENTE EVOLUCIÓN DE LOS PAÍSES DE EUROPA CENTRAL Y ORIENTAL. SU TRANSFORMACIÓN POLÍTICA, ECONÓMICA Y SOCIAL.

Antes de desarrollar el contenido específico del tránsito hacia el pluralismo político y la economía de mercado de cada uno de los estados de Europa central y oriental, cabe hacer hincapié en un denominador común que discurre paralelo a este proceso histórico: el cambio

\*.- Ramón Alquézar es Profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de Bellaterra

del rol desempeñado por la URSS (el Estado matriz de este colectivo) con respecto a la anterior etapa de la Guerra Fría. Nos explicamos. La etapa de Gorbachov (1.985-1.991) rompió radicalmente con la anterior estrategia de la URSS respecto a las democracias Populares (especialmente a partir de 1.989, cuando el líder soviético aceleró el programa de reformas y liquidó la cuestión de Afganistán); mientras que en la inmediata postguerra y a lo largo de toda la Guerra Fría, la URSS encarnó la ortodoxia del inmovilismo y del quietismo ideológico-político más recalcitrante con la pertinente hostilidad a cualquier tímida reforma interior (en este aspecto, la etapa de Breznev (1.964-1.982) significó un retroceso en relación a la de Krushev (1.956-1.964), así como en el glació político que controlaba, hasta el punto, si era necesario de intervenir drásticamente (militarmente) allí donde se suscitase alguna heterodoxia (Berlín, 1.953; Hungría, 1.956; Checoslovaquia, 1.968), en la era Gorbachov fue la URSS quien adoptó medidas de reformismo que pretendió exportar a las Democracias Populares. Es la URSS quien transige -en una prueba palpable de la aceptación de reformas- con la introducción del pluralismo político en Polonia y Hungría en 1.989, quien, incluso, exige a Honecker que rompa con el modelo rígido de comunismo que encarnaba la República Democrática de Alemania (Octubre de 1.989), y es Gorbachov quien concluye los acuerdos con el canciller Kohl y da vía libre para el proceso de unificación de Alemania entre 1.989 y 1.990.

Hecha la interpretación de las claves que explicitan la rauda desaparición de las Democracias Populares, analizaremos seguidamente como aquéllas se han concretado en cada uno de los Estados, y cuál ha sido la evolución de éstos en el largo quinquenio que abarca de 1.989 a 1.995. Iniciaremos nuestro periplo analítico por la ex-República Democrática de Alemania (RDA). El motivo de la elección es que la cuestión de Alemania se convirtió en uno de los ejes fundamentales de la Guerra Fría (dividida en dos Estados, reflejo de la hegemonía de Estados Unidos y de la URSS respectivamente, Bloqueo y Puente Aéreo de Berlín en 1.948-1.949, sublevación en el Berlín Oriental en 1.953, erección del muro en Agosto de 1.961) por la relevancia de Alemania en Europa, así como porque tanto la República Federal de Alemania (RFA) como la RDA reflejaron el carácter de avanzadilla territorial e ideológica de los sistemas dentro de la bipolarización mundial.

En la transición de los países del Este o en el abandono del modelo socialista, hay que valorar como una vía rápida la in-



tegración de la ex-RDA en la RFA para alumbrar la República Alemana (3 de Octubre de 1.990). Después de la caída del muro de Berlín (9 de Noviembre de 1.989) se pensó en una integración económica de los dos estados alemanes que, en el mejor de los casos, duraría años, ya que las reformas a realizar eran amplias y profundas. Sin embargo, los acuerdos entre Kohl y Gorbachov propiciaron la integración (a pesar de las reticencias y temores de la entonces Comunidad Europea, sobre todo de Mitterrand, que tenía una Europa germanizada) en Octubre de 1.990. Así pues, la unificación resultó ser un proceso rauda en sus tres dimensiones: política, económica y monetaria. Después de la apertura del muro de Berlín (9 de Noviembre de 1.989), se realizó la unión económica y monetaria alemana el 1 de Julio de 1.990. Hasta desembocar en estos hechos fundamentales se desencadenaron las etapas siguientes:

1.- El levantamiento popular de la Alemania Oriental y la caída del muro de Berlín. Millones de alemanes se prestan decididos, a pesar de la represión, a marchar hacia la RFA.

2.- Poco después, en Noviembre de 1.989, el canciller Helmuth Kohl anunció en el Bundestag un plan de reunificación de 10 puntos con este contenido:

a) urgentes medidas de ayuda a la RDA.

b) máxima cooperación entre los dos Estados

c) elecciones libres en el Este y comienzo del fin de la economía planificada,

d) aceptación de una comunidad contractual entre los dos estados.

e) propuesta de una confederación

con un órgano parlamentario común.

f) situar las relaciones alemanas en el marco europeo y de relaciones Este-Oeste.

g) abrir la Comunidad Europea a una RDA democrática y a otros Estados europeos orientales.

h) ampliar la cooperación alemana en Europa en el marco de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea (CSCE).

i) unidad estatal de Alemania como objetivo político. En febrero de 1.990, Kohl y Hans Modrow, Primer Ministro de la RDA, anunciaron la creación de una Comisión de Expertos encargada de elaborar un proyecto de unión monetaria y económica de las dos Alemanias.

j) aceleración del proceso de desarme.

3.- Mientras tanto, la URSS asistió impotente al proceso de desintegración de la RDA. Gorbachov defendió la canalización del movimiento, priorizando un proceso diplomático que tuviese en cuenta los intereses de los cuatro vencedores en la II Guerra Mundial -Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética- y de las restantes naciones europeas. Gorbachov, con todo, reconoció que los ciudadanos de los dos estados alemanes tenían el derecho a la autodeterminación.

4.- Las elecciones del 18 de Marzo de 1.990 en la RDA reprodujeron, en términos generales, la estructura política de la RFA: un partido demócrata cristiano (CDU) con el 48% de los votos y un partido socialdemócrata con el 21%. Sólo la injerencia del Partido Comunista, con algo más del 15% de los votos, rompió este calco. El oportunismo político de Helmut Kohl y las necesidades de Lothar de Maziere (reciente vencedor de las elecciones en la RDA) en busca de una ventajosa unión monetaria precipitaron la unificación.

5.- La quinta etapa se produjo en Mayo de 1.990, cuando los dos Estados acordaron el tratado de Estado bilateral, fijando las modalidades de la unión monetaria, económica y social que entró en vigor el 1 de Julio de 1.990 con estas bases: el Bundesbank se convertía en el banco central de emisión para las dos Alemanias; las rentas, salarios, alquileres y arrendamientos de la RFA tenían que pagarse en marcos alemanes (DM) sin alterarlo nominalmente; se adoptaba la tasa de conversión de 1:1 en los cambios de moneda, pudiendo los residentes en la RDA intercambiar sus ingresos con esta misma tasa; las deudas de las empresas de la RDA serían convertidas con tasas de 1:2 (1 DM 2 Ostmark).

6.- La última etapa transcurrió paralela a los últimos acontecimientos citados, y concierne a las sesiones de la Conferencia 'cuatro más dos'. Es decir, una negociación en

la que intervinieron los cuatro vencedores de 1.945 más la RFA y la RDA. La Conferencia delimitó las condiciones exteriores e interiores de la reunificación, ratificando como inamovibles las actuales fronteras de Alemania, decisión que sirvió para alejar el temor que Polonia tenía de cualquier ulterior revisión territorial alemana.

El corolario de estos seis tramos es que en poco menos de un año se había pasado de la caída del muro de Berlín al surgimiento de una Alemania de 80.000.000 de habitantes, que poseía un PIB que igualaba el de Gran Bretaña y Francia sumados. ¿Pero cómo pudo materializarse este proceso tan veloz? Un punto de partida es que la caída del muro de Berlín -detonante de la unificación-, se inscribía en el proceso general del hundimiento del «socialismo realmente existente». Es obvio que este proceso no hubiese sido posible sin la perestroika, con lo cual la URSS asumió un protagonismo indirecto -pero decisivo- en la caída de estos regímenes. La URSS necesitaba el desarme para un posible éxito de la perestroika y no le quedó otra opción que abandonar unilateralmente la Europa Central y Oriental que hasta entonces había regido. (A este respecto, han abundado análisis en los que se afirma que Gorbachov utilizó la KGB para desmoronar las resistencias al cambio que existían en diversos Estados, sobre todo en la RDA y en Rumania, aunque, eso sí, sin que el dirigente soviético previera la radicalidad y profundidad de los mismos). En plena crisis económica-política, a la URSS le resultaba insostenible (entre otras causas, pero también por éstas, abandonó Afganistán) mantener su presencia militar y dispensar asistencia económica a los Estados que hasta entonces había tutelado. En esta coyuntura, la aceleración del proceso de unificación alemana respondió a la conjunción de, como mínimo, los siguientes factores:

1.- A la debilidad soviética se añadió la de la RDA, cuya situación como baluarte del socialismo era más grave de lo que se pensaba, tal como puso de manifiesto el veredicto de las urnas el 18 de Marzo de 1.990.

2.- Junto a ello, la RFA aprovechó esta doble debilidad para anexionar un Estado sin ningún tipo de contraprestación.

3.- El poder económico de la RFA le permitió imponer una unificación que, a priori, tenía atractivos económicos para la RDA, con el beneplácito -ya alcanzado- de la URSS. Los Estados Unidos y los aliados europeos de la RFA no pudieron objetar gran cosa (a pesar del temor que podía suponer la «germanización» de Europa), pues la Alemania unida permanecería en la OTAN.

4.- Que 1.990 fuese un año electoral



en la RFA, circunstancia que aceleró el proceso, pues ninguna fuerza política quería verse tildada de «abandonista»; todas exageraron la veta nacionalista, la reparación histórica consumada. Sólo los «Verdes» se opusieron a esta orquestación nacionalista. El Partido Socialdemócrata, dirigido por Lafontaine, sólo alertó sobre los posibles costes sociales y económicos de la unificación, pero nunca cuestionó la misma.

5.- El egocentrismo de Helmut Kohl, dispuesto a pasar a la Historia como el Bismarck de 1.990, a la vez que líder de la Europa Comunitaria.

Para rematar el proceso unificador, el 2 de Diciembre de 1.990 se celebraron las primeras Elecciones Legislativas de Alemania, que otorgaron la victoria a la coalición gubernamental de demócratas-cristianos y liberales; la Democracia Cristiana y la CSU (socialcristianos) bávara obtuvieron el 43,8% de los votos y el Partido liberal (tercer socio de la coalición gubernamental) el 11%. El Partido Socialdemócrata Alemán sólo obtuvo el 33,5, el peor resultado desde 1.957. El PSD de Modrow sólo el 2,4%, pero alcanzó representación parlamentaria porque la tasa mínima del 5% se aplicó sólo a las circunscripciones electorales de la ex-RFA. Hubo unanimidad en valorar estas elecciones como una falacia del «socialismo» de la ex-RDA, y que la nueva Alemania (era una etapa de coyuntura económica de bonanza) había girado a la derecha, pues los resultados globales rechazaban incluso los particulares de la vieja RFA.

La principal objeción actual al proceso de reunificación es su coste económico (especialmente gravoso en una coyuntura de recesión económica europea que ha

afectado también a Alemania y que puede generar protestas sociales como respuesta al proyecto de Kohl de recortar las cuantiosas prestaciones de que han gozado hasta ahora los ciudadanos alemanes). Desde el inicio del proceso hasta fines de 1.991, se habían producido unas transferencias públicas al Este de 160.000 millones de marcos, superando los 200.000 millones entre 1.992 y 1.993. Es más, según el Pacto de Solidaridad, acordado en Marzo de 1.993, las transferencias públicas al Este hasta 1.995 alcanzarán los 11 0.000 millones de marcos anuales, cotas que superan incluso las ayudas que Europa recibió en el Plan Marshall entre 1.948 y 1.952. Esta desviación de recursos de la ex-RFA hacia la ex-RDA ha convulsionado la economía de la actual Unión Europea; el alza de los tipos de interés impuesta por Alemania, para recaudar numerario y financiar el coste de la unificación, frenó el crecimiento de los otros Estados y desvió los depósitos hacia el atractivo alemán. En definitiva, las intenciones iniciales alemanas de «lo pagaremos todo nosotros» se han trocado en una obligada participación alícuota de la financiación de la absorción de la ex-RDA. En el panorama actual, se vislumbra la superación de la crisis de 1.993-1.994. Teniendo en cuenta, incluso, las dificultades que plantea la reconversión de una economía centralmente planificada en una economía de mercado y los costes de la reunificación, hay que considerar que la capacidad económica de la ex-RFA es enorme, lo que unido a las posibilidades de la ex-RDA (vale la pena no olvidar que la ex-RDA había alcanzado hitos notables de industrialización, que contaba con una fuerza de trabajo bastante cualificada y que poseía un nivel de vida aceptable), ahora con un equipamiento industrial modernizado, hace que el peso de la economía alemana en el seno de la Unión Europea se acreciente de tal forma que cualquier oscilación o sobresalto económico trascienda al resto del mundo y, muy especialmente, a Europa.

A continuación, nos ocuparemos de tres transiciones pacíficas, las de Polonia, Checoslovaquia y Hungría.

En Polonia las elecciones semidemocráticas de Junio de 1.989 comportaron la victoria del sindicato «Solidaridad» y el establecimiento de un Presidente del Consejo que, por primera vez en el bloque del Este, no era comunista. La dimisión del general Jaruzelski (que gobernaba desde 1.981) en otoño de 1.990 condujo a Lech Walesa (principal líder de «Solidaridad») a la Presidencia de la República en Diciembre del mismo año, proceso que contó con la aquiescencia de la

URSS. De las Elecciones Legislativas de Octubre de 1991 surgió un gobierno de centro-derecha que hubo de encarar la nueva situación de pluralismo político y de apertura hacia una economía de mercado. La situación heredada era muy grave (una industria de bienes de producción obsoleta, una agricultura en gran medida privada, pero anticuada y de bajo rendimiento, un déficit presupuestario que alcanzaba el 7,5% del PIB, una inflación del 60% en 1.988 y del 700/0 en 1.989 y, finalmente, una Deuda Exterior de 40.000 millones de dólares). El «arreglo» de este sombrío panorama se encarga al economista Krzysztof Liss, con la privatización del sector estatal como objetivo fundamental. Con todo, entre 1.989 y 1.990 el plan de urgencia diseñado fracasó. Desempleo galopante, inflación terca y reducción de la producción industrial fueron las notas dominantes. Con las admoniciones del Fondo Monetario Internacional, Polonia inició en Enero de 1.990 un programa económico más amplio cuyos objetivos eran la estabilización económica a corto plazo, en particular de la inflación y la instauración de una economía de mercado. A cinco años vista, se puede afirmar que en Polonia se ha pasado de la «estabilidad de la miseria anterior» a la incertidumbre y a las desigualdades socioeconómicas actuales. Se ha reducido la Deuda Exterior, frenado el déficit público y la inflación (exigencias del FMI inherentes a sus créditos), se ha equilibrado la balanza comercial de pagos, pero la contrapartida ha supuesto la reducción en un 30% real de los salarios y de las prestaciones sociales del Estado, inmerso en una política drástica de recorte del gasto público. El año 1.992, tres años después del inicio del programa de reestructuración económica de Balcerowicz, tuvo el valor de test. La terapia de choque aplicada por éste para acelerar una transición más rápida a la economía de mercado fracasó. Conllevó unos costes sociales tan elevados que Walesa se vio obligado a destituirle y a reemplazarle por Hanna Suchocka a fines de 1.991. En la presentación de su programa de gobierno, Suchocka declaró ante el Parlamento su intención de suavizar la terapia de choque con la intervención del Estado en aquellos sectores más dañados por la crisis y el desempleo, tales como la agricultura y la energía (Polonia había visto reducida a casi la mitad los envíos de petróleo desde la URSS). Sin embargo, a pesar del relativo éxito de las medidas acometidas, la alianza sellada entre la derecha y la izquierda permitió, a mediados de 1.993, una moción de censura presentada por una parte del sindicato «Solidaridad», que obligó a Suchocka a presentar la dimisión. El

resultado de las Elecciones Generales de Septiembre de 1.993 comportó cambios en la política económica. La victoria de la Alianza Democrática (SLD) y del Partido Campesino (PSL), dos fuerzas vinculadas al anterior régimen comunista y reconvertidas a la socialdemocracia, supuso rectificaciones notables; se optó por una moderación del ritmo radical de las reformas económicas de 1.989-1.993. Después de las elecciones, el presidente Walesa se vio forzado -a regañadientes- a aceptar como eje gubernamental a la coalición del SLD-PSL y a Waldemar Pawlak, del PSL, como Primer Ministro. Los antiguos comunistas consiguieron el control de ministerios clave, sobre todo los relacionados con la economía y las privatizaciones, imponiendo un «pacto social» de hecho. El declive del sindicato «Solidaridad» (principal oposición al comunismo en la década de los 80), que al no poder recuperar su antiguo poder ha asumido el ambiguo papel de asesor y censor político, muestra diáfamanamente la necesidad de establecer nuevas reglas de actuación en el juego democrático de los agentes sociales. Mientras, la Alianza de la Izquierda se convirtió en la primera fuerza política de Polonia (173 escaños), núcleo gubernamental con el populista Partido Campesino (128 escaños), coalición de la que surgió el gobierno de Waldemar Pawlak. En cambio, la Unión Democrática de Mazowiecki (68 escaños) y la derecha, que apoyó a Walesa, han perdido respaldo popular. En febrero de 1.995, la Cámara de Diputados substituyó a Pawlak por el ex-comunista Jozef Oleksy en la jefatura de gobierno, lo que supuso un reto y desafío a las influencias que Walesa ejercía en los ministerios clave. En las Elecciones Presidenciales de Noviembre de 1.995, Walesa no pudo detener el descrédito político y la imagen de intervencionista que le afectaba. Fue derrotado -a pesar de que contó con el favoritismo descarado de la Iglesia- por Aleksander Kwasniewski, representante de las opciones de centro-izquierda, por 51,72% de los votos frente a 48,28% de Walesa. En febrero de 1.996, el socialdemócrata Włodzimierz Cimoszewicz substituyó a Oleksy como primer Ministro.

Al hacer una balance socioeconómico de estos cinco años de democracia (con cinco Primeros Ministros y tres Elecciones Generales), hemos de constatar que Polonia ha reducido la inflación (detenida en un 35%), aumentado la producción industrial en un 7% y un crecimiento global cercano al 4% anual. Como elementos negativos de esta recuperación, hay que señalar el ahondamiento de las diferencias socioeconómicas entre la población y una tasa de paro (cercana al 300/o) oficial

espeluznante, solo lenificada por el auge de la economía sumergida. Asimismo, el recorte del gasto público ha dejado indefensos a sectores sociales que antes recibían la atención del Estado, lo cual explica los virajes políticos hacia la izquierda de 1.993 y 1.995.

Si en algún lugar había anidado el sentimiento antisoviético, éste era, sin duda, en Checoslovaquia. El recuerdo de la invasión de las tropas del Pacto de Varsovia (eufemismo que disfracó la intervención soviética) en Agosto de 1.968, generó una hostilidad colectiva contra la URSS. La respuesta de los dirigentes comunistas impuestos por Moscú después del aplastamiento de la «Primavera de Praga» fue la conversión de Checoslovaquia (que contaba con una tradición democrática anterior) en uno de los baluartes de la rígida ortodoxia socialista. Este irredentismo checoslovaco quedó saldado a mediados de 1.991, cuando el último soldado soviético abandonó el territorio de Checoslovaquia, y el Pacto de Varsovia se autodisolvió en una sesión celebrada en Praga y presidida por el presidente Vaclav Havel.

A pesar de ser uno de los estados más industrializados del bloque ex-socialista, las dificultades económicas se agudizaron en Checoslovaquia en la década de los 80. Apuntemos algunas causas: 1) débil y decreciente tasa de natalidad, que provoca el envejecimiento de la población y escasez de mano de obra, 2) excesivo crecimiento de la industria pesada y armamentista, grandes consumidores de energía, 3) insuficiente producción energética, 4) baja productividad laboral, 5) focalización excesiva del comercio exterior en los países socialistas. A partir de este sombrío panorama, en Enero de 1.989, se autorizó la participación extranjera en las empresas hasta el 99/o, en lugar del 49/o anterior. Esta medida habría de empezar a aplicarse en Enero de 1.990, pero los acontecimientos de Noviembre de 1.989 (la llamada «revolución de terciopelo», coetánea de la caída del muro de Berlín, y que liquidó pacíficamente el régimen comunista), la salida del gobierno del comunista Gustav Husak, la llegada al poder de una coalición en la que los comunistas eran minoritarios y, finalmente, la elección de Vaclav Havel como Presidente de la República el 29 de Diciembre de 1.989 (substituyó al comunista Husak) crearon una situación nueva: se trataba ya de reestructurar en profundidad el obsoleto sistema socialista. A esta tarea se dedicó el Foro Cívico, plataforma electoral de Havel (un represaliado por el régimen del binomio Svoboda-Husak y miembro del colectivo «Carta 77»). En el programa de gobierno se afirmó que «el resta-



blecimiento de la economía exige un mercado sin intervención burocrática, combinando diferentes formas de propiedad». De hecho, la ley sobre empresas privadas entró en vigor en Mayo de 1.990 y autorizaba la propiedad privada de las empresas de producción y distribución. En resumen, el nuevo equipo de gobierno se comprometió en dirigir la transición hacia la economía de mercado, aunque -a diferencia de Polonia- con una aplicación más progresiva y suave que no rápida y violenta. Esta opción de Checoslovaquia (al margen del talante distinto de los dirigentes checoslovacos y polacos) pudo imponerse porque la Deuda Exterior de Checoslovaquia era muy escasa (una deuda por habitante de algo más de 400 \$, una de las más bajas de las ex-Democracias Populares). La eficacia de la nueva política económica se reflejó rápidamente en el sector terciario y financiero (en Enero de 1.990 se inició la reforma del sistema bancario con un banco central que controla el volumen total de créditos, siete bancos comerciales y uno de inversión), que facilitó la admisión (1.990) de Checoslovaquia en el FMI y en el Banco Mundial. En cambio, el lastre en la reconversión ha residido en la industria ex-estatal pesada, no competitiva, retrasada tecnológicamente y, por ende, poco atractiva para ser adquirida por el capital privado, hasta el punto que este factor y el de la dependencia energética son los obstáculos más graves que se ciernen para la recuperación global (aunque se haya producido la separación en dos Estados) de la economía checoslovaca.

En el ámbito político, las Elecciones Legislativas de Junio de 1.990 fueron ganadas por el heterogéneo Foro Cívico, y Havel encargó a Marian Calfa la dirección del gobierno, quien prosiguió con el programa de reformas políticas y económicas consolidado desde fines de 1.989. La gestión liberalizadora de Calfa fue aceptada mayormente en la república checa, con mayor proclividad histórica al liberalismo, pero no tanto en la eslovaca. Con todo, la transición económica en Checoslovaquia tuvo la gran ventaja de realizarse en un contexto político claro. Havel -que fue reelegido Presidente por dos años en Julio de 1.990- normalizó la situación en un tiempo récord, lo que, evidentemente, suavizó el impacto de los cambios políticos y económicos, circunstancia que ha hecho catalogar la transición checoslovaca como «la revolución de terciopelo».



El más enconado de los problemas que se le presentó a la nueva Checoslovaquia, entre 1.991-1.992, fue la posibilidad, posteriormente confirmada, de separación de la Federación en dos Estados. La división de la Federación fue decidida por los vendedores en las Elecciones Legislativas de Junio de 1.992 a la Asamblea Federal -y a los Consejos Nacionales checo y eslovaco- en las que se impuso la coalición de derecha del Partido Cívico Democrático (ODS) de Vaclav Klaus, con el 380/o de los escaños, mientras que el partido de Havel era ampliamente derrotado y Klaus se convirtió en jefe del gobierno checo. En Eslovaquia, en cambio, históricamente más decantada a la derecha, triunfó la mayoría de izquierdas del Movimiento por Eslovaquia Democrática (HZDS) de Vladimir Meciar. Esta aparente sorpresa electoral tuvo una cierta lógica. El coste de la vida, la inflación y el paro (el 50/o frente al 13%) son más elevados en Eslovaquia; últimamente la producción ha descendido menos en la república checa; el 80% de las inversiones extranjeras se dirigen a ésta, etc., etc., vicisitudes que explican la apuesta eslovaca por un gobierno de izquierdas que preservara la fuerte presencia del estado en las esferas socioeconómicas vitales, deseo que contrastaba con el liberalismo irreversible que se había consolidado en la República checa. Este elemento, junto con los agravios históricos seculares (los eslovacos han soportado agria-

mente la hegemonía checa), explicarían que Havel, incapaz de resolver el problema de un acoplamiento equilibrado entre las dos naciones, dimitiera de la Presidencia Federal en el verano de 1.992 y se abriese la puerta para la separación efectiva entre Chequia y Eslovaquia. El 25 de Noviembre de 1.992 murió el Estado fundado por Tomas Masaryk en 1.918. Detrás de este hecho consumado (la partición del país entró en vigor el 1 de Enero de 1.993) se refleja el fracaso (la última tentativa para mantener el Estado Federal fue en Febrero de 1.992, cuando los presidentes de los dos Parlamentos llegaron a un acuerdo que fue adoptado por el Consejo Nacional checo pero no por el eslovaco) de las élites políticas para llegar a un compromiso satisfactorio. En última instancia, al llamado «divorcio de terciopelo» (separación de Checoslovaquia en dos Estados) coadyuvó tanto la indiferencia prepotente de la mayoría de 105 checos como el obstructionismo parlamentario sistemático (reacción extemporánea de un nacionalismo eslovaco que aportaba votos) de los diputados nacionalistas y comunistas eslovacos. Desestimado el recurso de un referéndum, el Parlamento Federal votó su propia desaparición y, con ella, la del Estado checoslovaco.

Consumada la separación (1 de Enero de 1.993), hubo que solucionar cuatro problemas pendientes: 1) la moneda y el papel del banco central o de los bancos centrales, que se saldó con la ruptura de la unión monetaria en Febrero de 1.993 y la valoración diferenciada del monto de la Deuda Externa que asumía cada uno de los nuevos Estados. Este elemento fue el que encrespó más las relaciones entre ambos. 2) la división de bienes nacionales y de las reservas del Estado, así como los bienes federales en el extranjero, cuestiones que pudieron ser pactadas positivamente antes de la separación efectiva. 3) la privatización por cupones (medida de 1.992 que permitía a una persona convertirse en accionista de las empresas privatizables que eligiese), en el sentido de respetar compromisos anteriores adquiridos con determinadas empresas, así como con el endeudamiento de algunas de ellas. Cabe señalar que mientras los eslovacos han invertido el 20% de sus cupones en la economía checa, los checos sólo han invertido algo más del 1% de los suyos en la economía eslovaca. 4) la cuestión «humanitaria», que concierne a la población que vive

a lo largo de las dos fronteras, y que mayoritariamente (aunque no pudiese expresarlo en ninguna instancia) se opuso a la partición. Este problema exigió y exigirá una colaboración de los dos Estados para atender problemas cotidianos que han sido generados por una ubicación de carácter político, pero, en realidad, arbitraria y artificiosa.

Actualmente, la República Checa está dirigida por Vaclav Klaus, vencedor en minoría de las Elecciones Legislativas del verano de 1.996 (Havel continúa como Presidente de la República), a la cabeza de una coalición de derechas. En Eslovaquia, el Parlamento provocó la dimisión del gobierno de Vladimir Meciar en Marzo de 1.994 a causa de la cuestión de las privatizaciones y fue substituido por Jozef Moravick, al frente de una coalición que englobó desde antiguos comunistas a cristianodemócratas. Moravick ralentizó el programa privatizador, catalizado suavemente de nuevo por Meciar, líder del Movimiento para una Eslovaquia Democrática, que venció en las Elecciones Legislativas de Octubre de 1.994, con un 33,6% de los votos. Opción Común, alianza de la izquierda, aglutinada por los ex-comunistas, obtuvo el 12,3%. Meciar ha iniciado una política de acercamiento a la Unión Europea, de la que discrepa el Presidente de la República Eslovaca Michael Kovac, más escorado a la izquierda.

En el umbral del fin de siglo, la antigua Checoslovaquia ha de solucionar, como mínimo, dos problemas perentorios: el de la modernización económica y el de las minorías eslovaca en Moravia y Bohemia (República Checa) y húngara en Eslovaquia, elemento este último que ha dado lugar a fricciones interestatales.

**Hungría** se convirtió, junto a Polonia, en adalid del pluralismo político en las ex-Democracias Populares. Esta coincidencia no resultó casual. Incluso en los períodos de más férrea ortodoxia comunista, Polonia y Hungría ya desarrollaron procesos de privatización de buena parte de la tierra, y, particularmente en Hungría, una cierta liberalización de la economía se incrustó, eso sí, en coexistencia forzada con el inmovilismo político. Hungría aparece, entre todos los países ex-comunistas, como un modelo positivo en su transición a la democracia. La estabilidad política y el ritmo de las transformaciones económicas han sido considerados como paradigmáticos por la opinión política occidental (sin duda porque el modelo húngaro resultó el más acorde con el capitalismo de corte europeo). De todos modos, los húngaros no han compartido, en los últimos cuatro años, esta euforia ajena; la pobla-

ción húngara ha dado signos de desencanto a causa de los elevados costes sociales de las reformas. Prueba de este desencanto es la victoria del Partido Socialista Húngaro (integrado por ex-comunistas) en las Elecciones Legislativas de Mayo de 1.994. Pero antes de proyectarnos sobre la realidad más inmediata continuaremos con el análisis general que habíamos empezado. La estructura política de la Hungría actual ha conformado una democracia monocameral con un fuerte control de las leyes por parte de la Cámara constitucional. La vida sindical reproduce un pluralismo a la francesa, con la competencia intersindical en todos los sectores productivos e, incluso, en las propias empresas. Los antiguos sindicatos comunistas (una falacia como instrumentos de defensa y organización de las clases trabajadoras) se han transformado -ahora como entes operativos en su cometido histórico- en la Federación Húngara de Sindicatos, mientras que los neófitos «Sindicatos Libres», émulos de la AFL-CIO estadounidense, han fracasado estrepitosamente. En una posición intermedia entre el sindicalismo de clase y la inclinación «amarillista» se encuentran los «Consejos Obreros», influidos por el Foro Democrático, principal partido de la derecha. Sin que quepa hablar de correas de transmisión, las tres opciones sindicales reflejan notablemente el arco político húngaro de la transición. En la derecha, las corrientes demócrata-cristianas y nacional-populistas, polarizadas en torno al Foro Democrático Húngaro (HDF), amalgama en la que se inscriben, entre otros, el Partido de los Pequeños Propietarios y el Partido Popular; en el centro, las formaciones liberales de los Demócratas Libres y la Federación de Jóvenes Demócratas, ambas mayoritarias en las grandes ciudades, y receptoras de alrededor de un tercio de los votos; en la izquierda, los partidos denominados socialistas, entre los cuales el hegemónico es el Partido Socialista Húngaro (MSP), ya que los restantes de izquierda, de orientación comunista, no han superado la barrera del 4% de los votos para acceder a la representación parlamentaria.

Desde 1.987, el ritmo de las reformas se aceleró en Hungría. Aunque nadie de la esfera gubernamental pretendió alterar lo más mínimo la superestructura política, el objetivo de las reformas se cifró en la reorientación hacia la economía de mercado. Entre 1.985 y 1.987 se liberalizaron una parte importante de los precios de los productos, sobre todo de consumo; en 1.987 se descentralizó el sistema bancario; en 1.988 se introdujo la Tasa sobre el Valor Añadido y un impuesto sobre la renta (reconocimiento explícito de la existencia

de una estratificación socioeconómica); también en 1.988 se inició la flexibilización de las tasas de interés y surgió el mercado de acciones. A la sazón se hablaba de «capitalismo popular». En 1.989 se creó un Fondo de Seguridad Social, que permite cobrar en situación de desempleo; en 1.990 se abrió la Bolsa de Budapest y se acordó la reprivatización del sistema bancario, el desmantelamiento de las cooperativas y la restitución de las tierras a sus antiguos propietarios (medida que engendró múltiples conflictos y disputas y que degeneró en abusos e injusticias al aplicar los mecanismos de devolución), siempre que éstos se comprometieran a explotarla convenientemente. Sin embargo, estas transformaciones de la estructura económica no evitaron graves problemas, como el endeudamiento externo (de los 8.000 millones de dólares de 1.982 se pasó a los 14.000 de 1.985, a los 16.000 de 1.987 y a los más de 21.000 millones de 1.993, que representa más del 50% del total de la exportación de bienes, para un país de 11 millones de habitantes. Por otro lado, los servicios de la Deuda inciden negativamente sobre el gasto público, y, además, la tasa de paro supera el 12%, cifra preocupante si tenemos en cuenta que el sector primario acoge unos índices superiores a los europeos de población activa. Por lo que respecta a la inflación, rebajada en 1.992, se elevó en 1.993 y 1.994. A partir de 1.993 (especialmente por las divisas aportadas por el turismo masivo y porque Hungría, desde 1.991, recibe la mitad de las inversiones extranjeras en las ex-Democracias Populares), comenzó una tendencia hacia la recuperación, que se prolongó en 1.995. En la actualidad, los indicadores positivos del sector terciario se ven contrarrestados por la decadencia del sector agrícola, el aumento de los precios de consumo (algunos a nivel de Europa Occidental), el déficit presupuestario, la balanza de pagos y el desempleo, ya que el sector privado no ha absorbido los empleos desaparecidos con la desmantelación del sector estatal.

En cuanto a la evolución política, también Hungría incorporó antes que otros estados del bloque socialista innovaciones en su sistema. En Febrero de 1.988, Grosz substituyó a Janos Kadar en la dirección del Partido Socialista Obrero Húngaro (comunista), y, asimismo se convirtió en Primer Ministro. Este aparente «normal» reemplazamiento estaba impregnado de simbolismo. Desaparecía de la escena política Kadar (que moriría en Julio de 1.989), el dictador impuesto por la Unión Soviética después de los trágicos acontecimientos de Octubre-Noviembre de 1.956, y en su lugar accedía un «aperturista».



Grosz delegó en Junio de 1.989 las responsabilidades del POSH en Nyers, mientras él asumía las gubernamentales iniciando con la reclamación de la retirada de las tropas soviéticas (Enero de 1.990) una política de independencia respecto a Moscú. Asentado el pluralismo político, en 1.990 Hungría concluyó el proceso hacia un modelo político parlamentario de talante occidental. En Agosto, Göncz fue elegido Presidente, mientras Jozsef Antall (que murió en Diciembre de 1.993) fue nombrado Primer Ministro, ya en plena etapa de conjugación de las transformaciones políticas con las económicas, como Presidente del HDF, vencedor de las elecciones. Antall desempeñó su gestión política sin graves obstáculos, pero en Agosto de 1.992 se desató una tormenta política en el seno del propio HDF. Istvan Csurka, vicepresidente del HDF, publicó un texto sectario, ultranacionalista e implícitamente antisemita, que provocó airadas reacciones en la clase política húngara. En él, Csurka abogó por una «Hungría-húngara»; denunció un supuesto complot cosmopolita contra las esencias e intereses húngaros y pretendió presentar a los ex-comunistas como beneficiarios de la renovada estructura económica. El panfleto de Csurka dinamitó en 1.993 el HDF, comportando la expulsión del mismo de los integrantes de su ala derecha extremista, encabezados por Csurka. Antall quedó como líder indiscutido del HDF, aunque éste vio perjudicada su imagen a causa de las descabelladas tesis de Csurka. En las Elecciones Legislativas de Marzo de 1.994, en plena coyuntura económica recesiva, se impuso a la segunda vuelta el Partido Socialista Húngaro, liderado por Gyula Horn, con el 540/0 de los votos. El Foro Democrático, con la candidatura de Peter Bross (sucesor del

fallecido Antal) fue el gran derrotado. Sólo obtuvo el 10% de los sufragios. La Alianza de Demócratas Libres consiguió casi el 20%. Horn preside ahora un gobierno de coalición con los liberales; sus objetivos políticos primordiales son la plena incorporación de Hungría a Europa, el desarrollo del Plan Krupa, un ajuste económico, que tiene similitudes con los Pactos de la Moncloa españoles de 1.977, la reducción de la inflación y del desempleo así como una mayor homogeneización social y económica de Hungría.

**Rumania, Bulgaria y Albania** constituían la «periferia» del bloque socialista. Atrasadas económicamente, ancladas en un estadio casi preindustrial, con casi nula o ínfima Deuda Exterior (que implicaba ausencia peligrosa de comercio exterior y privaciones durísimas de consumo), estas tres Formaciones Sociales protagonizaron transiciones diferenciadas. Mientras Bulgaria y Albania liquidaron la herencia comunista sin violencias notorias, en Rumania la extinción de la dictadura de Ceaucescu vino precedida por una insurrección general y por el asesinato del «conducator» y de parte de su familia y de su entorno político. El régimen de Nicolae Ceaucescu era, sin duda, el más severo de la Europa comunista. Se hallaba más próximo a un despotismo feudal que a cualquier otra forma de organización política. El único bagaje «positivo» que podía aportar el dictador -que le granjeó algunas simpatías por parte de Occidente- era su independencia en política exterior, heterodoxa en comparación con los cánones dimanados del kremlin. Además, Rumania era el ejemplo emblemáticamente negativo de la pauperización colectiva. En ningún otro lugar se produjeron circunstancias tan

dramáticas como las derivadas de devolver en tiempo extremadamente breve los créditos librados por el FMI, o de los proyectos de reconfiguración agraria, que implicaron la destrucción de centenares de aldeas. El grado de represión política -dirigido por la Securitate, la temida policía política- también era superior en Rumania que en los estados vecinos.

Todavía se discute la naturaleza de la «revolución» rumana de Diciembre de 1.989. Los incidentes acaecidos en la ciudad de Timisoara -con un número de muertos considerable, pero exagerado por los medios de comunicación occidentales- y las protestas populares en auge sirvieron acaso de pantalla para materializar algo que muchos han interpretado como un golpe palaciego. Acorde con esta hipotética interpretación -discutible-, si en otros Estados -como la RDA, Checoslovaquia- se produjo una revolución que subvirtió las estructuras del poder, pues colocó en él a quienes hasta entonces estaban proscritos, en el caso de Rumania lo que prevaleció fue un mero recambio en beneficio de sectores del propio régimen, descontentos con la «excesiva» tiranía y los derroteros políticos de Ceaucescu. Lo cierto es que a un breve enfrentamiento civil, en los últimos días de 1.989, le siguieron la ejecución de Ceaucescu y la configuración de un nuevo gobierno liderado por el Frente de Salvación Nacional (FSN) a cuya cabeza se encontraban Ion Iliescu y Petre Roman. En los sucesivos comicios, y a diferencia de lo sucedido en casi todos los Estados del área, el FSN (convertido en Agosto de 1.993 en Partido Democrático Social de Rumania), repitió éxitos (en Octubre de 1.992 obtuvo el 56,10/o de los votos frente al 43,9% de la Candidatura Democrática de Emil Constantinescu), circunstancia que no lo libró, eso sí, de significativas crisis internas, como la que indujo a Petre Roman a abandonarlo. De manera genérica, puede afirmarse que la consolidación del proyecto del FSN -en muchos aspectos homologable a un «partido comunista reconvertido», toda vez que el grueso de su militancia estaba configurado por cargos significados del viejo orden- era el único ejemplo indiscutible, en Europa Central y Oriental, de triunfo de una vía «neoburocrática». En paralelo con los éxitos del FSN, se han manifestado dos fenómenos políticos relevantes. El primero es la debilidad exhibida por la oposición liberal -otro rasgo diferenciador de Rumania con otros Estados-, que ha padecido encadenadas derrotas electorales. El segundo es, en cambio, el fortalecimiento experimentado por algunos partidos, defensores del nacionalismo de perfiles radicales, que parecen ejercer cierta

influencia en la política gubernamental.

En este marco político, se inscribe una situación política y económica delicada. Rumania ha de afrontar las protestas de la minoría húngara de Transilvania (contra la que se dirige la hostilidad de las fuerzas nacionalistas radicales), que se considera víctima de injusticias anteriores y posteriores a 1.989. Asimismo, el panorama de las relaciones internacionales rumanas se completa con un notable grado de implicación en las crisis yugoslavas, en provecho de las tesis serbias, y una general marginación de la comunidad internacional. Este contexto aún se ve agravado por la persistencia del atraso económico e industrial, que, pese a resquicios alentadores posteriores a 1.994, todavía permanece como herencia de los desafueros de la etapa de Ceausescu.

**Bulgaria** ha sido históricamente el más fiel aliado de la Unión Soviética en la Europa balcánica, con unos vínculos que se remontan a la etapa de Dimitrov, el dirigente del Komintern (III Internacional). Tras un período en que el régimen búlgaro simuló el despliegue de algunas reformas similares a las de Gorbachov en la URSS (en Julio de 1.987, el presidente Todor Zhivkov anunció unas medidas liberalizadoras que jamás se emprendieron), se produjo su caída. A principios de Noviembre de 1.989 (en similitud cronológica con los acontecimientos de la RDA y de Checoslovaquia), Zhivkov fue reemplazado por Petar Mladénov. La nueva dirección política emprendió un travestismo ideológico. El Partido Comunista Búlgaro pasó a llamarse Partido Socialista Búlgaro. Mladénov alentó reformas económicas de cariz liberal, pero fue rápidamente cuestionado por una coalición de oposición, la Unión de Fuerzas Democráticas (UFD), y por un movimiento sindical, denominado Podkrepa. En las Elecciones Generales de Junio de 1.990, el PSB (Partido Socialista Búlgaro) obtuvo la mayoría absoluta, y ofreció a la oposición la posibilidad, rechazada, de integrarse en un gobierno de coalición. Las protestas populares provocadas por la incapacidad gubernamental de mejorar la situación económica provocaron la caída de Mladénov, que fue substituido por Zhelio Zhélev, miembro de la UFD. Zhélev inició una tempestuosa etapa de «cohabitación». En Diciembre de 1.990 dimitió el Primer Ministro Andre Lukánov, del PSB. En Octubre del año siguiente las nuevas Elecciones Generales otorgaron una precaria victoria a la UFD (360/0 de los votos frente al 330/0 del PSB). Globalmente, la UFD tenía su cantera electoral en las ciudades y en la «intelligentsia» profesional, mientras que el

PSB la poseía en las zonas rurales, donde estaba ubicado en 1.990 el 32, % de la población. Las elecciones de 1.991 acrecentaron la inestabilidad de la vida política búlgara, como lo manifiesta que Zhélev mantuviese un contencioso con su propia formación política, la UFD, y buscarse a menudo el apoyo del PSB y de los partidos vinculados con la minoría turca. Aunque tanto el PSB como el principal de estos partidos -el Movimiento por los Derechos y las Libertades- respaldaron hasta la primavera de 1.994 al Primer Ministro Lyuben Berov, a partir de entonces las diferencias se ahondaron. Así, en las elecciones de Diciembre de 1.994, el PSB logró la victoria con el 43,5 % de los votos. Zhan Videmov fue nombrado Primer Ministro, con lo que Bulgaria se añadía a la lista de los estados del ex bloque socialista en que una fuerza política heredera del viejo Partido Comunista retomaba las riendas del poder. En la medida que Bulgaria es un país menos industrializado que algunos de su anterior órbita, y que, en consecuencia, no ha sido escenario de convulsas reconversiones, la situación económica es levemente mejor. Tiene una Deuda Externa soportable (13.000 millones de \$ en 1.993), aunque la tasa de desempleo es notable (16,4% en 1.993) y la renta per capita casi se equipara negativamente con la de Albania (974 \$ Bulgaria y 1.175 Albania en 1.993). Sólo la estabilidad política y un amplio consenso para desarrollar las reformas parece ser el instrumento que podrá mejorar esta lóbrega situación actual

**Albania** aunque no pueda considerarse como Estado de la esfera soviética (en 1.961 tomó partido por la República Popular China en el contencioso ideológico entre Moscú y Pekín, rompió abiertamente con el «revisionismo» soviético en 1.966 y, en 1.968, como protesta por la intervención en Checoslovaquia, abandonó el Pacto de Varsovia), la incluimos en nuestro análisis porque su estructura política y económica se asemeja a la del resto de las Democracias Populares. También en Albania, aunque con retraso, se han producido cambios de relieve. El primero de ellos fue el derivado de un intento de adaptación del Partido del Trabajo Albanés (comunista) al nuevo contexto. La muerte del «eterno» presidente Enver Hodja, en 1.985, propició el acceso al poder de Ramiz Alia, quien a partir de 1.990 procuró darle una imagen más civilizada al régimen. En las primeras Elecciones Generales semidemocráticas de Abril de 1.991, el Partido del Trabajo Albanés obtuvo con el 67% de los votos la victoria frente al Partido Democrático, aunque Alia no consiguió acta de diputado. Sumido el país en

un caos económico y social, fue el propio PTA quien acabó por asumir la necesidad de entregar el poder a otras fuerzas políticas. En Abril de 1.992, un musulmán del Partido Democrático, Sali Berisha, vencedor en las nuevas elecciones, accedió a la Presidencia de la República. Berisha continuó el lavado de cara del régimen y emprendió reformas políticas y económicas a la vez que procuró restañar las heridas diplomático-ideológicas con la URSS y Estados Unidos, antaño componentes de la colusión «antisocialista» internacional. Asimismo, inició un proceso de responsabilidades políticas sobre los antiguos dirigentes comunistas (Alia fue condenado a ocho años de cárcel en 1.992 y no fue liberado hasta 1.995), pero fracasó en el referéndum que había de dotar al país de una Constitución que substituyera la antidemocrática de 1.976. La situación económica de Albania, aunque en proceso de mejora, es quizás la peor de todos los países de Europa Central y Oriental (renta per capita y PIB muy bajos, con peso específico excesivo -32,7%- de la agricultura en la estructura económica, 32,5% como tasa de desempleo, etc., etc.) como lo prueban las corrientes emigratorias ilegales que en 1.994 se dirigieron especialmente a Italia, en unas circunstancias pavorosas de miseria y desesperación. En cuanto al contexto internacional, Albania mantiene relaciones tensas con Serbia, provocadas por las reivindicaciones que aquélla presenta sobre los derechos de la población albanesa de Kosovo, y con Grecia también existe una difícil vecindad por las disputas relativas a las minorías respectivas.

**Yugoslavia** ha representado, a todas luces, el ejemplo más traumático y trágico en el proceso de desaparición de los Estados del bloque socialista. No sólo por la partición de la antigua república, sino porque a lo largo de cinco años se han sucedido en la ex-Yugoslavia un conjunto de enfrentamientos militares interétnicos -entre los cuales sobresale por su magnitud la Guerra de Bosnia-Herzegovina-, que han obligado -aunque tarde y no satisfactoriamente- a la intervención armada de los organismos internacionales para pacificar el país, y que han proyectado el caso de la ex-Yugoslavia al debe de la sensibilidad y justicia humana.

Tras el fallecimiento de Tito (4 de mayo de 1.980), Yugoslavia entró en una fase de problemas estructurales y superestructurales acrecentados. Había desaparecido el líder carismático, árbitro mediador de las tensiones inter-repúblicas y nacionalistas que ya habían estallado en la década de los 70. La fórmula rotatoria de la Presidencia de la República Federal, que había apro-

bado la Asamblea Nacional, pronto se mostró inoperante. No únicamente por la ausencia de este liderazgo histórico-carismático personal, sino porque la coyuntura internacional (crisis en todo el modelo socialista) y las medidas de liberalización económica (que agudizaron las diferencias socioeconómicas entre las seis Repúblicas) hicieron inviable el «viejo» modelo federal y autogestionario yugoslavo. A principios de la década de los 90, Yugoslavia se encontró en una situación de fractura sobre la continuidad del Estado federal y en una gran crisis económica -de estancamiento y de hiperinflación- que todavía catalizó más los planteamientos secesionistas que ya anidaban en Croacia, Eslovenia y, secundariamente, en Bosnia-Herzegovina. En 1990 el ritmo de subida de los precios resultaba alarmante, la producción permanecía estancada, la tasa de desempleo superaba el 180/o, la renta real se había reducido en un 10% y la Deuda Externa había superado los 20.000 millones de \$. Alejado de la vida real, aparente desconocedor de lo que se gestaba en las repúblicas aspirantes a la separación de la Federación -a la Liga de los Comunistas Yugoslavos (partido único) sólo se le ocurrió como paliativo la renuncia al monopolio político (que no representaba ninguna novedad, ya que el pluralismo político se había consolidado ya, en 1.989, en Polonia y Hungría) y se resignó a la organización de elecciones libres, aunque meses más tarde -en una maniobra oportunista y errónea se reorganizó como Liga-Movimiento por Yugoslavia, con un posicionamiento pro-hegemonía Serbia, pro-comunista y opuesta a los primeros escarceos independentistas aparecidos en Croacia y Eslovenia. La maniobra pro-serbia de Milosevic se convirtió en la primera señal que la Liga-Movimiento apostaba por un continuismo (maquillado) obsoleto. A partir de esta tesitura, Croacia y Eslovenia (con las garantías alemanas como trasfondo) iniciaron una movilización popular -no desprovista de la resurrección de agravios anti-serbios ancestrales) para alcanzar una independencia que consideraron ya como innegociable. A principios de 1991, los acontecimientos se precipitaron. Con la proclamación de independencia de Croacia y Eslovenia (que sólo contó con el soporte entusiasta de Alemania y las reticencias de Estados Unidos y la irritación indisimulada del conjunto de estados europeos), la de Macedonia el 18 de Septiembre del mismo año, y, con el referéndum del 1 de Marzo de 1.992, la de Bosnia-Herzegovina, desapareció jurídicamente la antigua Yugoslavia. Pero en esta trayectoria ya se avistaron los problemas posteriores, tales como que la abstención

de la población serbia en el referéndum pro-independencia celebrado en Bosnia-Herzegovina, representó un hecho premonitorio de las disidencias que desembocarían en una larga y criminal guerra. Así, en Marzo de 1.992 sólo quedaba de la Yugoslavia de 1.945 Serbia -núcleo de la Federación, y república que controlaba el hasta entonces ejército federal-, y Montenegro, que plebiscitó su vinculación con Serbia, proclamando ambas repúblicas el 27 de Abril de 1.992 la República Federal de Yugoslavia, pretendidamente presentada por el presidente serbio Milosevic como única y legítima heredera de la antigua Yugoslavia. Milan Panic, Primer Ministro de la nueva República se enfrentó con Milosevic, buscando, sin éxito, posiciones conciliadoras. Panic se presentó a las Elecciones como líder de la oposición democrática, pero el Presidente Slobodan Milosevic -quien realmente detentaba el poder político y mediático ganó las Elecciones Presidenciales de Diciembre de 1.992, y Panic hubo de abandonar el Gobierno Federal. Según el chovinismo que la propaganda oficial inoculó al electorado serbio, la victoria de Milosevic se identificó con la voluntad de independencia nacional, capaz de desafiarse y superar todas las acusaciones que ya se proyectaban a nivel mundial sobre el radicalismo nacionalista serbio. Fracasada la gran expansión serbia sobre Croacia (Eslovenia pronto se consideró como irre recuperable) en Enero de 1.992, la cual -a pesar de ataques brutales sobre poblaciones civiles como la de Dubrovnik- sólo comportó la ocupación de Eslavonia Occidental y Oriental (la Eslavonia Occidental -Krajina- fue recuperada por los croatas en la contraofensiva del verano de 1.995, y la Oriental será devuelta a Croacia por la vía de la negociación, de acuerdo con lo pactado en Dayton en Noviembre de 1.995), se agudizaron los extremismos. El expansionismo serbio se orientó hacia Bosnia-Herzegovina. Se desencadenó una guerra que dejó perpleja a la opinión pública mundial, en la medida que se produjo en un marco donde la convivencia interétnica (serbios, croatas y bosnio-musulmanes) había sido modélica antes de 1.992. Desgraciadamente, este paradigma quedaría barrido por la «limpieza étnica», el genocidio y el ensayo de conquista territorial serbia de corte imperialista (1.992-1.995).

Sin pretender exculpar la acción de los serbo-bosnios -azuzados por Milosevic, quien dotó a Karadzic de todo tipo de re-



curso logístico-, es necesario recordar que la «cuestión» de Bosnia-Herzegovina como república «desequilibradora» tenía precedentes en el conjunto de la ex-Yugoslavia. Ya en los años 60, Tito, figura emblemática del Movimiento de Países No Alineados y, lógicamente, interlocutor de la comunidad árabe-musulmana, tuvo especial cuidado en beneficiar en la redistribución de recursos a los musulmanes bosnios, a quienes convirtió, de facto, en vínculos de la alianza de Yugoslavia con los países islámicos. Esta actitud generó resentimientos entre la comunidad serbia (ortodoxa) y croata (católica), tanto de Bosnia-Herzegovina como del global de la República Federal. Esta circunstancia explica, de alguna manera, que cuando estalló el Maspok (revuelta nacionalista croata de 1.971), algunos intelectuales de Croacia de la sociedad patriótica Matika Hrvatska propusiesen la repartición de Bosnia-Herzegovina. Para sorpresa de Tito, la réplica serbia de esta organización, Matika Sprska, dio aquiescencia a esta partición. Es decir, la Guerra de Bosnia-Herzegovina -que ha causado más de 250.000 muertos civiles, cifra la más escandalosamente trágica de entre todos los conflictos bélicos europeos posteriores a la II Guerra Mundial- no se puede entender sin valorar esta lejana colusión (alianza de dos contra un tercero), que ya se hallaba subyacente en la Yugoslavia de los años 70, que ha determinado que el imperialismo serbio (más explícito) y el croata (menos aireado) sean los factores decisivos que han pretendido liquidar el actual estado de Bosnia-Herzegovina. Por otro lado, la impunidad serbia puede explicarse (que no justificarse) porque aunque la Comunidad Europea reconoció el estado independiente de Bosnia-Herzegovina el 6 de Abril de 1.992, y la ONU lo admitió como miembro de pleno derecho el 22 de Mayo deis

mismo año, Milosevic siempre tuvo la convicción que Europa no se arriesgaría a ninguna intervención militar para defender a Bosnia-Herzegovina. Si los Estados Unidos (Bush y Clinton), pautadores de la política europea, habían decidido que Bosnia-Herzegovina no tenía el valor estratégico (sobre todo después del final de la bipolarización mundial) ni económico que, por ejemplo, tuvo Kuwait, toda la respuesta europea se limitaría a ratificar el embargo total decretado por la ONU contra la Federación Yugoslava (Serbia y Montenegro). Embargo testimonial e inútil, porque, en última instancia, favoreció el comercio extralegal de armas y de mercancías. Europa (la Comunidad Europea y posterior Unión Europea) no quiso asumir la posibilidad de ningún cadáver militar propio, huyó de un Vietnam en los Balcanes, amparándose en el principio hipócrita (lo decimos porque muchas veces ha sido la propia Europa quien ha transgredido este principio) de la no injerencia, en una observación farisaica del Derecho Internacional. La pasividad de Estados Unidos y de la Unión Europea dejó así las manos libres al binomio Milosevic-Karadzic.

Bosnia es una república interétnica en la que en 1.991 vivía un 43,7% de musulmanes, un 31,3% de serbios y un 17,3% de croatas, con un total de 4.366.000 habitantes. El resultado del referéndum popular del 1 de Marzo de 1.992 (un 63% de votos favorables) la convirtió en república independiente. En esta consulta, la casi totalidad de los musulmanes y la minoría croata votaron afirmativamente, mientras que los serbo-bosnios boicotearon el referéndum. Pronto surgieron enfrentamientos entre serbios y musulmanes, y el conflicto se generalizó con la intervención de parte del ejército federal -la cúpula del cual era de ascendencia serbia-, diluido en las milicias serbo-bosnias, contra la Armija, el improvisado ejército musulmán, que recibió la ayuda de Turquía, Irán, de otros países musulmanes y, parece ser, que incluso de Estados Unidos. De todos modos, esta ayuda no ha podido ser cuantificada, ya que el embargo de armas decretado por la ONU contra Serbia, en la resolución 758 de Junio de 1.992, también se aplicó sobre Bosnia-Herzegovina. Como anteriormente Dubrovnik (en la guerra serbo-croata de 1.991-1.992), también la Guerra de Bosnia-Herzegovina tendrá ciudades mártires y topónimos de acciones genocidas y criminales. Los bombardeos continuados sobre Sarajevo, con la voluntad de desmoralizar y, si era necesario, aniquilar la población civil, las fosas comunes de musulmanes asesinados, los campos de concentración, las violaciones masivas de mujeres y la

«limpieza étnica» aplicada en Zepa, Tuzla, Srebrenica, etc. son referencias ejemplificadoras de la barbarie de esta guerra.

Estas atrocidades cometidas por los chetniks -milicias serbo-bosnias dirigidas por el general Mladic- fueron negadas sistemáticamente por el autodenominado Parlamento de Pale, capital de la autoproclamada República Serbo-bosnia. Al margen de las operaciones militares que desde el primer momento adquirieron un carácter favorable a los serbobosnios se realizaron largas y frustradas negociaciones para poner fin a la guerra. El reiterado fracaso de las mismas lesionó gravemente la imagen de Occidente. El ciudadano «normal» se irritaba al contrastar la pasividad e ineficacia de las organizaciones internacionales con la celeridad con que, por ejemplo, se actuó en la Guerra del Golfo Pérsico (1.991). Por otro lado, el líder serbo-bosnio Karadzic se mostró como un hábil político capitalizando las indecisiones occidentales, utilizando a Rusia como freno de cualquier intervención armada contra los serbobosnios, prolongando indefinidamente las negociaciones, al mismo tiempo que provocaba dilaciones irritantes en las conversaciones de paz. Las negociaciones, dirigidas por parte occidental por el británico Lord Carrington, posteriormente sustituido por el diplomático, también británico, David Owen, y por Cyrus Vance, ex-Secretario de Estado de Estados Unidos, y por el Grupo de Contacto, integrado por Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania y Rusia, quedaron atascadas. El 21 de Febrero de 1.992 se constituyó UNPROFOR, un cuerpo militar internacional integrado por Bangla Desh, España, Francia, Canadá y Ucrania, bajo la dirección de la ONU (aunque los «cascos azules» habían acudido ya a Yugoslavia en 1.991 para realizar tareas de interposición en los territorios croatas ocupados por los serbios). Los efectivos de UNPROFOR pasaron de 14.000 en 1.992 a 25.000 en 1.993, pero su efectividad sólo se reveló en acciones humanitarias. El aeropuerto de Sarajevo se convirtió en el centro de sus operaciones y los esfuerzos para mantenerlo abierto, a pesar del hostigamiento sistemático de los chetniks, absorbió gran parte de los recursos y de la actividad de UNPROFOR. También los aviones de la OTAN, con base en el Véneto y la costa adriática, que actuaron a las órdenes de la ONU, contribuyeron a contener el expansionismo serbo-bosnio, con vuelos de reconocimiento intimidatorios y, en algunas ocasiones, con ataques limitados. De todos modos, aún se buscó una última solución en el denominado Plan de paz Owen-Stoltenberg, del 20 de Agosto de 1.993, que preveía la división de la república

en tres entidades autónomas: la serbia con un 52% del territorio, la musulmana con un 31% y la croata con un 17%, plan que legitimaba las conquistas serbias y que fue rechazado por Karadzic al considerarlo insuficiente y porque hacía ceder a los serbo-bosnios una parte del territorio conquistado hasta entonces (el 70% del total de Bosnia-Herzegovina), que Karadzic valoraba como irrenunciable. En 1.994 pareció que se había llegado a una situación de impasse indefinido; el 4 de Octubre, la ONU acordó reducir las sanciones a la República Federal de Yugoslavia, como muestra de buena voluntad porque Milosevic bloqueó las relaciones con los serbo-bosnios, y el 20 de Diciembre Carter, ex-Presidente de los Estados Unidos, consiguió un acuerdo para detener las hostilidades durante cuatro meses a partir del 1 de Enero de 1.995. Con todo, la tregua se transformaría en la práctica en un preámbulo de la última fase de la guerra, pues los beligerantes, especialmente la Armija musulmana, la aprovecharon para desarrollar un frenético rearme. Las presiones de los republicanos estadounidenses -victoriosos en las Elecciones Legislativas parciales de Noviembre de 1.944- para la suspensión del embargo de armas a los musulmanes bosnios resucitó el temor de la reanudación de la guerra. En efecto, éstos tuvieron la esperanza de invertir la coyuntura militar en su favor y de esta manera mejorar su posición negociadora. Obligados los serbo-bosnios por la imposibilidad virtual de ganar la guerra y también por las presiones de Clinton y de los estadistas europeos sobre Milosevic, decidieron a éste a obligar a Karadzic a entrar en el sendero de la negociación (el 11 de Octubre de 1.995 las autoridades serbo-bosnias de Pale y el Presidente de Bosnia Izetbegovic ordenaron a las tropas respectivas un alto el fuego). En este contexto se celebró la Conferencia de Dayton. A partir del 1 de Noviembre, Clinton reunió en esta ciudad del estado de Ohio a los presidentes de Bosnia-Herzegovina, Izetbegovic, de Croacia Tudjman, y de Serbia, Milosevic, para llegar a un acuerdo de paz definitivo. El 21 de Noviembre de 1.995 se decidió que Bosnia-Herzegovina sería un Estado unitario, con una República Serbo-bosnia (el 49% del territorio) y una Federación Croato-musulmana. Sarajevo permanecería bajo control croato-musulmán. La ONU anunció el final de las sanciones a la República Federal de Yugoslavia si se hacían efectivos los acuerdos de Dayton. En definitiva, los Estados Unidos -después de calculadas inhibiciones anteriores- se han proyectado como los artífices de una paz que han impuesto cuando se han decidido a hacerlo, mientras la Unión Europea se

ha mostrado incapaz de arbitrar soluciones en su propio continente. El 14 de Diciembre de 1.995, Izetbegovic, Tudjman y Milosevic ratificaron los acuerdos de Dayton; 60.000 soldados de la OTAN (IFOR) velarán por su cumplimiento.

En la actualidad, a la ex-Yugoslavia le queda esperar la solidaridad internacional para restaurar un país devastado económica y logísticamente, así como solventar definitivamente el contencioso de Macedonia con Grecia y la incorporación en plan de igualdad de todas las repúblicas en los organismos internacionales.

**Lituania, Letonia y Estonia** fueron las primeras repúblicas de la ex-Unión Soviética que obtuvieron la independencia. Las causas estructurales de la secesión de las tres repúblicas bálticas radican en el auge que cobró el nacionalismo organizado políticamente, que abogó por romper una vinculación artificiosa, imperialista, impuesta por «Rusia» en 1.940. Asimismo, en estos cincuenta años -siempre según los parámetros nacionalistas-, estas tres naciones habían soportado una rusificación que tenía como objetivo el diluir sus especificidades nacionales, tanto culturales como políticas y religiosas, por lo que era tarea ineludible la recuperación de la identidad nacional a todos los niveles. Por si fuera poco, resultaba que «Rusia» expoliaba a Lituania, Letonia y Estonia, que se convertían en nutridoras económicas de las necesidades de Moscú, en una especie de intercambio desigual, que lógicamente acrecentaba los resentimientos anti-soviéticos. Este sedimento encontró la coyuntura favorable e idónea para traducirse en un proceso imparable hacia la independencia cuando la URSS, inmersa en los que serían sus problemas letales, difícilmente se aventuraría a reprimir el derecho de autodeterminación (tal como el propio Gorbachov reconoció en Lituania en Diciembre de 1.989 de estas tres repúblicas bálticas).

El 11 de Marzo de 1.990, el parlamento lituano proclamó la independencia, culminando un proceso iniciado en Diciembre de 1.989 cuando el Partido Comunista de Lituania optó por independizarse del Partido Comunista de la URSS (PCUS). La independencia lituana quedó ratificada por un referéndum celebrado en Febrero de 1.991 con un 90% de los votos favorables. Lituania, al igual que Estonia y Letonia, se apresuró a abandonar lo más rápidamente posible el sistema político y económico de la URSS y a construir una democracia liberal y una economía de mercado.

La independencia de Lituania no se



tradujo en estabilidad política. Al contrario, 1.992 significó un año de acusada inestabilidad, hasta producir la paradoja de que en las Elecciones Generales de Octubre venciese con mayoría absoluta el Partido Democrático Lituano del Trabajo (PDLT), auspiciado por antiguos miembros del Partido Comunista. Las dificultades sociales y económicas (inflación de más del 4000/o y una tasa de desempleo del 12%), pero también la popularidad de su líder Algirdas Brazauskas, explicarían el acceso al poder de los ex-comunistas. Además, Landsbergis -que había conducido el país a la independencia- había quedado tocado políticamente cuando quiso imponer vanamente mediante referéndum, un sistema presidencialista fuerte. A partir de 1.992 Landsbergis, el «padre de la independencia», hubo de conformarse con el rol de máximo líder de la oposición parlamentaria. Simultáneamente a las Elecciones Generales se aprobó en referéndum una Constitución democrática.

Brazauskas (muy popular por haber roto los lazos del PCL con el PCUS en Diciembre de 1.989) se convirtió, a raíz de las Elecciones Presidenciales de Febrero de 1.993, en el primer Presidente lituano elegido por sufragio universal. Los dirigentes del PDLT no han modificado los trazos genéricos de la política económica de sus predecesores prosiguiendo los programas de privatización de empresas y liberalización de precios. En

Agosto de 1.993, se introdujo definitivamente el lita, la moneda lituana anterior a la II Guerra Mundial, y en este mismo mes concluyó la retirada de las tropas rusas todavía acantonadas en Lituania. En la actualidad, estabilizada la situación política, la recesión económica parece remitir: el freno a la disminución del PIB y de la inflación (en 1.992 fue del 1.200%) y la reorientación progresiva de los intercambios comerciales hacia Europa, disipan un panorama sombrío e, incluso, pueden poner las bases de la futura integración de Lituania en la Unión Europea.

Desde su independencia (21 de Agosto de 1.991), conseguida tras el fracasado golpe de Estado en la ex-URSS, Letonia ha sido la república báltica más estable. Las negociaciones para la retirada de las tropas rusas, que se hizo efectiva en Agosto de 1.994, y los intentos de encontrar un referente jurídico definitivo para la «minoría» rusa del país (el 33,8% de la población) han dominado la vida política letona. En las Elecciones Generales de Junio de 1.993, los letones substituyeron el Consejo Supremo por el parlamento anterior a 1.940. En ellas, fue derrotado el Frente Popular (que, a pesar de su significación ideológica, no era de izquierdas), coalición que había conducido el país a la independencia. La victoria recayó en Camino Letón, una coalición encabezada por antiguos dirigentes del Partido Comunista. Los rusófonos, llegados o nacidos en Le-



tonia con posterioridad a 1.945, fueron excluidos de estas elecciones. Respecto a la situación económica, Letonia encara una coyuntura actual menos negativa: el PIB ha disminuido sólo en un 10% (35% en 1.992); la inflación se ha reducido hasta el 100% (956% en 1.992); el poder adquisitivo, que había descendido en un 12% en 1.992, se ha equiparado ya al nivel de 1.990; la tasa de desempleo (5,8%) es relativamente baja y la Deuda Externa sólo es de 900 millones de \$. También se ha diversificado mucho el comercio exterior, orillando el monopolio que en este ámbito existía, hasta 1.993, con la ex-Unión Soviética.

Estonia accedió a la independencia un día antes que Letonia. En Junio de 1.992 fue aprobada la Constitución, y en Septiembre de este mismo año se celebraron Elecciones Generales en las que el bloque conservador Isamaa (Patria) obtuvo la victoria. En estas elecciones, sólo los ciudadanos de la primera república (anterior a la ocupación soviética de 1.940) y sus descendientes tuvieron derecho de voto, es decir, que los rusófonos llegados después de 1.945 (el 30,3% de la población) fueron excluidos de las mismas como consecuencia de la «Ley de ciudadanía» que promulgó el parlamento estonio en Enero de 1.992 y que fue congelada (era un elemento de enfrentamiento social permanente) en Mayo de 1.993. En Octubre de 1.992, Lennan Mer -antiguo Ministro de Asun-

tos Exteriores y embajador en Finlandia- fue elegido por el Parlamento Presidente de Estonia. A partir de la vigencia de la «Ley de ciudadanía» (que exigía a los extranjeros -en realidad a los rusófonos- un periodo de tres años de residencia, un test de idioma estonio y una declaración de fidelidad a la República para adquirir la nacionalidad estonia), las negociaciones con Moscú sobre la retirada de sus tropas se encontraron, pues para Rusia la retirada de las mismas exigía el finai previo de la «violación de los derechos humanos» en Estonia. Finalmente, las tropas rusas abandonaron Estonia (y Letonia) en Septiembre de 1.993, precisamente un mes después de la congelación de la «Ley de ciudadanía».

Estonia ha proseguido una política de liberalización económica y de acercamiento a la Europa del Norte y a la Unión Europea. Fue el primer país en abandonar la zona del rublo e introducir su propia moneda -la corona estoniana- en Junio de 1.992. Estonia ha conseguido que el PIB haya disminuido en un 8% en 1.993 (16% en 1.992) y se prevé que, a partir de ahora, aumente. Asimismo, la tasa de desempleo sólo es del 2,6% y la Deuda Externa de 500 millones de \$, pero la inflación todavía era del 27% en 1.993 (1.070% en 1.992). De forma similar a los restantes estados bálticos, su comercio exterior ha sido radicalmente reorientado, de forma que las exportaciones a los países capitalistas desarrollados representan el 53,7% del total (el 6% en 1.990).

## LOS PROBLEMAS DE SU INSERCIÓN INTERNACIONAL

No cabe ninguna duda que la mutación trascendental que se ha operado en los Países de Europa Central y Oriental (PECO) ha remodelado -en gradación diversa- las relaciones de éstos con los organismos internacionales de toda índole. Respecto a la ONU, no surgió ningún obstáculo para que ésta aceptase como miembros de pleno derecho a los nuevos Estados independientes (Lituania y Estonia el 17 de Septiembre de 1.991; Estonia el 17 de Marzo de 1.992; Bosnia-herzegovina, Croacia y Eslovenia el 22 de Mayo de 1.992; Macedonia en 1.993). Por el contrario, las naciones Unidas, como condena de su política agresora, excluyeron de esta institución a la República Federal de Yugoslavia (Serbia y Montenegro) en 22 de Septiembre de 1.992. Asimismo, algunos de estos Estados han ingresado en la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea (CSCE) y en el Consejo de Europa. Estonia, Letonia y Lituania ingresaron en la CSCE en 1.991; Bosnia-Herzegovina lo hizo el 30 de Abril de 1.992, y Croacia y Eslovenia el 24 de Marzo de ese mismo año. Por su parte, Hungría fue admitida en el Consejo de Europa en 1.990; Checoslovaquia y Polonia en 1.991 y Bulgaria en Febrero de 1.993. Los mayores contratiempos para la integración internacional de los PECO han surgido con respecto a la OTAN y a la actual Unión Europea. Por lo que se refiere a la OTAN, Polonia, la República Checa y Hungría han manifestado reiteradamente sus deseos de incorporación a la misma. La coyuntura político-militar vigente en la que no se ha perfilado definitivamente el rol que Europa ha de desempeñar en la estrategia global de la OTAN, la redefinición de los objetivos de ésta en un mundo en que ya no existe la bipolarización, y la negativa a ultranza de Rusia a aceptar la presencia de tropas en los alrededores de sus fronteras occidentales, han impedido hasta hoy la ampliación de la Alianza Atlántica.

En relación a la posible integración de los PECO a la actual Unión Europea, la perspectiva inmediata de que se materialice es bastante difícil. Ante los cambios ocurridos desde 1.989 en los PECO, la anterior CEE y CE y ahora UE, ha tenido que replantearse sus perspectivas para el futuro. De hecho, existe una clara voluntad que la UE no podrá evolucionar sin tener en cuenta las vicisitudes de sus vecinos de Europa Central y Oriental. Pero un acercamiento precipitado a países con economías siniestradas y, sobre todo, desiguales en su estructura y desarrollo, pondría en peligro la cohesión de la Europa de los



15, todavía en vías de construcción y traqueteada por sus propios problemas (estricto cumplimiento o moratoria de los acuerdos de Maastricht, recelos continuos de Gran Bretaña al europeísmo, observación de las reglas del Sistema Monetario Europeo, etc. etc.). Con todo, la UE ha decidido reforzar sus relaciones con los PECO para que su salida de la órbita soviética sea sinónima de regreso al seno de Europa. Ya entre 1.989 y 1.990 se concertaron acuerdos de comercio y cooperación («acuerdos de primera generación») entre la entonces CEE y los PECO. En Diciembre de 1.991 Hungría, Checoslovaquia y Polonia -el llamado «triángulo de Visegrad» firmaron acuerdos de asociación. En ellos se reconoció que estos países podrían contemplar su adhesión a la Comunidad en un plazo de diez años, aunque este proceso no tenga nada de automático. Los acuerdos se organizaron en torno a tres ejes: cooperación económica, diálogo político y establecimiento de una zona de libre comercio. Este último aspecto preveía el desmantelamiento progresivo de los derechos aduaneros y el aumento de los contingentes, comprendidos los sectores «sensibles», como los productos siderúrgicos y los textiles, pero con reservas en lo que concierne a los productos agrícolas.

En la línea de estos acuerdos, a principios de 1.992 se iniciaron negociaciones con Rumania, Bulgaria, Eslovenia y las Repúblicas Bálticas. Paralelamente a estos dispositivos de liberalización acelerada del comercio CEE-PECO, la asistencia

se fijó en una ayuda de urgencia, que abarcaba las esferas sanitaria y agro-alimentaria, ayuda al ajuste estructural (programa de asistencia técnica, líneas de crédito para la importación de determinados productos, programas de formación...), o incluso en una política de apoyo a las balanzas de pagos.

El acercamiento UE actual y los PECO demuestra que aquella no quiere convertirse en una «Europa a la carta», aunque por ello no deja de ser una Europa de varias velocidades (divergencia que está presente, incluso, en la Europa de los 15), que parece dispuesta a aceptar el doble desafío de la ampliación y de la profundización.

### CONCLUSIÓN

La fulgurante y explosiva desaparición del orden socialista en los PECO aún hoy merece la atención de los análisis de los científicos sociales. Al margen de las dificultades estructurales que ya aparecieron a finales de la década de los 70, parece ser que la contradicción insalvable entre la retórica oficial de la naturaleza de estas Formaciones Sociales y la realidad en que estaban sumidas resultó la puntilla letal para la extinción de un orden político, social y económico que se mantuvo más de 40 años. Mientras que, teóricamente, los Estados socialistas eran exponentes de una sociedad taxativamente igualitaria, donde se habían abolido los privilegios de clase y la explotación social, máximos objetivos de la Democracia Popular, la realidad muestra-

ba una estratificación social consolidada y la desigualdad socioeconómica. Además, la falta de libertades políticas, los privilegios particulares (la «momenklatura») y la explotación se producían en un contexto de atraso económico y de austeridad consumista. Mientras que el capitalismo intrínsecamente ya genera desigualdades e injusticias inherentes, ya aceptadas por el sistema, lo que resultaba intolerable es que las injusticias, desigualdades y la penuria económica también fuesen consubstanciales a unos Estados que se autotitulaban socialistas, adalides del igualitarismo y de la democracia. Estas y otras razones (de las que la menor no sería el cerco económico a que fueron sometidas la URSS y las Democracias Populares por parte del binomio Reagan-Bush) podrían explicar la nula resistencia popular, la pasividad e indiferencia social, e incluso en algunos casos alegría palpable, por la desaparición de un sistema juzgado como opresor. Esta inhibición colectiva que acompañó la caída del comunismo explicita la rápida vinculación de los PECO (al margen de la pervivencia de élites políticas gubernamentales heredadas del comunismo) a la democracia parlamentaria y a fórmulas económicas capitalistas. La ausencia de una defensa política organizada de las viejas estructuras revela, más que cualquier análisis teórico, la percepción negativa que de las mismas tenía la mayoría de la población de los PECO, aunque, a posteriori, hayan sufrido también en sus carnes la injusticia, ésta consubstancial y no modificable, del nuevo orden implantado. ●

## Bibliografía

ARACIL, Rafael - OLIVER, Joan - SEGUERA, Antoni  
El mundo actual. De la Segunda Guerra Mundial a nuestros días.  
Universidad de Barcelona, 1.995  
BIAGINI, Guida - ANTONELLO, Francesco  
Medio siglo de socialismo real  
Ed. Ariel, Barcelona, 1.996  
BOGDAN, Henry  
La historia de los países del Este  
Ed. Vergara, Buenos Aires, 1.991  
BOVE, Miquel - PONT, Josep  
La guerra continua (1.989-1.992)  
Llibres de l'Índex, Barcelona, 1.992  
BRESSER PEREIRA, Luiz Carlos  
Las reformas económicas en las nuevas democracias. Un enfoque socialdemócrata.  
Alianza Universidad, Madrid, 1.995  
CRNOBRNJA, Mihailo  
Le drame yougoslave  
Ed. Apogée, Rennes, 1.992  
DAVID, Dominique  
Est-Ouest, 1.945-1.990  
Ed. Publisud, París, 1.990

DROZ, Bernard - ROWLEY, Anthony  
Histoire générale du XX siècle. Deuxième partie: depuis 1.950-4  
Crises et mutations de 1.973 à nos jours.  
Ed. du Seuil, París, 1.992  
GONZALEZ ENRÍQUEZ, Carmen  
Crisis y cambio en la Europa del Este. La transición húngara a la democracia.  
Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1.993  
KRULIC, Joseph  
Histoire de la Yougoslavie. De 1.945 à nos jours.  
Ed. Complexe, 1.993  
LAQUEUR, Walter  
La Europa de nuestro tiempo.  
Ed. Vergara, Buenos Aires, 1.994  
MAMMARELLA, Giuseppe  
Historia de Europa Contemporánea desde 1.945 hasta hoy.  
Ed. Ariel, Barcelona, 1.996  
MARTIN DE LA GUARDIA, Ricardo - PEREZ SANCHEZ, Guillermo A.  
La Europa del Este, de 1.945 a nuestros días.

Ed. Síntesis, Madrid, 1.995  
SJARK, Hans  
Les balkans. Le retour de la guerre en Europe.  
IFRI, París, 1.993  
TAIBO, Carlos  
La Unión Soviética (1.917-1.991)  
Ed. Síntesis, Madrid, 1.993  
TAIBO, Carlos  
La Europa oriental sin red. De la revolución de 1.989 a la Comunidad de Estados Independientes.  
Los Libros de la Catarata, Madrid, 1.992  
TAIBO, Carlos  
Crisis y cambio en la Europa del Este.  
Alianza Editorial, Madrid, 1.995  
VAÏSSE, Maurice  
Les relations internationales depuis 1.945.  
Armand Colin, Ed. París, 1.990  
VEIGA, Francesc  
Els balcans. La desfeta d'un somni.  
Eumo Editorial, Vic, 1.993

# A 150 años del Manifiesto Comunista

Jacques Texier\*

## PRIMERA PARTE

¿Cuáles son las perspectivas del movimiento emancipador en el estadio actual de la lucha de clases? (si es que sigue siendo vigente el concepto de lucha de clases)

Estas perspectivas son malas por el momento, porque en los últimos años hemos acumulado derrotas que hacen dudar fundamentalmente de la propia emancipación comunista. El capital y las clases dirigentes están a la ofensiva desde el comienzo de los años ochenta, en una situación, ciertamente, de una crisis económico-estructural que caracteriza este fin de siglo. Ellos vienen a ser la culminación de momento, en Europa particularmente, donde la ofensiva neoliberal se lleva a cabo en el marco apremiante de la Europa de Maastricht. ¿Vamos a entrar en un período de profunda regresión social? La fase actual de la puesta en marcha del tratado de Maastricht conlleva el desmantelamiento del *Estado del Bienestar*. Nos encontramos en una situación de paro forzoso masivo y con una gestión económica que sólo conoce la ley de la competencia. La resistencia a una regresión social generalizada existe,



pero es difícil. Lo que predomina respecto al futuro es la incertidumbre y concierne sobre todo a la salida de la crisis. *Pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad*, esta frase que gustaba a Gramsci, me parece adecuada a nuestra época.

Lo cierto es que la lucha de clases continúa existiendo y que la ofensiva de la burguesía y de las formas actuales de resistencia a la restauración de un capitalismo duro, hacen que nadie dude (o dejará de dudar bien pronto) sobre la existencia de la lucha de clases.

Si los trabajadores también se convencen de ello, la recuperación de la lucha por la emancipación, más allá de las luchas de resistencia, se volverá más fácil.

Todo sucede un poco como si fuera necesario empezar desde cero. El comunismo ha vuelto a ser el fantasma que amenaza al mundo. Es preciso escribir un nuevo *Manifiesto* que renueve la perspectiva de la emancipación creíble.

Esto no es una tarea fácil. Pero ¿tenemos otras perspectivas que la de conducir la lucha de clases en las condiciones actuales y la de promover todas las *Luces* que son necesarias para la emancipación?

¿Está escrito en alguna parte que las luchas práctica y teórica pueden acabar alguna vez?

Las perspectivas de la emancipación hoy día me parecen algo semejantes a las que se replantearon en 1864, en el

(\*) Jacques Texier es filósofo marxista, publicista, investigador del C.N.R.S. y Director de *Actuel Marx*.

El texto que ofrecemos a nuestros lectores corresponde a la Ponencia presentada por Jacques Texier en la Mesa Redonda celebrada el tres de mayo de 1997, en el marco del X Congreso del Partit dels Comunistes de Catalunya, con el tema: *Ciento cincuenta años después: actualidad del Manifiesto Comunista*, en el que intervinieron además de Texier, Francisco Fernández Buey, de la Universidad de Pompeu Fabra de Barcelona, y José María Esquirol, de la Universidad Central de Barcelona.

Se propuso a los participantes en la Mesa resaltar las propuestas siguientes:

- 1) Dentro del Manifiesto ¿qué ideas son propias de su momento histórico y cuáles tienen valor actualmente?
- 2) Perspectivas del movimiento emancipador en el estadio actual de la lucha de clases (si es que sigue siendo vigente el concepto de lucha de clases)
- 3) ¿Cuáles son las ideas fuerza que tiene el Manifiesto?

Otros temas posibles más concretos que se propusieron, fueron:

- 1) Papel de los partidos comunistas
- 2) Democracia y socialismo
- 3) ¿Qué antropología hay detrás del Manifiesto?
- 4) La concepción de la historia en el Manifiesto.

En este número ofrecemos las ponencias presentadas por los dos primeros participantes. En un próximo número incluiremos la ponencia restante.

momento de la fundación de la Primera Internacional. Su nacimiento marca una revitalización del movimiento tras una grave derrota. La diferencia notable es que en 1864 la clase obrera estaba en plena expansión mientras que hoy disminuye.

Como nos hallamos en 1997, os propongo referirnos al primer documento que preparó el Manifiesto, a saber, no los *Principios del Comunismo* de Engels, sino *El proyecto de profesión de fe comunista* que es resultado de una negociación y de una redacción común con los dirigentes de la Liga, que data de junio de 1847. En la pregunta número 6 «¿Cómo desea usted preparar su comunidad de bienes?», se responde: «Mediante la instrucción y la unión del proletariado». En alemán, «Durch Aufklärung und Vereinigung des Proletariats». Propongo traducir *Aufklärung* en su sentido filosófico de «Ilustración», estrechamente ligadas al siglo XVIII con la idea de emancipación. Véase Kant por ejemplo. Simplemente, con Marx y Engels, la Ilustración quedan ligadas con la unión del proletariado.

En 1997, esta respuesta comprende también —me parece— un excelente programa para una reafirmación del proyecto de emancipación. Promover la *Ilustración* y la unión del proletariado a escala mundial constituye una sola y la misma tarea o dos tareas estrechamente unidas. Pero esta fórmula nos suministra también un doble criterio para juzgar una cuestión mayor: la de las formas de organización.

La organización y sus diferentes formas son absolutamente indispensables. Es esta una de las grandes lecciones de Marx y de Engels hasta el punto de que, para ellos, la clase no existe sin estas formas políticas. Pero nosotros sabemos hoy que éstas pueden convertirse en obstáculos formidables a la emancipación del proletariado y de la humanidad. Las organizaciones del movimiento obrero son en sí mismas objeto de luchas por la dirección y el poder. Consiguientemente, nada es más temible que la idea de una abolición de la política. Ella ha producido con frecuencia comunistas, militantes sacrificados, incluso heroicos, que hacen política en todas partes, menos en sus organizaciones. Esta idea y esta práctica son contrarias a la emancipación. Hay que confiar en que formen parte definitivamente del pasado.

Por otro lado, las organizaciones tienden a mantenerse en su esencia y en

su propia reproducción identificadora, se convierten fácilmente en un fin en sí mismas. Ellas son entonces un obstáculo al progreso de la *Ilustración* por un lado, pero también a lo que debería ser su único objetivo: la unión del proletariado y de las fuerzas progresistas en todo el mundo. No se hará desaparecer esta tendencia, propia de la vida de las organizaciones, lo mismo que no se hará desaparecer la política en la medida en que ella plantea la cuestión del poder. Basta con conocerla: las *Luces* son elucidación. ¿Cuál es el remedio posible? La tendencia anti-burocrática presente constantemente en la obra de Marx puede ser un recurso precioso. Así pues, las organizaciones del movimiento obrero deben estar sometidas a un proceso de revolución cultural permanente, o a una reforma intelectual y moral (Gramsci) constante. El recurso para esta revitalización constante es, precisamente, la Ilustración como saber crítico al servicio de la emancipación. Hay ideas que liberan, e ideas que esclavizan o favorecen la servidumbre.

Esta cultura de la Ilustración es el bien más precioso. Es necesario preocuparse de él constantemente. La sombra del obscurantismo multiforme amenaza permanentemente a la Ilustración emancipatoria. La experiencia del movimiento obrero en este dominio es infinitamente rica y dolorosa.

Esta cultura implica que uno se interroge sobre las condiciones antropológicas tanto del progreso de la Ilustración y de la emancipación como de su regresión. Para el movimiento obrero, la bestia inmundada es el fascismo, pero también el estalinismo y todo lo que prepara su cama. Ahí también hay que decir: ¡Hombres, vigila!

## SEGUNDA PARTE

### Democracia y comunismo

Me ocuparé sobre todo del primer término presente en el título. Aunque por supuesto, lo esencial es la relación entre los dos y la historia del comunismo del siglo XX nos incita a examinar de cerca lo que Marx y Engels escribieron sobre ella.

Una primera consideración se impone: Marx, al redactar el *Manifiesto*, no dio la misma importancia a esas dos cuestiones del comunismo y la democracia. Se puede decir más: el lugar otorgado al

problema de la democracia es del todo insuficiente si se tiene en cuenta el lugar que ocupaba en las actividades políticas de Marx y Engels. Dicho de otro modo, los lectores del *Manifiesto* bastante bien en qué consiste la revolución comunista. Pero en cuanto a la democracia ello es menos seguro.

En el *Manifiesto* encontramos una cierta cantidad de frases cuyas estructuras se parecen y todas subrayan la necesidad de conquista del poder, de derrumbamiento de la dominación burguesa, de instauración de la dominación del proletariado. Una de esas frases precisa *al pasar* que la dominación del proletariado es también la conquista de la democracia. Ciertamente es que esta frase se encuentra en un lugar decisivo al final del segundo capítulo (*Proletarios y comunistas*), justo antes de la presentación del programa del período de transición:

«Más arriba ha sido dicho que el primer paso en la revolución obrera es la constitución del proletariado en clase dominante, la conquista de la democracia» (Oeuvres I p. 181).

Si remontamos un poco más, al principio de ese segundo capítulo o en el capítulo primero, encontramos otras frases adonde se trata la conquista del poder, pero la cuestión de la democracia no.

No hay nada que se refiera a la forma democrática de la dominación del proletariado. Podríamos ciertamente citar la frase que nos asegura que la revolución comunista será una revolución de la mayoría para la mayoría y no una revolución de la minoría en provecho de una minoría.

Esta frase, claro está, es importante, pero tampoco dice nada sobre la forma política y aquí está el punto decisivo.

Tenemos entonces una sola frase en la que se precisa que el primer paso en el proceso revolucionario es la conquista de la democracia. Además esta frase no es de una claridad ejemplar. Ella establece una equivalencia entre conquista de la dominación política por el proletariado y conquista de la democracia. ¿Pero qué significa esta equivalencia? Podemos interpretarla en el sentido de democracia *substancial* sin tener en cuenta la *forma política*. Se podría decir por ejemplo: en verdad la única verdadera democracia independientemente de la forma política es la dominación del proletariado. Ahora bien, y hace falta subrayarlo, el sentido de la frase no es éste. Para Marx y Engels, la democracia designa el sufragio universal y las instituciones que

se basan en la soberanía del pueblo. Se trata entonces de una *forma*.

Sabemos con seguridad que tal es la buena interpretación de la frase del *Manifiesto*: los textos que lo preceden y otros textos ulteriores (Engels 1895) lo confirman. Entre los textos del año 1847 existe uno de una claridad radical. Se trata de los *Principios del Comunismo* de Engels. Marx se sirvió de este escrito para redactar el *Manifiesto*, y debemos decir que sobre este punto como sobre los otros, el texto de Engels es un complemento indispensable para entender el *Manifiesto*. Sobre el problema de la forma democrática, debemos leer la respuesta en la cuestión 18: "¿Según qué proceso se desarrollará esta revolución?"

Respuesta: "(la revolución) empezará por establecer una Constitución democrática, es decir directamente o indirectamente, la dominación política del proletariado. Directamente en Inglaterra adonde los proletarios constituyen la mayoría de la población. Indirectamente en Francia y en Alemania ... etc."

De una manera general puede afirmarse que Marx y Engels, durante el período que precede a la revolución de 1848, llegaron a elaborar una posición suficientemente satisfactoria sobre las relaciones entre democracia y comunismo. Pero no totalmente, ya que tienden a no considerar el valor de la democracia en sí-misma, sino con relación a lo que de ella puede resultar del punto de vista de los intereses socio-económicos mayores del proletariado. Hoy en día puede afirmarse que se trata de un límite en sus ideas. Sin embargo, no debemos perder de vista sus motivaciones profundas. Marx y Engels critican lo que llaman en diferentes momentos de sus vidas la «democracia pura», porque para ellos se trata de encontrar soluciones para los problemas sociales que toman constantemente una forma dramática. Me parece que hoy en día el movimiento obrero debe afirmar el valor de la democracia política de manera absoluta, es decir, como un bien en sí-mismo, al cual el movimiento obrero se encuentra atado. Sin embargo, no es menester decir que el conjunto del discurso de Marx y de Engels sobre la necesidad del movimiento obrero de servirse de los principios de la democracia para resolver los problemas sociales escandalosos que agobian a la clase trabajadora es todavía plenamente válido. Más allá de los derechos políticos están los derechos sociales y más allá todavía se plantea la cuestión de los derechos económicos. Hay una dinámica

de la democracia. Puede sostenerse con buenos argumentos que el comunismo definido por Marx como «autogobierno de los productores» es una realización radical del principio democrático.

Intentemos precisar la conclusión a la que llegaron Marx y Engels en vísperas de la revolución de 1848 sobre la cuestión de la democracia. Engels lo expresa con su fuerza y su claridad acotadas:

«En todos los países civilizados la democracia tiene como consecuencia necesaria la dominación política del proletariado, y ésta es la primera condición de todas las medidas comunistas», citado parcialmente en Oeuvres I. p. 727. Engels «Los comunistas y K. Heinzen» en *La Gazeta Alemana de Bruselas* del 3 y 7 de octubre de 1847.

Es una posición que puede considerarse como excesivamente optimista, y que, como tal, puede tener consecuencias peligrosas. Si se confirmara que la democracia no conduce tan simplemente al comunismo como Engels parece afirmarlo, el resultado podría ser la toma de distancia política con respecto a la reivindicación democrática. Pero esto no acontece casi nunca en la historia de la actividad de Marx y Engels. Quizás puede decirse que Marx y Engels se acomodan al sentimiento de los diferentes partidos obreros con respecto al sufragio universal y que durante todo un período hay, especialmente en los países latinos, una sólida desconfianza con respecto al sufragio universal. Lo que no es el caso ni en Alemania ni en Inglaterra.

Finalmente, Marx y Engels reivindicarán constantemente el sufragio universal y las instituciones que se basan en el principio de la soberanía del pueblo. Y a *grosso-modo*, aparte algunas dificultades pasajeras en ciertos países, la actitud del movimiento obrero durante toda su historia ha sido ésta. La idea fundamental de Marx y Engels ha sido siempre que las instituciones del Estado representativo moderno son favorables a la constitución del proletariado en clase, es decir a su organización política. Esto es verdad en un simple régimen liberal que respeta un cierto número de libertades esenciales. Con mucha más razón si se trata de un régimen democrático. En cuanto a la república democrática, Marx y Engels se atuvieron, por regla general, a una posición de base que es bueno recordar. La república democrática es el terreno sobre el cual el proletariado se prepara en mejores condiciones al enfrentamiento final con la burguesía.

¿Qué acontece luego en cuanto a la forma política en la cual se realizará la emancipación concreta del proletariado, es decir el paso al socialismo o al comunismo? Marx y Engels opinaron dos veces sobre la forma política.

En primer lugar, desde la experiencia de la Comuna de París, y esta es la posición más conocida: el proletariado necesita una constitución comunal; se trata de la *forma política por fin hallada* para la emancipación del proletariado. Debe precisarse lo que Marx entendía por esto. Podemos resumir lo esencial teniendo presente que de aquí resulta una «rectificación» del *Manifiesto* que aparece en un prefacio en común de 1872 sobre la necesidad de quebrar el aparato de Estado.

La segunda intervención sobre la forma política la debemos a Engels y es mucho menos conocida. En 1891, Engels afirma en un texto, que pasará casi inadvertido, que la república democrática desburocratizada, del mismo tipo que la primer república francesa, es la forma política específica para la dictadura del proletariado. Esta posición audaz no será constantemente sostenida durante los últimos años de su vida.

En consecuencia, el movimiento obrero inspirado del marxismo poseerá en materia de teoría política los siguientes tres elementos: 1.- La dictadura revolucionaria del proletariado es necesaria, 2.- La república democrática es el terreno más favorable para que el proletariado se prepare al enfrentamiento final, 1.- La Comuna es la forma política por fin alcanzada para la emancipación del proletariado.

Ahora quisiera tratar un segundo aspecto de la cuestión de la democracia en el momento de la redacción del *Manifiesto*. Marx lo trata en la cuarta parte del *Manifiesto* intitulada: «La posición de los comunistas con respecto a los diferentes partidos de la oposición»

Se trata del problema de las alianzas del partido comunista con los partidos llamados democráticos por un lado, y por otro lado con los partidos socialistas o social-democráticos.

Podemos notar cierta ambigüedad del vocabulario, pues en vísperas y también durante la evolución de 1848, la expresión «partido democrático» tiene un doble sentido. Por un lado designa un partido determinado que existe en casi todos los países, y le da el nombre. Por otro lado, también designa un «partido» en sentido amplio, de corriente, movi-

miento, tendencia; y en ese sentido, los comunistas pertenecen al «partido democrático»; son el ala proletaria y por consiguiente la más radical tanto desde el punto de vista de los objetivos últimos como desde el punto de vista de los métodos de combate. Los comunistas son, así pues, favorables a una alianza durable con los partidos democráticos y forman parte activamente del movimiento democrático que se manifiesta entonces en toda Europa.

Los comunistas discuten igualmente de sus relaciones con fuerzas que no son «democráticas» sino solamente «liberales». Evidentemente sus posiciones varían según los países. Hay unos en que la burguesía no está todavía en el poder y donde los comunistas se hallan listos a ayudarla a derrocar el antiguo régimen y la monarquía absoluta. En esos casos se llegará frecuentemente a la institución de una monarquía constitucional con sufragio censatario, que es la forma de Estado representativo moderno que mejor conviene a la burguesía liberal. En los países adonde ya existe una forma de Estado liberal, se trata de luchar con los partidos democráticos en sentido restringido para pasar de la monarquía constitucional a la república democrática.

Desde 1845 a 1848 y más allá, Marx y Engels, primero en el grupo de Bruselas y luego en el seno de la Liga de los comunistas, luchan para convencer a sus interlocutores del valor de las soluciones comunistas, y para que se constituya un amplio y poderoso partido democrático en cada uno de los países y en el plano internacional.

No debemos entonces sorprendernos al encontrar en esta cuarta parte del *Manifiesto* la siguiente frase que Marx y Engels ponen concretamente en práctica en sus actividades internacionales, en particular en Londres en el seno de los *Fraternal Democrats*:

«Por fin los comunistas trabajan en todas partes por la unión y la comprensión de los partidos democráticos de todos los países».

Para entender mejor la posición de Marx y de Engels hemos de tener presentes tres cosas:

Primero: La cuestión de la revolución violenta no es un problema para el conjunto del campo democrático. Este campo democrático está más o menos de acuerdo sobre el método revolucionario.

Segundo: La reivindicación democrática es con frecuencia una reivindicación del movimiento obrero: es el caso

particularmente de Inglaterra, donde el partido obrero es el partido de la *Carta*, es decir, el partido del sufragio universal. Desde 1842, por medio de Engels, los cartistas tienen una gran influencia sobre la elaboración teórico-política de Marx y de Engels. Si no tenemos en cuenta esto, no podemos comprender nada del conjunto de sus posiciones. Desde 1842, Engels piensa que los cartistas que se imaginan la conquista del sufragio universal sin una revolución se hacen ilusiones. La burguesía no concederá semejante reforma justamente porque el proletariado se valdría de ella para



modificar, quizás radicalmente, sus condiciones de existencia. Puede pues pensarse que el cartismo no se encuentra solamente en el origen de la tesis según la cual la primer etapa de la revolución será la conquista de una constitución democrática, sino también en el origen de otra tesis que aparece en 1850 escrita por Engels, y luego en 1852 escrita por Marx: la tesis de la posibilidad de un paso pacífico al socialismo en Inglaterra.

En fin, la reivindicación democrática está, en la mayoría de los casos, estrechamente vinculada a reivindicaciones sociales más o menos radicales. La idea de Marx y Engels según la cual la revolución permitirá instaurar la democracia y practicar una política social favorable para el proletariado y para las otras clases del pueblo es ampliamente admitida. Igualmente, con excepción de una tendencia puramente burguesa (por ejemplo el partido del «Nacional» en Francia) (que puede legítimamente apelar a la democracia, pero que Marx y

Engels pondrían en la categoría de la «pura democracia»), los «demócratas» tienen también tendencias socialistas o comunistas. En Francia este partido democrata-socialista es el del periódico *La Réforme*, con dirigentes como Ledru-Rollin e intelectuales como Louis Blanc. Ahora bien, la cuarta parte del *Manifiesto* designa claramente a esos demócratas-socialistas, en Francia y en otros países, como los aliados naturales de los comunistas. Sobre este punto como sobre otros Marx no hace más que seguir, paso a paso, lo que Engels escribió en los *Principios del Comunismo*.

Esto nos permitirá, para concluir, examinar dos cuestiones. La primera son las divergencias existentes entre los socialistas-demócratas y los comunistas. La segunda es la rápida evolución de Marx y Engels sobre las alianzas durante la revolución.

¿Cuál es la naturaleza de las divergencias entre los comunistas y los demócratas-socialistas? ¿Conciernen éstas a la constitución democrática? Claro que no. Sobre este punto hay acuerdo. ¿Se trata entonces del programa propuesto por los unos y los otros? Este programa de medidas enumeradas por Marx se encuentra al final del capítulo II. Engels lo designa como un programa de transición, y lo expone con mucha claridad en los *Principios*. Sin embargo, Marx y Engels nos dicen, en diferentes momentos en esta época, que el programa de los socialistas-demócratas no se diferencia nada del programa transitorio de los comunistas. ¿Cuál es, entonces, la diferencia? Engels lo explica en la respuesta de

la cuestión 24 de los *Principios*:

«*quieren introducir por la misma vía que los comunistas una parte de las medidas descritas en el párrafo 18 (programa de transición en 12 puntos J.T.), pero en lugar de ver una vía de paso al comunismo, consideran que esas medidas serán suficientes para suprimir la miseria y hacer desaparecer los males de la sociedad actual.*»

En el párrafo 18, Engels expone la concepción de los comunistas con respecto a sus medidas de paso (Übergangsmittel zum Communismus p. 232): se trata de atacar la propiedad privada a través del empleo de esas medidas. Pero el proletariado estará obligado a ir mucho más lejos hasta llegar al término normal que es el comunismo. El concepto aquí presente, aunque no expresado lingüísticamente, es el de revolución permanente, que Marx y Engels tomaron prestado de la experiencia de la revolución francesa. El mismo género de argumentos se encuentra también en las dos series de artículos escritos por Engels y Marx contra Heizen. Al final de este proceso de radicalización se llega al comunismo. Resulta entonces claramente que se trata no solamente de una sociedad sin clases y sin Estado, sino también sin relaciones de mercado. (cf. *Principios*, p. 221 & 18). El *Manifiesto* habla solamente de la abolición del «tráfico», y podemos preguntarnos lo que eso significa.

Llegamos de esta manera a la siguiente idea: quizás no se deba comenzar la revolución comunista demasiado temprano, pero una vez empezada se debe continuar hasta el final.

Ahora quisiera decir algunas palabras sobre la evolución de las posiciones de Marx y de Engels a propósito de las alianzas. En 1847-48, los demócratas-socialistas son los aliados naturales de los comunistas. En 1850, el panorama es bien diferente. La desconfianza que se les tiene a los demócratas-socialistas llegó a su punto máximo. En *Luchas de clases en Francia* y en la circular de la Liga de marzo de 1850, los demócratas pequeño-burgueses son rudamente criticados. Desde este momento, el único aliado de los comunistas es Blanqui, hasta ahora fuera de cuestión. En el plano internacional se constituye una Asociación Internacional de comunistas revolucionarios, con los blanquistas y el ala izquierda del cartismo. Ahora la orden será: revolución permanente y dictadura del proletariado.

Quisiera terminar insistiendo en la necesidad de ubicar los textos de Marx

y Engels en sus contextos históricos: particularmente el *Manifiesto*. Se trata, en verdad, de un texto lleno de frescura que Marx y Engels publicaron constantemente, tanto como documento histórico, como por ser un texto teórico-político de un valor ejemplar. Yo también sucumbo a su encanto sin dudas eterno. Sin embargo, en la medida de una cierta capacidad de reflexión, insistiré sobre el hecho de que para un marxista no hay textos sagrados. No podemos tener la misma relación con el *Manifiesto* que un cristiano con el Evangelio.

### TERCERA PARTE

**En el *Manifiesto* ¿qué ideas son propias de su momento histórico y cuáles poseen valor actualmente?**

Dado que el *Manifiesto del Partido Comunista* es a la vez el de la idea del comunismo, se puede desear una toma de posición personal referente a este asunto. ¿En qué consiste esta idea en lo que tiene de esencial, tanto para el presente como para en pasado?. Consiste en sostener que es necesario abolir la propiedad privada capitalista, y en consecuencia, el trabajo asalariado; que esta abolición es una revolución social; que este trastorno de la sociedad es necesariamente resultado de la lucha de clases, cualquiera que sea su forma. Esta revolución social debe instaurar la propiedad social o común de las potencias sociales con las que producimos la riqueza. Esta idea comunista implica con toda seguridad la limitación del lugar y de la importancia de las relaciones mercantiles en la vida social, y un papel acrecentado, de la conciencia, de la voluntad y de la acción colectiva metódica en el funcionamiento económico (planificación de la vida económica).

Así pues, la cuestión es saber si se cree todavía en esta idea, una vez reducida a lo que tiene de esencial. Yo confieso que sigo creyendo en la validez de esta idea. Me sigue gustando, y las razones que me vinculan a ella siguen siendo muy numerosas. Incluidas las que exponían Marx y Engels en vísperas de 1848.

Entre las ideas, más bien desconocidas, expuestas por Marx a comienzos del año 1848, se encuentra la idea según la cual la **unión** de los proletarios de todos los países, su **asociación** para poner fin a la competencia que existe entre ellos, equivale al fin del trabajo asalaria-

do y por lo tanto del capital. Yo la encuentro poderosa y profunda y pienso que quienes se consideran miembros del movimiento obrero o se sitúan en la prolongación de esta tradición, no deberían ocuparse prácticamente más que de ella. Desgraciadamente, al igual que en 1848, el capital va muy por delante sobre el terreno en materia de internacionalismo. La clase obrera ha sido, y es todavía, una clase subalterna, como decía Gramsci. Esto significa muchas cosas. Y para un intelectual, el problema sigue consistiendo en estar al lado de, o con esta clase, para ayudarla a no quedarse en clase subalterna. Tal era para mí la cuestión cuando tenía veinte años, y sigue siéndolo todavía.

Una vez contestado lo que respondo a lo que llamamos la convicción personal, la pregunta nos invita a indagar cuáles son las ideas del *Manifiesto* que poseen un carácter histórico, y que pueden variar considerablemente de una época a otra, según las condiciones históricas. En contrapartida, tendríamos entonces aquellas otras que siguen siendo válidas actualmente.

La pregunta debe ser correcta, puesto que acude espontáneamente a la mente durante un aniversario como el presente. Sin embargo yo no desearía empezar por ella. He dicho que la idea de comunismo en lo que posee de esencial me parece tener un valor actual. Pero podríamos preguntarnos para comenzar, si tenía un valor **actual** en 1848. Mi respuesta será negativa.

La idea de una revolución comunista en 1848 era completamente utópica. Hoy, su realización práctica topa con dificultades relacionadas con las transformaciones de la producción y con el lugar que en ella ocupan los hombres: nos podemos preguntar si el sujeto de la revolución, identificado por Marx y Engels, el «sepulturero» del que se trata en el *Manifiesto*, es aún suficientemente poderoso. Pero, a pesar de este grave **interrogante sobre el sujeto de la transformación social**, diría sin embargo que aquélla me parece mucho más actual hoy que en 1848.

**Los principios del comunismo de Engels, escritos en la misma época que el *Manifiesto*, comienzan con esta definición del comunismo:**

«*El comunismo es la teoría que enseña las condiciones de la liberación del proletariado*» (*Los principios*, op. cit. p. 191)

Esta misma idea es retomada y de-

sarrollada en el **Manifiesto** al comienzo del capítulo 11 («Proletarios y Comunistas»), cuando Marx escribe: «en el plano teórico, ellos (los comunistas J. T.) tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su comprensión clara de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.» Ahora bien, ninguna de las condiciones del comunismo (ni las condiciones objetivas, ni las condiciones subjetivas), existían en 1848. Engels lo subraya en 1895 en una introducción célebre a *Las luchas de clases en Francia* de Karl Marx y añade que había sido lo mismo, en 1871.

Por mi parte añadiría a continuación muchas otras que se pueden predicar igualmente de la revolución de Octubre de 1917. Sin duda había una revolución en el orden del día de la Rusia zarista, pero no ciertamente una revolución comunista. Esta es la razón por la cual el fracaso grandioso de las revoluciones comunistas del siglo XX, la de los bolcheviques en particular, puede afectarme muy profundamente, pero no puede llevarme a poner en tela de juicio la idea misma del comunismo o del socialismo. Es distinto para la masa de gente. El fracaso de la Unión Soviética, su hundimiento total, vuelven a poner en tela de juicio la validez misma de la idea socialista. La derrota del movimiento comunista significa la derrota de la idea misma de socialismo o de comunismo. Esto no es, quizá, conforme a la razón, pero es así, y habrá que tenerlo en cuenta. La ofensiva capitalista ha impuesto ya la idea de que era preciso contar siempre con los análisis marxistas del capitalismo. Pero la idea que el marxismo se hacía de una sociedad alternativa permanece de momento en el fondo del agujero. En 1945, después de la victoria sobre el fascismo, todo el mundo era un poco socialista, y el capitalismo reformado de la que Hobsbawm denomina «la Edad de Oro» estuvo profundamente marcado por estas ideas. Esto ocurrió así después de una victoria. ¡Ay de las ideas de los vencidos!

En lo que concierne a 1848, se puede pensar que Marx y Engels no eran por completo ignorantes de esta verdad elemental respecto de las condiciones del comunismo, que muchas páginas que ellos escriben enseñan con insistencia. Podemos convencernos de ello confrontando la radicalidad de la revolución comunista que ellos proponen (que tiene como fin la supresión de las clases so-



ciales, no lo olvidemos), y el contenido, en suma muy modesto, del programa que ellos definen para los países más avanzados. No, es menos cierto, que en tanto que militantes, ellos perdían fácilmente de vista las condiciones objetivas y subjetivas sin las cuales es absurdo hablar de comunismo. Este era el caso, muy particularmente, en lo que concierne a Alemania. En 1844, Marx había concebido ya la idea genial o absurda, que puesto que Alemania estaba muy retrasada en relación con los otros países europeos, era preciso, de entrada, emprender allí no una simple emancipación política, sino la emancipación «humana», (es decir, comunista). ¡Se puede ser un gran teórico, no se es por ello menos humano!

Así, respecto de la idea comunista en lo que ella posee de esencial, es preciso concluir que sus condiciones subjetivas están actualmente en crisis, que sus condiciones objetivas no existieron durante gran parte del siglo XIX, y tampoco en muchos países durante el siglo XX. Sus condiciones a la vez objetivas y subjetivas han existido durante un cierto número de decenios, en varios países europeos. Pero la revolución social no se ha producido en ellos. ¡Asunto de coyuntura, se podría decir! La cuestión está en saber si, para la humanidad, las ocasiones perdidas se vuelven a encontrar algún día. Cuando uno no se apoya, como es nuestro caso actual, en la idea de la necesidad o de la finalidad históricas, estas son preguntas que uno puede hacerse. Pero ahora paso a hacer la distinción entre lo que es esencial y lo que es circunstancial en la idea comunista.

La cuestión más importante es, sin duda, la que hace a la necesidad de la revolución violenta. Engels (incluso él) y posteriormente Gramsci, han insistido en el hecho de que después de la Comuna de París comienza una nueva época, que se caracteriza por el paso de la guerra de movimientos a la guerra de posiciones. Hacemos notar que, ni para Engels ni para Gramsci, esto significaba que los momentos de violencia revolucionaria serían en lo sucesivo excluidos del movimiento histórico. Pero nosotros sabemos que el asunto de la violencia revolucionaria, de su lugar, de su importancia relativa, de su papel, proceden de la reflexión estratégica encaminada a inventar una «fórmula política» adaptada a cada época. Esto, es el «abecé».

Habría que ser muy necio para pretender dictar su conducta a los pueblos. Es tarea de los partidos representativos hacer este trabajo de elaboración en relación con los sentimientos, las necesidades de su pueblo y en relación también con las posibilidades realmente existentes. La política es un arte, y como se sabe, por ello mismo, los errores de evaluación se pagan siempre muy caros. En lo que concierne a la forma de las luchas en lo porvenir, la previsión es muy difícil, si no francamente imposible. Gramsci decía: no se puede prever otra cosa que la lucha. Hacemos constar que, en numerosos países, la idea misma de revolución violenta ha desaparecido del horizonte. Confrontados a este hecho, nuestras convicciones personales tienen poca importancia.

Lo que en contrapartida me parece



que es una idea siempre válida, incluso si tampoco es hoy de actualidad, es la idea de revolución social. Aunque sólo sea para limitar el dominio del capital en el curso de un proceso de transformación que comporta reformas de estructura anticapitalistas es preciso ir contra las relaciones de propiedad existentes. Con mayor motivo cuando se trata de abolir el capitalismo. Por eso, con o sin revolución violenta, es necesario trans-

tornar el orden social existente, transformar las relaciones de propiedad. En esto consiste una revolución social.

Entre las ideas que me parecen caducas, querría destacar una: la de la extinción del Estado. Las funciones represivas del Estado están llamadas a disminuir y sin duda a desaparecer con la atenuación de los conflictos de clases. Esta es, a no dudar, la idea que Marx contempla en el *Manifiesto*. Pero otras funciones (de regulación en particular) se desarrollarán (Apenas se trata la cuestión de la planificación en el *Manifiesto*; en contrapartida, la idea está desarrollada en *Los principios del comunismo*). Investigar cuáles son las funciones que desaparecen o disminuyen y cuáles aparecen o se desarrollan me parece ser el método correcto. Se podría concluir que los poderes públicos perderán su carácter de clase y de opresión pero, desde luego no, como escribe Marx, «su carácter político». Marx y Engels han enseñado al movimiento obrero la necesidad de la acción política. Es lástima que hayan renunciado al hermoso término «política» que evoca la ciudad, para designar las actividades colectivas que surgen de los poderes públicos y se desprenden de los mismos. Hay que elegir entre dos concepciones: la de Aristóteles, que define al hombre como *animal político* y la de Marx que re-

chaza esta definición aristotélica y que se atenia a la idea de que el hombre es un *animal social*. La cuestión del poder no es algo que se disuelva, como el azúcar en el café. Más vale reflexionar sobre las mejores fórmulas políticas, que soñar un mundo sin Estado y sin política. Si hay una idea que pertenece por completo a la época del *Manifiesto* (pero que tendrá siete vidas, como los gatos, a lo largo de todo el siglo), es precisamente la idea anarquista de la abolición del Estado que Marx y Engels aceptaron matizándola a su manera. La idea de una pura administración o de una tecnología social que ocupase el lugar de la política procedía del Saint-simonismo. No hay mucho que conservar de ella, a no ser la idea de que los poderes públicos, incluso cuando han perdido su carácter de clase, están siempre necesitados de administración y de expertos.

Para concluir, y resumiendo, diré que lo esencial de la idea comunista, que concierne a la propiedad común de los medios de la riqueza y la planificación de la vida económica, me parece por completo válido; que la idea de la violencia revolucionaria es asunto de circunstancias históricas; y que la idea de la extinción del Estado me parece caduca. ●

## Butlleta de subscripció al setmanari AVANT

Companys/es:

em subscric al setmanari **Avant** d'acord amb les següents condicions:

- Subscripció anyal (45 números)..... 6.000 ptes. (7.100 estranger)  
 Subscripció 4 mesos (15 números)..... 2.000 ptes. (2.400 estranger)  
 Subscripció d'ajut ..... \_\_\_\_\_ ptes.

**Forma de pagament**       Xec adjunt       Domiciliació bancaria

**Dades personals:**

Nom i cognom: \_\_\_\_\_  
 Adreça: \_\_\_\_\_  
 Codi postal \_\_\_\_\_ Localitat \_\_\_\_\_  
 Telèfon: \_\_\_\_\_

**Dades bancàries (per a domiciliació):**

Títular del compte \_\_\_\_\_  
 Banc o Caixa \_\_\_\_\_ Núm. Oficina: \_\_\_\_\_  
 Control (2 dígit) /\_/\_  
 N°. del compte (10 dígit) /\_/\_/\_/\_/\_/\_/\_/\_/\_/

### Autorització de domiciliació bancària

Sr. Director:

Li agrairé que fins a nova ordre aboní, amb càrrec al meu depòsit bancari, els rebuts que li seran presentats per «AVANT»

Signatura: \_\_\_\_\_

Títular del compte: \_\_\_\_\_

Banco o Caixa \_\_\_\_\_

Núm compte (10 dígit) \_\_\_\_\_

Remeteu aquesta butlleta per correu a AVANT, Portal de l'Àngel, 42, 2n 2ª 08002 Barcelona. O bé al fax 31848 35



# Para leer hoy el Manifiesto Comunista

Francisco  
Fernández Buey\*

-1-

**E**L *Manifiesto comunista* es un texto de carácter excepcional: por su brevedad; porque inauguraba un género nuevo en la filosofía política al juntar consideración histórica, análisis sociológico y perspectiva política con la defensa explícita de los intereses de una clase social, el proletariado industrial, que por entonces no tenía en Europa casi nada; por lo que en su momento representó en el conjunto de la obra de Marx y Engels; por lo que ha significado para el movimiento obrero organizado en los cinco continentes; por el hecho de haber sido traducido repetidamente a todas las lenguas y en todos los países; por la gran audiencia que ha alcanzado a lo largo de siglo y medio.

Pocas veces en la historia de las ideas se habrá dicho tanto en favor de los de abajo, de los explotados y oprimidos, en tan poco espacio. Si el viejo refrán dice verdad, el *Manifiesto Comunista* es dos veces bueno: sólo veintitrés páginas (en la edición alemana original) para tratar uno de los asuntos que más permanentemente ha conmovido a aquella parte de la humanidad preocupada por el mal social en el mundo moderno: el de las causas de la desigualdad social y la lucha de clases.

El Manifiesto comunista es ya un clásico del pensamiento político. Y es también un clásico de la tradición comunista. Ciento cincuenta años después de su publicación, razonar el interés de la lectura del clásico puede hacerse de dos



maneras igualmente válidas.

La primera consistiría en distanciarse lo más posible del texto y considerar el *Manifiesto* como uno más de los libros que han configurado el cánón de la filosofía política europea para tratarlo como se suele tratar académicamente a los clásicos: con rigor filológico, espíritu comparativo y atención preferente al momento histórico en que la obra fue escrita. Como se trata a Maquiavelo, a Hobbes, a Montesquieu o a Tocqueville.

La segunda manera de razonar ese interés actual, sin despreciar la primera, consiste en leer al clásico en el marco de la tradición liberadora que él mismo ha inaugurado, haciendo propios, por tanto, las preocupaciones y el punto de vista de Marx y de Engels en una situación ya muy cambiada respecto del momento histórico en que ellos escribían.

\*Francisco Fernández Buey es Profesor de Sociología de la Universidad Pompeu Fabra.

El texto que ofrecemos a nuestros lectores corresponde a la Ponencia presentada por Fernández Buey en la Mesa Redonda celebrada el tres de mayo de 1997, en el marco del X Congreso del Partit dels Comunistes de Catalunya, con el tema: *Ciento cincuenta años después: actualidad del Manifiesto Comunista*, en el que intervinieron Francisco Fernández Buey, de la Universidad de Pompeu Fabra de Barcelona, Jacques Texier, director de *Actuel Marx* y José María Esquirol, de la Universidad Central de Barcelona.

Se propuso a los participantes en la Mesa resaltar las propuestas siguientes:

- 1) Dentro del Manifiesto ¿qué ideas son propias de su momento histórico y cuáles tienen valor actualmente?
- 2) Perspectivas del movimiento emancipador en el estadio actual de la lucha de clases (si es que sigue siendo vigente el concepto de lucha de clases)
- 3) ¿Cuáles son las ideas fuerza que tiene el Manifiesto?.

Otros temas posibles más concretos que se propusieron, fueron:

- 1) Papel de los partidos comunistas
- 2) Democracia y socialismo
- 3) ¿Qué antropología hay detrás del Manifiesto?
- 4) La concepción de la historia en el Manifiesto.

En este número ofrecemos las ponencias presentadas por los dos primeros participantes. En un próximo número incluiremos la ponencia restante.

# Cánovas del Castillo y la alternancia en el gobierno

Ramón del Río Aldaz\*

Como es conocido, después de catorce años de gobierno del Partido Socialista Obrero Español, la derecha española ha utilizado todos los medios a su alcance para conseguir recuperar el poder, aunque también es cierto que los propios socialistas no se lo pusieron difícil. Y, entre los argumentos empleados por José María Aznar para justificar la sustitución del Partido Socialista por el Partido Popular en el gobierno español, le oímos defender que el sistema democrático se legitimaba con *la alternancia en el gobierno*. Desde luego, la utilización de este argumento raya en el cinismo, si tenemos en cuenta que Aznar representa a una gran parte de la derecha política y social que ha permanecido en el poder durante más de cuarenta años y, la mayor parte de ellos, no como resultado de unas elecciones democráticas.

Pero, dejando a un lado esta *pequeña* precisión, la afirmación de Aznar era además, en realidad, una *media verdad*. Porque, si con *la alternancia en el gobierno* se quiere decir que es contrario al sistema democrático que un partido, burlando la voluntad mayoritaria de los electores, se mantenga a capa y espada en el poder, entonces, ciertamente, la afirmación es correcta. Ahora bien, lo que legitima a un sistema democrático no es *la alternancia*, sino que esa voluntad mayoritaria de los electores se vea reflejada periódicamente en las urnas y, como consecuencia, en el gobierno. Por tanto, si los electores deciden reiteradamente elegir a un mismo partido, evidentemente *lo democrático no es la alternancia, sino la continuidad*.

Sin embargo, la afirmación de Aznar en defensa de que el sistema democrático se legitimaba con *la alternancia en el gobierno* fue tan repetida que, posiblemente, más de uno se la terminó creyendo. Y, por si en un futuro próximo la derecha vuelve a la oposición y Aznar empieza a darnos otra vez lecciones de cómo se legitima el sistema democrático, será bueno recordar como *la alternancia en el gobierno* puede también *legitimar* un sistema político *antidemocrático*, ya que la introducción de esa alternancia en España fue la base del régimen antidemocrático que construyó, hace más de cien años, la derecha española y, en concreto, Antonio Cánovas del Castillo.



## El sistema político de los moderados (1844-1868)

Después de estar implantado en España el sufragio universal masculino en los períodos en que estuvo vigente la Constitución de Cádiz (1812-1814, 1820-1823 y 1836-1837), el partido progresista, a pesar de tener las simpatías de importantes sectores de los trabajadores rurales y urbanos, haciendo más caso del soporte que tenía de la burguesía media introdujo el sufragio censitario en la Constitución de 1837. Con todo, el sufragio implantado por los progresistas permitía el derecho a voto a, aproximadamente, el 3,5% de la población<sup>1</sup>, sufragio que se encontraba en la cota más alta de la Europa de los primeros años cuarenta del siglo XIX. Así, era semejante al que tenían Gran Bretaña y los Países Bajos y muy superior al que regía en Bélgica (1%) y en la Francia de Luis Felipe (0,6%)<sup>2</sup>.

Sin embargo, el golpe de Estado que llevó a los moderados al poder en 1844 redujo el derecho a voto en España hasta el sufragio de Francia<sup>3</sup>, es decir, dio el derecho a voto sólo a la alta burguesía. En estas circunstancias, el Partido Progresista y la burguesía media no tendrán más remedio que utilizar la vía insurreccional para llegar al poder, lo que harán en 1854, dando lugar al Bienio Progresista (1854-1856). Y, tras el nuevo golpe de Estado moderado en 1856, no sólo los progresistas y los demócratas y republicanos, sino incluso la Unión Liberal, que era un escisión por la izquierda del Partido Moderado, optaron de nuevo por la vía insurreccional en la llamada revolución «Gloriosa» de 1868.

\*.- Ramón del Río es Profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de Bellaterra.

<sup>1</sup> El análisis del régimen político progresista en J. Tomás Villarroya, «El proceso constitucional, 1834-1843», en J. M<sup>o</sup> Jover, *La era isabelina y el sexenio democrático, 1834-1874*, Espasa-Calpe, Madrid, 1981, pp. 5-67.

<sup>2</sup> «La Constitución de 1845», en J. M<sup>o</sup> Jover, *La era isabelina y el sexenio democrático, 1834-1874*, pp. 199-219.

Pero la monarquía con sufragio universal masculino instaurada en 1869 y la posterior I República española de 1873 caerían nuevamente tras los golpes de Estado de Pavía y Martínez Campos, aunque el artífice en la sombra de la restauración alfonsina de 1875 fue el político e historiador Cánovas del Castillo. Cánovas pertenecía a la Unión Liberal, pero no participó con sus correligionarios en la revolución de 1868, porque estaba en esas fechas investigando en Simancas. Es decir, algo no muy distinto a lo que le pasó a Aznar, que, al parecer, consideró que la preparación de sus oposiciones era una tarea más fundamental que la de participar políticamente en la transición del régimen franquista a la democracia.

### La modernización del sistema político de los moderados

El sistema político impulsado por Cánovas en 1875 tenía por objetivo modernizar el sistema del Partido Moderado. Cánovas había comprendido que el sistema moderado, basado en un sufragio electoral restringido a la alta burguesía, ya no era operativo para la derecha española, más cuando comenzaban a emerger partidos y sindicatos obreros revolucionarios. Y no era operativo, porque las insurrecciones de la burguesía media para sustituir a los moderados podían terminar siendo aprovechadas por los republicanos de la pequeña burguesía, como en parte había pasado en 1868, y también, lo que era peor, por las nuevas organizaciones del proletariado.

En este sentido, el régimen político de Cánovas establecía una barrera para que no pudiesen llegar al parlamento los partidos obreros e incluso los republicanos radicales de la pequeña burguesía, tal y como hacía en esas fechas la burguesía en todo el mundo capitalista. Pero, a la vez, y ahí estaba su modernización respecto al sistema moderado, el régimen político de Cánovas permitía la entrada en el parlamento de amplios sectores de la burguesía media, antes representados por el partido progresista, que no habían podido acceder al gobierno de 1844 a 1868 salvo por vía insurreccional.

### La resistencia de la extrema derecha y de la Iglesia Católica

Por ello, la resistencia al sistema creado por Cánovas del Castillo no vendrá sólo de la izquierda republicana y obrera, sino también, especialmente en los primeros momentos, de los sectores más derechistas del viejo Partido Moderado y de la Iglesia Católica. Sectores más a la derecha de Cánovas que defendían la Constitución moderada de 1845, como el miembro de la burguesía catalana Manuel Duran i Bas, y también la Iglesia Católica, porque rechazaba la tibia tolerancia religiosa que se vislumbraba en el artículo 11 de la Constitución de 1876.

La Constitución de 1869 había establecido la libertad de cultos y el proyecto de la republicana de 1873 iba a proclamar la separación entre cualquier confesión y el Estado. Por su parte, Cánovas, en el artículo 11 de la de 1876, volvía a la

confesionalidad católica del Estado español, como en la Constitución moderada de 1845, pero añadiendo que «nadie será molestado en territorio español por sus opiniones religiosas, ni por el ejercicio de su respectivo culto, salvo el respecto debido a la moral cristiana», aunque, eso sí, «no se permitirán, sin embargo, otras ceremonias ni manifestaciones públicas que las de la religión del Estado»<sup>4</sup>.

Pues, a pesar de que la tolerancia religiosa planteada por Cánovas era mínima, fue suficiente para que el Papa Pío IX declarase que «dicho artículo, que se pretende proponer como ley del reino, y en el que se intenta dar poder y fuerza de derecho público a la tolerancia de cualquier culto no católico, cualquiera que sean las palabras y la forma en que se propongan viola del todo los derechos de la verdad y de la religión católica»<sup>5</sup>.

Con todo, una parte de los sectores más derechistas que criticaban el sistema de Cánovas fueron progresivamente asumiendo su régimen político<sup>6</sup>, mientras que la Iglesia Católica comenzó a ser consciente de que, ante la aparición de ideologías ateas y revolucionarias en el proletariado, el liberalismo era un mal menor con el que había que aliarse. Lo que se reflejará en la actitud más tolerante del Papa León XIII frente al régimen de Cánovas en comparación con el integrista Pío IX.

### El sistema Cánovas: la alternancia en el gobierno

El sistema de la alternancia en el gobierno o turno pacífico se basaba en la rotación en el gobierno entre dos grandes partidos: el Liberal Conservador del propio Cánovas, que debía canalizar los intereses de la alta burguesía, y el Liberal Dinástico o Fusionista de Mateo Sagasta, que debía cubrir los de la burguesía media. En este sentido, las aspiraciones de la pequeña burguesía republicana radical y, especialmente, de los trabajadores quedaban reducidas a un simple problema de orden público. Y es que, a juicio de Cánovas, «siempre habrá miseria, siempre; siempre habrá un bajo Estado; siempre habrá una última grada en la escala social, un proletariado que será preciso contener por dos medios: con el de la caridad, la ilustración, los recursos morales y, cuando éste no baste, con el de la fuerza»<sup>7</sup>. Es decir, muy poco de *zanahoria* y bastante más de *palo*.

Pero el carácter antidemocrático del régimen de Cánovas no era debido sólo a la marginación política del movimiento obrero. El carácter antidemocrático se reflejaba también en que el mecanismo del sistema del turno pacífico no estaba relacionado en realidad con las elecciones: cuando el gobierno, que tenía la mayoría parlamentaria, se debilitaba por los enfrentamientos entre los *barones* de su propio partido, el rey nombraba presidente del gobierno al dirigente de la oposición. A partir de aquí, el gobierno procedente de la oposición hacía unas elecciones amañadas, dirigidas por el nuevo ministro de la gobernación y con la ayuda de los gobernadores civiles y de los caciques locales.

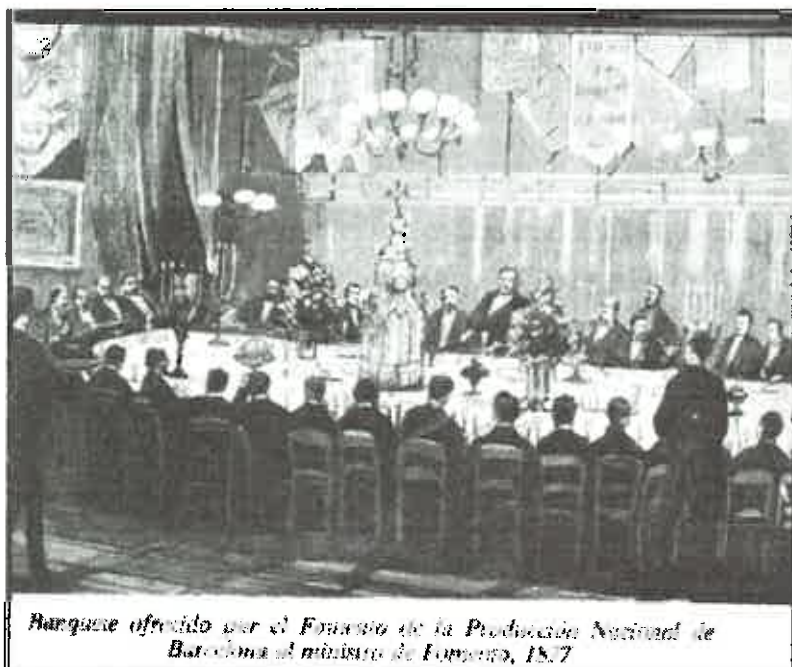
El proceso comenzaba con los telegramas del ministro de la gobernación a los gobernadores civiles para que garantizaran el candidato *encasillado* por el nuevo gobierno -

<sup>4</sup> Ver los artículos en J. de Esteban, editor, *Constituciones españolas y extranjeras*, Taurus, Madrid, 1977, 2 vols., I, pp. 237, 255-256 y 269.

<sup>5</sup> Citado por F. Martí Gilabert, *Política religiosa de la Restauración (1875-1931)*, Rialp, Madrid, 1991, p. 52.

<sup>6</sup> Por ejemplo, Manuel Duran i Bas estaría luego vinculado al partido liberal conservador hasta los años 90.

<sup>7</sup> Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos parlamentarios*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1987, p. 189.



*Burgués ofrecido por el Fomento de la Producción Nacional de Barcelona al ministro de Fomento, 1877*

frecuentemente un *cunero*, es decir, que no pertenecía a la región- y las convocatorias de los gobernadores civiles a los alcaldes para preparar el amaño: «ruego a usted suponiendo, como debo suponer, que como autoridad estará al lado del Gobierno en la cuestión electoral, me haga el favor de personarse lo más pronto que le sea posible en esta su casa para tratar de dicho asunto (...), porque aquí adelantaremos mucho en una entrevista con la Junta de amigos que aquí tenemos constituida»<sup>8</sup>.

El proceso podía concluir en las elecciones generales, pero sobre todo en las municipales, con el acuerdo entre dos caciques locales, rivales políticos, incluso por contrato formal: «Puestos de acuerdo D... y D... en cuanto a la marcha política y administrativa del Ayuntamiento de ....., han convenido lo siguiente: (...) Se darán a D... nuevos concejales en el Ayuntamiento en las próximas elecciones municipales. (...) No se hará nada en el Ayuntamiento sin la intervención de D... (...). Los que tengan alzadas ante el delegado de Hacienda por las cuotas de Consumos serán recomendados para su resolución favorable. (...) Los concejales que cesen de uno y otro bando serán reelegidos. Conformes, firman la presente, añadiendo que (...) se trabajará favorablemente el asunto de D... en cuanto al camino para un herbal, cuyo litigio se entablará con D..., pero después que marche el actual juez. Pontevedra, primero de julio de mil novecientos quince»<sup>9</sup>.

No haría falta decir que las elecciones generales eran ganadas siempre por el partido que las convocaba y por mayoría absoluta. Lo único que diferenciaba el resultado electoral de unas elecciones convocadas por Cánovas o por

Sagasta era que con Sagasta el republicanismo domesticado de Emilio Castelar obtenía algunos diputados más, siempre en número testimonial, mientras que con Cánovas esta ventaja la solían conseguir los carlistas.

#### LOS PILARES DEL SISTEMA: REY, RELIGIÓN Y EJÉRCITO

La estabilidad del sistema de Cánovas estaba basada en tres pilares fundamentales. El primero era el rey, que pasaba a ser el árbitro entre los dos partidos turnantes, al ser la figura indiscutida y, a la vez, unificadora, para los dos partidos, ya que ambos asumían la monarquía alfonsina. Claro que, para que el rey pudiera jugar este papel de árbitro, era necesario que, a diferencia de lo que había hecho Isabel II, no se decantase descaradamente por uno de los dos partidos.

El segundo de estos pilares era la religión católica. Para Cánovas, la religión católica tenía la misión de contentar a los trabajadores con la vida eterna para evitar que estos se rebelasen en

la *terrenal*. Así, decía el dirigente conservador: «Suponed que llega un día en que se esparce y se generaliza por los pueblos esa teoría de que todo cuanto hay que hacer en el mundo es gozar de la vida; que todas las aspiraciones del hombre están encerradas dentro de la tierra (...), que detrás de esta vida no hay otra, que no hay justicia suprema (...). Poned luego a este hombre enfrente de las dolorosas pero inevitables penalidades de la vida (...), de la injusticia, de la mala fortuna, de la miseria, de las enfermedades; ponéle enfrente de su limitada y transitoria naturaleza, y ese hombre será indisciplinable, y llevará su ateísmo (...) a la familia, a la patria, y... acabará por afiliarse a la Internacional»<sup>10</sup>.

Es decir, que Cánovas, al igual que Marx, estaba convencido de que la religión era *el opio del pueblo*. Pero Cánovas, a diferencia de Marx, deseaba que la religión católica siguiera cumpliendo esa función adormecedora del proletariado, para que los obreros no se afiliasen a la internacional.

Finalmente, el tercer pilar del sistema era el ejército. Un ejército a quien Cánovas no pretendía alejar de la vida política, como muchas veces se dice equivocadamente, sino que deseaba alejarlo de los enfrentamientos armados que la alta y media burguesía habían tenido de 1844 a 1868, ya que, con el sistema del turno pacífico, la burguesía media no tendría que utilizar a sus correligionarios militares para acceder al poder.

En este sentido, para Cánovas, la misión del ejército era precisamente política, ya que debía ser «por largo plazo, quizá por siempre, robusto sostén del presente orden social, e invencible dique a las tentativas ilegales del proletariado»<sup>11</sup>. Es decir, que la misión del ejército no sólo sería la defensa

<sup>8</sup> Citado por J. Varela Ortega, *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)*, Alianza Universidad, Madrid, 1977, p. 408.

<sup>9</sup> Cita en J.A. Durán, *Historia de caciques, bandos e ideologías en la Galicia no urbana (Rianxo, 1910-1914)*, Siglo XXI, Madrid, 1976, pp. 357-358.

<sup>10</sup> Citado por Diego López Garrido, «Estudio preliminar», en Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos parlamentarios*, pp. IX-LX, en concreto p. XLV.

<sup>11</sup> Citado por C. Velasco Murviedro, «Cánovas del Castillo y la articulación del Estado Nacional», *Cuadernos Económicos de Información Comercial*, n° 6, 1978, pp. 61-97, en concreto p. 71.

<sup>12</sup> Citado por Diego López Garrido, «Estudio preliminar», p. XLI.

<sup>13</sup> E.J. Hobsbawm, *La Era del Imperio (1875-1914)*, Labor, Barcelona, 1989, p. 86.

<sup>14</sup> Incluso se consiguió el femenino en Wyoming, Nueva Zelanda, sur de Australia, Finlandia y Noruega.

del territorio nacional, aunque perdería Cuba, Puerto Rico y Filipinas en 1898, sino, sobre todo, la defensa del orden social burgués de la alta y media burguesía frente al republicanismo de un sector de la pequeña burguesía y al socialismo y al anarquismo de los trabajadores.

#### O SUFRAGIO CENSITARIO O UNIVERSAL MANIPULADO

Y, con este temor al proletariado, es comprensible que Cánovas rechazase el sufragio universal, ya que él pensaba que «el sufragio universal igualitario (...) engendra de una manera natural, necesaria e inevitable el socialismo»<sup>12</sup>. En realidad, el dirigente conservador se equivocaba, porque el tiempo demostraría que los trabajadores no necesariamente votan a un partido de izquierdas, cosa que, por ejemplo, en Cataluña está hoy suficientemente demostrada. Sin embargo, como Cánovas sí lo creía, es lógico que, a pesar de que lo pedía hasta el propio Sagasta, fuera opuesto a que se restaurase el sufragio universal, y no sólo por el miedo al proletariado, sino también porque su sistema estaba ideado para funcionar con sufragio censitario.

Pero, como señala el historiador Hobsbawm, «a partir de 1870 se hizo cada vez más evidente que la democratización de la vida política de los Estados era absolutamente inevitable. Las masas acabarían haciendo su aparición en el escenario político, les gustara o no a las clases gobernantes. Eso fue realmente lo que ocurrió»<sup>13</sup>. Efectivamente, de 1870 a 1914, el sufragio universal masculino<sup>14</sup> se estableció en diversos países europeos -Francia, Alemania, Suiza, Dinamarca, España, Austria e Italia- y en algunos pocos países no europeos -Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda y Argentina-. Y, además, en otros muchos países europeos -Reino Unido, Bélgica, Noruega, Finlandia o Suecia- el sufragio masculino se amplió sustancialmente hasta permitir el voto a casi la totalidad de la población masculina adulta.

Ahora bien, el sufragio universal no se había concedido en estos países porque los gobiernos de la burguesía estuvieran convencidos de que los trabajadores tenían derecho a votar, sino que lo aprobaron forzados por los movimientos sociales. Y, como no se resignaba a perder el monopolio del poder, el problema que se planteó a la burguesía, una vez concedida la democratización, fue, como dice Hobsbawm, «cómo conseguir manipularla»<sup>15</sup>. Y, para ello, todo fue válido: desde elecciones manipuladas por caciques locales en la Península Ibérica, sur de Italia, Grecia o América Latina, hasta el más generalizado sistema de compra de votos y otros escándalos de corrupción en Francia, Reino Unido, etc.<sup>16</sup>.

En este sentido, si Sagasta, frente a Cánovas del Castillo, fue consciente de que era inevitable conceder el sufragio universal masculino, Cánovas supo ver, por su parte, lo que sucedería una vez concedido. Así, cuando se resistía frente a Sagasta a su restauración, Cánovas señaló que «el sufragio universal será siempre una farsa, un engaño a las muchedumbres, llevado a cabo por la malicia o la violencia de los

menos, de los privilegiados de la herencia y el capital, con el nombre de clases directoras; o será, en estado libre, y obrando con plena independencia y conciencia, comunismo fatal e irresistible. Escójase, pues, entre la falsificación permanente del sufragio universal o su supresión, si no se quiere tener que elegir entre su existencia y la desaparición de la propiedad»<sup>17</sup>.

Es decir, que para Cánovas, no había más que dos opciones: mantener el sufragio censitario o, si se introducía el sufragio universal, manipularlo. Lógicamente, no se trataba de que el dirigente conservador tuviera reparos a manipular el sufragio, ya que el sistema por él establecido en 1875 se basaba en la manipulación. El problema estaba en que la manipulación en el sistema de Cánovas no generaba frustración, puesto que el partido perdedor sabía que *le tocaba ganar* en las siguientes elecciones. Mientras que con el sufragio universal no sólo habría partidos a los que sistemáticamente *les tocaría perder*, sino que, además, el trabajo de *hacer desaparecer* los votos no deseados sería mayor y más complejo que con el sufragio censitario.

Sin embargo, como ni Cánovas ni Sagasta deseaban el triunfo electoral de los partidos republicanos y del partido socialista, cuando fue restaurado el sufragio universal en 1890, los dos partidos turnantes tuvieron que asumir el nuevo trabajo e intensificar los mecanismos de fraude electoral, para seguir con el sistema de la alternancia en el gobierno que reservaba el poder a la alta y media burguesía. Algunos de los mecanismos más utilizados fue el hacer votar a los muertos -«con difuntos se atreven a constituir Ayuntamientos», decía, por ejemplo, un periódico local gallego en 1911<sup>18</sup>- y otras suplantaciones de nombres, lo cual se podía realizar en distintas mesas electorales utilizando las llamadas *escuadrillas volantes* -por ejemplo, en las elecciones de 1896 en Madrid «se supo de un cochero que había votado cuarenta y dos veces»<sup>19</sup>-. Y, si no bastaba, se asaltaba el colegio electoral cambiando las papeletas de los rivales políticos por las propias o destruyendo la urna para provocar la anulación.

Pero, a la larga, estos mecanismos de fraude electoral, no sólo tenían el riesgo de estimular la lucha extraparlamentaria de algunos sectores del proletariado -Cánovas moriría en un atentado anarquista en 1897-, sino que también, y sobre todo, estos mecanismos serían cada vez más difíciles de aplicar en las grandes ciudades, como se comprobaría en las elecciones municipales de 1931.

En definitiva, visto el sistema que la derecha española montó hace cien años para mantenerse en el poder burlando la voluntad de la mayoría de la población, me reitero en la afirmación que hacía al principio de este artículo de que la democracia no se legitima por *la alternancia en el gobierno*. La democracia se legitima por la voluntad de los ciudadanos y de las ciudadanas libremente expresada en las urnas, al margen de que estos ciudadanos y estas ciudadanas se decidan por *la alternancia* o por *la continuidad*. ●

<sup>15</sup> «Entre 1880 y 1914 la mayor parte de los Estados occidentales tuvieron que resignarse a lo inevitable. La política democrática no podía posponerse por más tiempo. En consecuencia, el problema era cómo conseguir manipularla» (E.J. Hobsbawm, *La Era del Imperio*, p. 87).

<sup>16</sup> E.J. Hobsbawm, *La Era del Imperio*, pp. 95 y 98.

<sup>17</sup> Citado por C. Velasco Murviedro, «Cánovas del Castillo y la articulación del Estado Nacional», p. 70.

<sup>18</sup> Cita en J.A. Durán, *Historia de caciques, bandos e ideologías*, p. 295.

<sup>19</sup> Cita en J. Varela Ortega, *Los amigos políticos*, p. 412.



# La Crisis de la Cultura Obrera

Eugenio del Río\*

**V**OY a considerar hoy la situación de la clase obrera desde el punto de vista cultural. Este enfoque puede resultar complementario de otros referidos al mercado de trabajo, a los efectos de los cambios tecnológicos o a las transformaciones en la organización del trabajo.

Con la palabra *cultura* se suele aludir a cosas muy diferentes (un sociólogo norteamericano llegó a enunciar medio millar de acepciones). Puesto que he de hablar de *cultura obrera* habré de precisar el concepto del que me voy a servir. Haré uso de una noción amplia<sup>1</sup>, que engloba las relaciones sociales, las costumbres y el estilo de vida, las normas de conducta, las realidades intelectuales imaginarias, simbólicas y espirituales en general.

Haré un par de advertencias antes de empezar.

La primera es que voy a referirme a la cultura obrera en los países con un mayor nivel de desarrollo económico, y más concretamente en aquellos en los que esa cultura ha tenido un mayor arraigo, que son los de la mitad occidental

del continente europeo.

Una segunda advertencia: en mi opinión, un reconocimiento del terreno es la primera condición para poder esbozar o tantear soluciones. Doy la prioridad a la formulación de los problemas, además, porque, dadas las limitaciones de las fuerzas sociales hoy disponibles, es muy difícil, cuando no prematuro, avanzar soluciones precisas.

Trataré de dar una imagen de conjunto, aunque no sea posible profundizar ahora en cada una de las cuestiones que voy a tocar.

## 1. ¿Ha habido una cultura obrera?

Y voy ya al grano: *¿en qué medida ha existido una cultura obrera?* ¿Son las clases sociales un espacio en el que realmente se despliega una cultura peculiar?

A mi modo de ver, ha habido una cultura obrera; más aún, ésta ha sido una de las piezas principales de la vida cultural occidental en el último siglo.

Esa cultura ha sido un factor delimitador de la clase obrera con respecto a

otras clases sociales. Pero, al mismo tiempo, si hablamos de cultura obrera debemos emplear las minúsculas. Hemos de verla como una parte de la cultura occidental moderna. Hilando más fino podríamos hablar de una *subcultura obrera*, que comparte con las subculturas de otras clases determinados elementos, como son el culto al trabajo y la mentalidad productivista, la adhesión a la idea occidental de democracia y la aceptación de la disciplina democrática o el sentido de pertenencia nacional y de solidaridad nacional.

La subcultura obrera, por tanto, es parte de un universo cultural más amplio, pero ocupando un lugar genuino dentro de él.

## 2. Apreciación inicial

En mi opinión, y con las reservas que acabo de expresar, *la cultura* o subcultura obrera ha sido una realidad muy destacada, que ha contado *mucho en la sociedad, pero hoy lo es bastante menos*. No sólo se ha transformado bastante, sino que ha venido a menos, ha perdido entidad, fuerza y especificidad; *se ha reducido su importancia y su singularidad*.

Esta cuestión tiene un especial interés. El debilitamiento cultural es a un tiempo signo y agente del debilitamiento de un sujeto social. Tenemos delante la tarea de generar fuerza social, identidad colectiva, sujeto social, y todo ello requiere, a su vez *un esfuerzo específico de reflexión y de acción en el campo cultural*.

Indicaré, sin detenerme mucho en ellos, diversos aspectos en los que se expresa este hecho. Cada uno de ellos bien podría merecer un tiempo como el de esta sesión. Escojo algunos que me parecen muy relevantes, sin pretender agotar la lista, que sin duda debería ser más extensa.

## 3. Diferenciación interna, fragmentación

En el curso de las dos últimas décadas asistimos a la aceleración de un proceso de diferenciación interna dentro de la clase obrera. Digo *aceleración*, con lo que estoy suponiendo que ese proceso viene de más atrás.

En la edad de oro del llamado Estado de bienestar, progresó en los países occidentales un modelo urbano basado

\*- Eugenio del Río es pensador marxista, especializado en la temática de las clases sociales

El presente texto fue presentado en las Jornadas de ESK-CUJS, en Tudela, en noviembre de 1996

1.- Hay otras acepciones más restringidas, como la que identifica la cultura con las actividades artísticas y literarias, o la que designa con este vocablo las formas de vida.

en la división de las áreas urbanas según las diferentes funciones: el espacio de vivienda, los dedicados al ocio, las zonas comerciales y los polígonos industriales. Con la paulatina implantación de este modelo, que desde luego tiene menor vigencia en las localidades pequeñas, se efectúa una disgregación de las dimensiones de la vida de la clase obrera, que antes se presentaban agrupadas en un mismo espacio, el de la ciudad o el barrio industrial, con las viviendas alrededor de las fábricas<sup>2</sup>.

Pero, además de esta parcelación especial, a partir de mediados de los setenta se activaron nuevos factores de diferenciación en el seno de la clase obrera, esta vez relacionados directamente con los procesos laborales. Me limito a enunciarlos pues son bien conocidos.

Los principales son: a) la reducción del componente industrial de la clase obrera, más concentrado, y el crecimiento del de servicios, más disperso; b) la diversificación de las situaciones laborales, con la introducción de nuevos y variados tipos de contrato, y la división entre quienes están en una posición más estable y quienes tienen empleos más frágiles<sup>3</sup>; c) el aumento del número de personas en paro duradero; d) la expansión de la economía sumergida. Quienes viven de ella están especialmente desprotegidos legalmente. Y al igual que una buena parte de las franjas laboralmente más débiles, están al margen de la vida sindical.

No hace falta subrayar la importancia que todo esto tiene para la actividad práctica, sindical o de otro género. Pero aquí me ciño a su aspecto cultural. La clase obrera se ve sometida a nuevas tensiones diferenciadoras que acentúan su fragmentación, su disgregación. Aumenta el número de personas que se encuentran en una situación similar a lo que Durkheim llamó *anomia*, pare referirse a quienes al llegar a la ciudad habían perdido la pertenencia al grupo rural en el que se insertaban y aún no habían encontrado un nuevo grupo en el que integrarse. Crecen así los obstáculos para la participación en formas asociativas o en prácticas de solidaridad.

#### 4. Menor diferenciación respecto al resto de la sociedad

Pero este problema se agrava en términos relativos debido a un movimiento simultáneo de atenuación de la diferenciación de la clase obrera respecto al resto de la sociedad. Es más heterogénea de puertas adentro y menos diferente en relación con lo que queda fuera; la cohesión interior descende y los límites entre *el dentro y el fuera* son menos firmes.

¿En qué puntos se nota más esta difuminación de las diferencias? Para verlo, echaremos la vista atrás por unos momentos.

En la segunda mitad de los años sesenta se inició una discusión, en el ámbito de la sociología y de la antropología social británicas, sobre las imágenes que tenía de la sociedad la clase obrera. Voy a leer un trozo de uno de los trabajos que entonces se publicaron, que me parece sugerente para abordar esta cuestión.

*«Los compañeros de trabajo son normalmente compañeros en el tiempo libre, con frecuencia vecinos o parientes; la existencia de tales grupos estrechamente vinculados de amigos, compañeros de trabajo, vecinos y parientes, es el sello de la comunidad tradicional de la clase obrera. Los valores expresados a través de estas redes sociales fomentan la ayuda mutua en la vida cotidiana... (...) Como forma de vida social, esta sociabilidad posee una cualidad ritual, creando una elevada densidad moral y reforzando los lazos de pertenencia a una colectividad dominada por el trabajo»<sup>4</sup>.*

Esos trazos describen un panorama simplificado e idealizado pero dan cuenta de una realidad social que todavía en esos años estaba bastante diferenciada.

El panorama actual es bastante distinto.

Las trabajadoras y los trabajadores asalariados se distinguen menos que antes en cuanto a sus formas de vida. Al terminar su jornada laboral, desconectan del lugar de trabajo y con frecuencia se alejan de él. Disponen de automóvil para ir a su vivienda o a los hipermercados. Su estilo de consumo es parecido al de otras clases; su manera de vestir y de comer no son muy distintas a las de otros sectores sociales. Como casi todo el mundo, gastan unas horas de su tiempo

libre cotidiano viendo la televisión. En todos estos aspectos se va diluyendo la especificidad obrera.

El mundo que nos describe el fragmento que he leído es fundamentalmente masculino: la mano de obra asalariada femenina quedaba relegada a ciertos sectores como el textil. Hoy, las mujeres siguen percibiendo unos salarios inferiores por el mismo trabajo, pero ha aumentado su presencia en la denominada *población activa*, especialmente entre el sector de empleo precario de jóvenes en servicios, uno de los campos de mayor contratación.

Han pasado a la historia los tiempos en los que era excepcional la presencia en la universidad de hijos de familias obreras. La extensión del acceso a la educación pública en las dos últimas décadas ha contribuido seriamente a reducir las diferencias culturales entre las clases.

Hay que mencionar también el arraigo de ideas y valores que no tienen un carácter horizontal o *de clase* sino que atraviesan la sociedad verticalmente, siendo compartidos por distintas clases. En este capítulo figuran las ideas nacionalistas y las democráticas convencionales, las concepciones feministas, que han abierto brecha en la opinión pública, los puntos de vista y las aspiraciones ecologistas. O sea, las fronteras ideológicas son pocas y los puentes ideológicos entre las clases anchos.

Una ilustración de esto la hallamos en el hecho de que muchos productos culturales, en el cine y en la música, especialmente, no se mueven tanto en un mercado definido por las divisiones sociales de clase sino por las generacionales. Hay mercancías diferentes -películas, discos y programas de televisión- para distintas franjas de edad, y no para trabajadores y burgueses o para ricos y pobres.

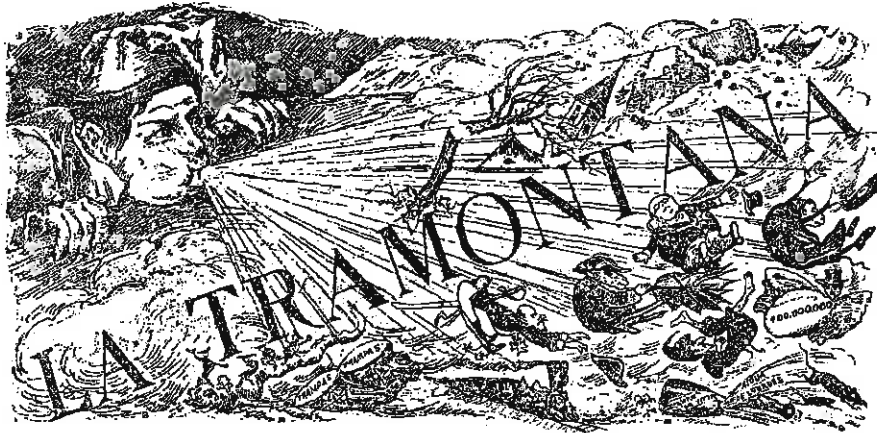
#### 5. Disminución del peso y de la influencia de la clase obrera

En la actual crisis cultural influyen los problemas del empleo, la generalización de las formas de empleo atípico, y la disminución de la capacidad del movimiento obrero «para actuar como un agente social propositivo y con capaci-

2.- El poblado minero, con sus barracones construidos por el propietario de las minas es el caso extremo de esa unidad espacial. La unidad espacial laboral-residencial es magistralmente descrita en el capítulo 3 del fascinante libro de J. L. y Bárbara Hammond, *El trabajador de la ciudad*, 1925, Madrid: Ministerio de Trabajo y de Seguridad Social, 1987, pp. 33 y ss. F. Engels en *La situación de la clase obrera en Inglaterra* ofrece una imagen muy precisa de esa convergencia de dimensiones en los barrios obreros de la primera mitad del siglo XIX (*Obras de Marx y Engels*, OME, vol 6, Barcelona: Crítica, 1978).

3.- Es interesante el estudio de Robert Castel sobre la trayectoria del empleo: el paso del régimen tutelar al contrato; del contrato salvaje al contrato protegido; y de éste al anual contrato fragilizado (*Les metamorphoses de la question sociale. Une chronique du salariat*, París: Fayard, 1995).

4.- El texto corresponde al escrito de David Lockwood, «Sources of variation in working class images of society», *Sociological Review*, 14 (3), 1966, p. 251 (reproducido y comentado por R. E. Pahl, en *Divisiones del trabajo*, 1984, Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1991, pp. 16 y ss.).



dad de forzar las políticas económicas y laborales, de crear un marco social de referencia para amplias capas de la población alternativo al ofrecido por la clase dominante»<sup>5</sup>.

Durante un siglo, la clase obrera ha sido una fuerza influyente. Hoy lo es menos.

Es menor su fuerza social, debido a la reducción de sus contingentes industriales, a su heterogeneidad y al crecimiento de sectores exteriores a ella.

Asimismo, bajo el peso del desempleo, de la mala situación laboral de los sectores jóvenes (tradicionalmente los más combativos), y, en general, de las medidas precarizadoras del empleo, ha ido descendiendo su combatividad.

## 6. El sistema organizativo

El sistema organizativo de la clase obrera vigente durante décadas ya no funciona como antes. Esto afecta a los partidos de izquierda, a los sindicatos y a la relación entre ambos.

Los partidos se circunscriben cada vez más al ámbito institucional; su fuerza organizada es muy escasa; las culturas de partido, fenómeno importante en el pasado, pierden peso en general (aunque en Euskadi quedan en pie culturas de partido importantes).

En la mayor parte de los casos, los partidos no tienen capacidad para dirigir a los sindicatos, lo cual no está mal pues las tentativas de dirigirlos suelen ir unidas a su instrumentalización con fines electorales.

Los sindicatos, por su parte, han visto como disminuía su base social principal, el sector con empleo estable en la

industria, carecen de representatividad de los sectores más frágiles y de los de la economía sumergida, y han perdido iniciativa frente al rumbo que ha tomado la política económica

Cada vez tiene menos vigencia aquel sistema de relaciones en círculos concéntricos, con el partido o los partidos dirigiendo a los sindicatos y a otras plataformas sociales.

La fuerza organizada de la clase obrera tiene menor envergadura y no puede ya aspirar a ser el centro de los movimientos sociales. No sólo porque han disminuido su fuerza y sus magnitudes, sino también porque está desconcertada, sin proyectos propios, a la defensiva, y porque junto a ella han surgido nuevos sistemas organizativos, con ideas e intereses propios, que no aceptan su liderazgo.

Disminuye, por tanto, la influencia sobre los gobiernos y las políticas gubernamentales, y se reduce la capacidad para formular propuestas capaces de atraer a otros sectores sociales.

Esta modificación de su posición hace que en la clase obrera crezca su conciencia de debilidad. Es un fenómeno cultural de primera magnitud, que condiciona las posibles respuestas a los problemas que se presentan.

## 7. El lugar del trabajo como elemento cultural

La palabra *trabajo*, como se sabe, nos vale para designar dos realidades distintas: una *actividad* (extraer algo de la tierra, pescar, transformar un objeto, dispensar un servicio...) y el hecho de *disponer de un empleo* (decimos: «conseguir un

trabajo»). Ambas cosas unas veces van juntas y otras separadas. Así, un fresador *realiza un trabajo y tiene un trabajo* (o empleo por el que percibe un salario); las amas de casa, por el contrario, llevan a cabo un trabajo pero a ese trabajo realizado no le corresponde la consideración social de un empleo y, por lo tanto, no perciben un salario.

Al observar los cambios en el trabajo estamos pensando en ambas cosas: mutaciones en las modalidades de empleo y transformaciones en los procesos de trabajo (tipo de máquinas y de procedimientos para realizar un trabajo). Y cuando hablamos del trabajo como elemento cultural también estamos pensando en los dos significados: qué actividad y qué formas sociales (o de empleo).

Pues bien, lo que está cambiando en ambos planos supone una modificación del papel y del valor del trabajo<sup>6</sup> tanto para la cultura obrera como para la sociedad en su conjunto.

Antes del siglo XVIII, el trabajo es una *variedad de actividades*, con nombres diversos, destinadas a satisfacer las necesidades. Lo que hoy llamamos trabajo, en singular, era antes un conglomerado heterogéneo que no formaba una categoría única.

En los tres últimos siglos se impone una concepción nueva y unificada del trabajo. En los siglos XVII y XVIII se opera una transformación de la idea del trabajo, «que ya no es sólo un deber que responde a exigencias religiosas, morales o incluso económicas»<sup>7</sup>. En poco tiempo, el trabajo deja de ser algo despreciado y emerge como una potencia llena de valor. Para Locke es la fuente de la propiedad. En Rousseau da derecho a la propiedad de la tierra. Adam Smith lo considera como el factor principal de la riqueza (en la concepción premoderna la riqueza no procede del trabajo sino de la naturaleza y de Dios; incluso para los fisiócratas, sólo la naturaleza es productiva). El trabajo, entendido como factor de riqueza, invade el pensamiento económico del siglo XVIII y llega a ser uno de los fundamentos principales de la sociedad<sup>8</sup>.

Esa concepción del trabajo, construcción histórica reciente, está gravemente herida, al entrar en crisis dos de

5.- Albert Recio, «¿El futuro del trabajo? Más preguntas que respuestas», en Santiago Delgado y Antonio José Vélez, eds., *El futuro del sindicalismo*, Granada: Diputación Provincial de Granada, 1996, pág. 127.

6.- Sobre el valor del trabajo: André Gorz, *Metamorfosis del trabajo*, 1991, Madrid: Sistema, 1995; Jean-Marie Vincent, *Critique du travail*, París: Presses Universitaires de France, 1987; José Manuel Naredo, *La economía en evolución*, Madrid, Siglo XXI, 1987; Dominique Méda, *Le travail. Une valeur en voie de disparition*, París: Aubier, 1995; de la misma autora: «La fin de la valeur travail», *Esprit* n° 8-9, août-sept., 1995. Victoria Camps dedica el capítulo 9 de su libro *Paradojas del individualismo* (Barcelona: Crítica, 1993) al *sentido del trabajo* (pp. 138-157).



las funciones que le asigna: la de *creador de una fuerza social y medio de inserción social y la de instrumento de distribución de la riqueza creada socialmente*.

1) El trabajo, digo, como actividad y como empleo, ha sido *un poderoso creador de una fuerza social*: el movimiento obrero. Esto tiene varias facetas.

En primer lugar, ha sido un factor identificador, unificador, integrador de una fuerza social, productor de lazos sociales, foco de relaciones solidarias, organizador, cohesionador. En todo esto, ha perdido fuerza. Hoy actúa como unificador, pero, también y crecientemente, como elemento divisor.

En segundo lugar, como ya he señalado antes, se reduce la capacidad del trabajo para marcar distancias con el resto de la sociedad.

En tercer lugar, se debilita la fuerza del trabajo como factor ideológico. Fue un eficaz sustanciador de un tipo moral, el trabajador, y suministró una dignidad (glorificación del trabajo en el pensamiento socialista, mito del trabajo como medio de realización y de expansión de la personalidad<sup>9</sup>, vinculación entre utopía socialista y trabajo: la nueva sociedad como triunfo del trabajo). Hoy queda algo de aquello, pero poco.

En todos estos puntos, el trabajo ha representado un factor creador de la clase obrera como clase, como fuerza social, como realidad ideológica. Y en todos ellos se registra una situación de crisis.

2) Pero, además, el trabajo ha constituido *un problemático medio de distribución de la riqueza creada*. En tanto que tal sigue operando. Pero se ha reducido su legitimidad, de acuerdo con una situación en la que la economía capitalista, en su marcha espontánea, ya no es capaz ni de ofrecer empleo para toda la gente que desea emplearse, ni de asegurar otra forma de ingresos. La diversificación de las formas de contratación del trabajo, la fragilidad de situaciones creadas o la mani-

fiesta falta de equidad ponen en cuestión más seriamente que antes esta función del empleo asalariado como forma de reparto del trabajo y de asignación de ingresos.

En suma, el problema no es que no haya una inmensa masa de trabajo social que deba ser realizado, sino que el sistema actual no puede distribuir y remunerar adecuadamente ese trabajo. De ahí la disminución de su legitimidad.

## 8. Creencias, aspiraciones

Desde que el movimiento obrero europeo se forma como una gran fuerza social, a finales del siglo pasado y a comienzos del actual, coexisten en él dos mundos ideológicos.

El primero es el de las *grandes ideas*: las aspiraciones a un cambio social global, las perspectivas definidas por las distintas corrientes socialistas para ese cambio social; la convicción de que la clase obrera había de desempeñar un papel principal en la transformación de la sociedad.

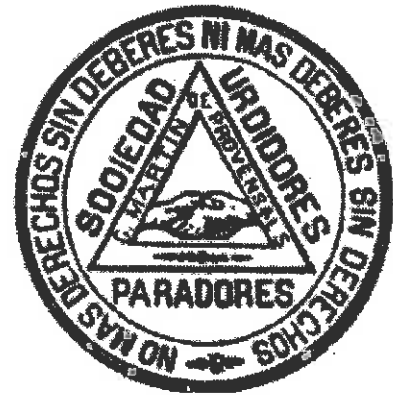
Estas ideas se encarnan especialmente en algunas minorías, pero llegan más o menos a sectores más amplios, y no sólo en períodos excepcionales de lucha social más intensa.

El segundo es un mundo más realista y comedido, un mundo de *ideas menores* en comparación con las anteriores, pero muy influyentes en la historia del movimiento obrero; inspiran cotidiana y regularmente a buena parte de la clase obrera. El Estado de bienestar es la síntesis de estas ideas, en tanto que exponente de las conquistas sociales de la clase obrera occidental en el siglo XX, y que se traduce en intervención estatal para orientar la economía, en contención de la iniciativa privada y en garantía de protección frente al paro, a la enfermedad y la vejez.

Estos dos planos mantienen una coexistencia tensa, que se manifiesta más vivamente en la minoría obrera más ac-

tiva, pero que atraviesa a casi toda la clase obrera.

Pues bien, en la actualidad se registra un doble proceso de *descredito de las grandes ideas* y de *eclipse de las pequeñas ideas*. La marcha de la sociedad y del mundo, y la quiebra del llamado socialismo real, han erosionado las grandes ideas socialistas, y no sólo a las grandes ideas socialistas sino las grandes ideas en general. Los problemas del modelo de crecimiento anterior, la acusada inseguridad económica y la vuelta con fuerza del liberalismo han asestado un duro golpe a las ideas corrientes del movimiento obrero. Lo uno y lo otro están alimentando esa extendida sensación de desorientación y el pesimismo que se palpa en el ambiente.



## 9. El lenguaje

La forma de llamar a las cosas es uno de los ingredientes, y no de los menores, de toda cultura o subcultura. Cada sector social, cada fuerza social tienen interés en designar a las cosas con los nombres que más les convienen. La diferenciación y la cohesión de la clase obrera en el orden cultural ha contado con un lenguaje propio.

Pero los lenguajes sociales experimentan continuos ajustes y transformaciones; se mueven sin cesar para cum-

7.- Robert Castel, op. Cit., p. 160.

8.- «En el siglo XVIII el trabajo vino a ser, en respuesta al gran miedo del final de la Edad Media, el vector privilegiado de reinversión de energías hacia el más acá, el medio para procurar la abundancia, para transformar la sociedad, para alcanzar el progreso. A mediados del XIX, se ve de pronto cargado de una nueva cosecha de expectativas: la producción se convierte en el centro de la vida económica y social, y el trabajo, en el medio privilegiado a través del cual se expresa la sociedad» (Dominique Méda, op. Cit., p. 295). Del fulgurante ascenso del trabajo se ocupó Hannah Arendt en su obra *Condition de l'homme moderne*, 1958, París: Calman-Lévy, 1983.

9.- Este mito no ha solido excluir una toma de conciencia sobre los males que acarrea el trabajo, toma de conciencia que, debido a la ambivalencia del fenómeno, ha encontrado tradicionalmente grandes dificultades para expresarse. Josiane Boutel ha estudiado estas dificultades para verbalizar las opiniones obreras sobre el trabajo: «<Los «es difícil de decir», «habría que venir a verlo», «no puedo explicárselo», «es complicado», vuelven una y otra vez como un *leit-motiv* en las expresiones de las personas a las que se propone hablar del trabajo» («Le travail et son dire», en el libro dirigido por la propia J. Boutel, *Paroles au travail*, París: L'Harmattan, 1995, p. 260). Seguramente, esa dificultad guarda relación con las limitaciones educativas, pero también con el contraste entre el valor asignado al trabajo y su reconocimiento social, de un lado, y su lado perverso, de otro, esto es, las penalidades de todo orden que acompañan al trabajo, los males físicos y síquicos que causa. Merecería la pena detenerse en este último aspecto, pero no es este el momento. No me resisto a mencionar el apasionante trabajo sobre los perjudiciales efectos de la intensificación del trabajo resultante de la introducción de las nuevas tecnologías realizado por Michel Gollac y Serge Volkoff, «Citius, altius, fortius», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, n° 114, sept. De 1996, pp. 54-57.

plir su función identificadora en condiciones nuevas. También en este aspecto observamos un movimiento en la clase obrera.

Hace poco leía un artículo en el diario francés *Le Monde*, en el que se recogían aquellas expresiones que han sido de uso común durante mucho tiempo en el Partido Comunista Francés y que hoy han caído. Ese cambio de lenguaje, en un partido que no se ha caracterizado precisamente por su disposición a innovar, permite para tomar la medida de las al te razones experimentadas en el horizonte ideológico en el que se ha desenvuelto una parte de la clase obrera durante décadas. En unos momentos en los que se han debilitado las culturas de partido, el sentido de pertenencia a los partidos y la base doctrinal de los partidos de izquierda, el Partido comunista francés ya no se presenta como el *partido-guía* ni como la *vanguardia* de la clase obrera. En lugar de *izquierda* se emplea *fuerzas de izquierda de progreso y ecologistas*; el *desarrollo económico*, que antes aparecía como un bien en sí mismo, va acompañado hoy de adjetivos como *duradero, sostenible o humano*; los términos que integraban el lenguaje de la *lucha de clases* tales como *las masas trabajadoras o el capital*, ceden su sitio a *los ciudadanos, la gente* o el *ultraliberalismo*. La *patronal*, palabra cargada de hostilidad, se ve reemplazada por los *chefes de empresa* « o los *empresarios*.

Todo es más suave, como se ve, y poco referido al marco ideológico anterior, que al menos en parte se considera superado. Estos cambios en el vocabulario dan cuenta de la fragilidad del dispositivo identificador anterior; describen una trayectoria que va de lo duro y rígido a lo blando y flexible; del acento puesto en la identificación del enemigo y en el conflicto a la atenuación de ambos aspectos; todo un signo de los tiempos.

## 10. Estilo de conocimiento

Este es otro punto problemático. ¿Ha habido un tipo de conocimiento característico de la clase obrera? A mi entender, hablando en términos relativos, sí lo ha habido; es uno de los objetos de los que se ha ocupado la sociología del conocimiento<sup>10</sup>.

Ese estilo de conocimiento ha estado marcado históricamente por una cu-

riosa conjunción de realismo elemental y de idealización; muy pegado a la tierra y, al mismo tiempo, interferido o mediatizado por un sistema de creencias que se elevaba sobre la realidad y se despejaba de ella en ocasiones.

Esta forma de conocer se ha desenvuelto en un universo poco teórico, correspondiente a una clase social cuyo techo intelectual venía dado por la formación profesional y por las actividades culturales autónomas, de muy desigual intensidad en cada época y lugar.

Se trata también de un cuadro cognitivo muy dependiente de las circunstancias locales: el mundo de la fábrica y del barrio o del pueblo.

En todo esto se han venido produciendo mutaciones de importancia.

La extensión de la enseñanza, primaria y secundaria, ha reducido el corte, en cuanto a las capacidades intelectuales y de conocimiento, entre los hogares obreros y los de otras clases.

La aparición de una fuente de información que llega igualmente a todas las clases sociales, como es la televisión, ha homogeneizado el conocimiento que se tiene de las cosas, borrando anteriores barreras clasistas.

La influencia de lo local, en fin, sigue siendo determinante, pero el horizonte en el que cada cual se desenvuelve no cesa de ampliarse.

En suma, las tendencias en lo que hace al conocimiento son menos particulares que en el pasado. La forma de percibir las distintas realidades por la clase obrera es más parecida que antes a la de otras clases sociales.

## 11. La identificación

Los elementos que he venido desgranando indican que estamos ante una crisis de identidad. De ahí las dificultades para responder a preguntas tales como: ¿Qué somos? ¿Quiénes no somos? ¿Contra quiénes luchamos? ¿Qué queremos? ¿Qué sentido tiene nuestra existencia? ¿Cómo entendemos la vida y el mundo? ¿Qué representamos en la sociedad? ¿Qué valor le damos a la pertenencia a la clase obrera?

Una de las facetas más graves de esta crisis viene dada por los obstáculos para verse como muy diferentes o simplemente diferentes. Además de la creciente he-

terogeneidad interna y de la difuminación de las fronteras, a las que me he referido, está el hecho de que cobran mayor fuerza relativa *identidades transversales* que atraviesan verticalmente a las identidades horizontales o de clase; eso sucede con las identidades nacionales, locales, de género, ecologistas, etc. La distinción obreros-burgueses pierde importancia en beneficio de otras distinciones.

La imagen de la clase obrera que tuvo más relieve en la historia de la izquierda era bastante embellecedora. Nos mostraba a una clase que representa al conjunto de la sociedad, que encarna un nuevo régimen económico y social, que desempeña un papel unificador... Esa visión se ha ido cuarteando.

Además, han dejado de servir algunos factores de identificación sencillos, que fueron muy eficaces en otros tiempos. Durante decenios, la clase obrera se vio a sí misma como *los de abajo*, el piso inferior y más maltratado de la sociedad. Hoy, quienes tienen conciencia de pertenecer a la clase obrera ven por debajo a otros sectores en los que la conciencia obrera existe poco o nada, que se encuentran en una posición de mayor debilidad económica. El trabajo manual, realizado con un esfuerzo físico notable, actuó durante largo tiempo como un elemento delimitador. Las transformaciones tecnológicas están modificando radicalmente esta situación: el trabajo más manual, el más duro físicamente, no desaparece, pero se hace más minoritario, o recae sobre sectores más marginales, o, simplemente, se traslada a los países menos desarrollados que experimentan un proceso de industrialización.

Los problemas de la identidad obrera alimentan un proceso más amplio de debilitamiento de buena parte de las anteriores grandes identidades: izquierda y derecha, iglesias, muchas de las identidades nacionales (este no es el caso, o no lo es todavía, de Euskadi)... y simultáneamente ascienden otras identidades más ligeras, menos potentes, al igual que las identidades de pequeña escala, como son las denominadas *tribus urbanas*. Los grupos basados en la amistad, las asociaciones locales o la familia.

En todos estos planos, se puede constatar la crisis de la identidad obrera.

\*\*\*

10.- Georges Gurvitch estudió, entre otros, el estilo de conocimiento de la clase obrera, en el que apreció los siguientes rasgos: a) predominio de un tipo de conocimiento político (vinculado a la estrategia, a los ideales, a la táctica... «...Puede tener un carácter más oportunista o más revolucionario, más realista o más utópico más racional o más místico»); b) Ocupa un lugar destacado el conocimiento técnico, relacionado con la formación profesional, c) La percepción del mundo exterior es más subjetiva y emotiva que en la burguesía. Está muy condicionado por los aspectos locales... (*Les cadres sociaux de la connaissance*. París: Presses Universitaires de France, 1966).

He hecho referencia a un haz de elementos que configuran la actual crisis cultural de la clase obrera. Esos elementos conciernen a la vez a las ideas y a las actitudes, a las prácticas, a la situación económica, a la organización del trabajo, al régimen laboral.

La crisis se manifiesta en forma de una mayor diferenciación interna, con la consiguiente reducción de la cohesión, y de una menor delimitación con lo externo; una menor presencia e influencia en la sociedad de la clase obrera como fuerza social y cultural; un desplazamiento del lugar que ocupa el trabajo en la sociedad y del valor que se le atribuye; la disminución de la credibilidad de ideas que han desempeñado un papel de primer orden en la configuración de la identidad obrera. En estos y otros aspectos emparentados con ellos nos hallamos ante una situación relativamente nueva.

Sobre algunos de los problemas que definen este panorama no es posible operar; sobre otros sí. Pero no se nos oculta que las dificultades parean actuar no provienen hoy tanto de la falta de ideas o de aportaciones teóricas como de la debilidad de la fuerza social y de las prácticas que podrían poner a prueba el valor de las propuestas que están circulando.

Se considera necesario, por mencionar algo muy trillado, rehacer espacios de solidaridad, fundados en un *concepto renovado de la solidaridad* misma, que se sustente menos que en el pasado en sectores sociales homogéneos.

Me da la impresión de que el obstáculo principal para avanzar hoy no está en la percepción de esa necesidad, ni siquiera en *cómo* hacerlo (hay ideas y experiencias múltiples) sino en *quiénes* están en disposición de hacerlo.

Es evidente también la conveniencia de *territorializar más la actividad*. El lugar de trabajo sigue siendo una rampa de despegue para la acción reivindicativa y para la organización. Pero sabemos que, sin abandonarlo, es deseable extenderlo a otros ámbitos, para buscar la confluencia entre movimientos y entre sectores con intereses divergentes y, lo que muchas veces es lo mismo, la confluencia inter-generacional, uno de los problemas realmente cruciales. Esto supone intentar unir las cuestiones del trabajo con las de la vivienda, los transportes, el medio ambiente, la educación, el ocio, la gestión de la economía solidaria... Pero es difícil ensanchar el campo de la acción con las fuerzas actualmente disponibles.

Si hablamos del *problema del trabajo* nos encontramos con algo parecido. El trabajo no es una fuerza central como factor de identidad y de cohesión, pero sigue constituyendo un problema central.

Esta cuestión tiene al menos dos partes: la necesidad de replantear su función real, su valor, sus efectos sociales, su capacidad para crear identidad colectiva... Estos son puntos de reflexión fundamentales a la hora de examinar auto-críticamente la historia de la cultura obrera. Junto a esto figura el problema de la *transformación del trabajo a gran escala*, cosa que desborda los actuales marcos estatales y que concierne al tiempo y a las modalidades del trabajo, a las formas contractuales, al Derecho del trabajo, a la distribución de los empleos remunerados y al tratamiento del trabajo no remunerado, a los ingresos sociales, etc. Este es uno de los problemas de mayor envergadura, que habría que abordar en la perspectiva de un cambio de sociedad más amplio: es difícil imaginar la necesaria transformación del trabajo en el cuadro de la actual sociedad capitalista.

Pues bien, se va extendiendo la convicción de que hay que *cambiar de piñón* en relación con el trabajo, tanto respecto al modo de concebirlo, como sobre las propuestas para transformarlo. Pero pronto constatamos que, si es verdad que hace falta presentar propuestas, éstas no germinan si no van acompañadas de movilización. Este es uno de los problemas más serios hoy en toda Europa occidental: la toma de conciencia sobre el problema del trabajo va muy por delante de la acción, y este desajuste produce una sensación de bloqueo, de impotencia que hay que tratar de romper por algún lado.

Y estoy dejando en segundo plano uno de los problemas que, a mi juicio, tiene mayor envergadura: el del *sistema organizativo*. He apuntado antes los defectos de aquel sistema de la izquierda o



del movimiento obrero formado por círculos concéntricos con uno o varios partidos en el centro, el sindicalismo bajo su dirección y los otros movimientos sociales en su periferia. Aquel sistema existe aún pero menos que antes, y va siendo sustituido por un marco que podemos definir como de elementos múltiples, que se manifiestan con independencia y que negocian los apoyos recíprocos. Es un punto de partida mejor que el anterior, pero tiene el defecto de **que** no sale de la fragmentación. Buscar vías para superar esa parcelación, aunque sea parcialmente, es otro asunto de importancia.

Al apuntar estas cuestiones (y no son las únicas; habría que hablar despacio, por ejemplo, del horizonte intelectual de la clase obrera o de su actitud hacia el Estado), vemos que estamos en una fase de tanteo, de prueba, de gestación de nuevas fuerzas sociales...

En todo esto será decisiva la acción de las minorías que permanecen organizadas y activas, y que tienen capacidad e inquietud para plantear problemas y ahondar en ellos. ●

## Relación de artículos aparecidos en los últimos números de **Realitat**

31. ¿Qué cultura para qué concepto de política?, *Jacques Texier*. /Las transformaciones mundiales: crisis y desafío para la izquierda, *James Petras*. / Refundar el comunismo, relanzar el marxismo, *Joan Tafalla*. /Ideas para un programa y una política nuevas para la izquierda, *Manolo Monereo y Ángel Pérez*. /Record de Ludovico Geymonat en la seva mort, *Artur Obach*. /Geymonat, filósofo civil, *Fabio Minazzi*. / Documents/.
32. Cotxe i ciutat (i...salut?), *Oriol Martí*. /Motores en marcha, *Juan R. Lejarza*. /Sobre los jóvenes y el movimiento juvenil, *Antonio Navas*. /La des-economía de la perestroika, *Andrea Catone*. /Vida Quotidiana, *Celestino Sánchez*. /Repensar el partido, *Pep Valenzuela*. /De la dominación formal del capital a la dominación real, *Loren Goldner y R. García Durán*. /La 3ª. Internacional y la política de clase contra clase, *Francisco Gallardo*. /Fanzines, *Héctor Olivera*.
33. ¿Qué izquierda queremos?, *Joaquín Miras*. /La apuesta perdida, *George Labica*. /Del Regeneracionismo a los pactos de la Moncloa (2), *Loren Goldner y Raúl García D.* /El estalinismo ¿neojacobinismo o despotismo?, *Alejandro Andreassi y César Ballarín Elcacho*. /La psiquiatría en la guerra civil española, *Pau Pérez Sales*. /Resenya bibliogràfica, *M.A.Soria*.
34. Número monográfico sobre Gramsci amb articles de Andrea Catone, Valentino Gerratana, Ferdinando Dubla, Johanna Börek, Giuseppe Prestipino, Giorgio Baratta, Michael Löwy... etc.
35. Número monográfico sobre América Latina, con artículos de Carlos M. Vilas, Mauricio M. Praeloker, Pablo González Casanova, Pedro Vuskovik Bravo, Joan Tafalla y Ernesto Cardenal.
36. Entrevista a Marcelino Camacho, *Laurentino González*. /Intervención de Agustín Moreno en la conferencia del PVCE sobre el mundo del trabajo. /Reflexiones sindicales sobre una nueva forma de organización del trabajo: el caso del toyotismo, *Ramón Alós-Moner*. /Apuntes para una reflexión sobre el sindicalismo y la izquierda, *Angel Crespo*. /La nueva organización del trabajo, *Secretariado de la célula del PCC en SEAT*. /De Marx a Gramsci: el concepto de revolución, *Georges Labica*. /La segunda América diez años después, *Ottavio Latini*. /Resenya. / Poesía, *César Vallejo*.
37. Marx y la democracia (primer recorrido), *Jacques Texier*. /La democracia, fundamento organizador de la cultura emancipadora, *Joaquín Miras*. / Democracia, *Raymond Williams*. /Una revolución en la izquierda para una revolución democrática, *Joaquín Villalobos*.
38. Nuevo internacionalismo en nuestra cultura y en las cosas, *G. Prestipino*. /Dialéctica y lucha de clases, *Manuel Ballestero*. /Siete tesis sobre la democracia mínima, *Pedro Chaves Giraldo*. /E. Palmer Thompson: vigencia de una obra, *Joaquín Miras*. /Los ciudadanos siervos, un libre..., *Ernest Cañada*. /¿Qué es el socialismo? *Eudaldo Casanova*. /Les desconegudes, *Monise Ortiz*. /La huelga, *Pablo Neruda*.
39. El logaritmo amarillo; La reforma del precio de trabajo, *Gianfranco Pala*. /George Lukács y el estalinismo, *Nicolas Tertulian*. /Somos comunistas, republicanos y unitarios, *J. Serradell Román*. /Cuatro modestas proposiciones ante la crisis de la política emancipatoria, *Joan Tafalla*. /Réplica a un artículo de J. Tafalla, *Quim Boix*. /Moscú, 13 de octubre, *Kiva Maidanik*. /Reseña: La historia después de la historia de Josep Fontan, *Manuel Domínguez*. / Los nadies, *E. Calvino*.
40. Nuestro Marx, nuestro comunismo crítico, *Domenico Losurdo*. /De Morelos a Sonora, los caminos de la rev. mexicana, *J.L. Martín Ramos*. / Organizaciones sociales y vida cotidiana, *Joaquín Miras*. / L'original marxisme americà de Mariátegui, *Alex Guillamon*. / El problema de las razas en la América Latina, *J.C. Mariátegui*. /El determinismo marxista, *J.C. Mariátegui*. / Una modesta propuesta sobre el papel de los intelectuales y sobre la perspectiva comunista, *Mario Vegetti*. /Te quiero, *Mario Benedetti*.
41. Número monográfico sobre el Sindicalismo: ¿Unidad de acción? ¿Unidad sindical?, *J.Luis López Bulla*. / El futuro del sindicato. Hacia un sindicalismo de la diferencia, *Daniel Lacalle*. / ...Igualtat, diversitat?, *Mª Jesús Pinto*. / Experiencias en torno al debate sobre la política sindical hacia la juventud, *Ernest Cañada y María Caprile*. / El sindicalismo de las nuevas realidades, *Santiago Medina*. / Tres notes breus sobre els funcionaris, la crisi i el sindicalisme, *Jordi Miró*. / Inmigración y movimiento sindical, *Josep Bel*. / Tècnics, professionals i quadres i la renovació del sindicalisme, *Angel Crespo*. / Solidaridad, *Gabriel Celaya*.
42. Notas para un proyecto de desarrollo nacional y alternativo en lo económico, desde una perspectiva latinoamericana, *Humberto Avilés*. / Un libro de historia importante para hacer política, *Manuel Domínguez*. / La teoría materialista de la individualidad en La Ideología Alemana, *Jacques Texier*. / 1917: De febrero a octubre, *Martín Rodrigo*. / Lo están pateando, *Idea Vilariño*.
43. Monográfico sobre la Administración Pública: El Estado social y el marco general de la reforma administrativa, *Francesc de Carreras*. / Reforma de la Administración Central del Estado, *Enrique Ortega*. / Reforma de l'Administració Autònoma, *Luis Miró*. / Reforma de les Administracions Locals, *Artur Obach*. / Participació ciutadana a les administracions, *Jordi Gasull*. / L'Estat del Benestar. Una visió global, *Angels Martínez*. / Noves fórmules de serveis públics. Alguns elements per un debat, *Mª Eugenia Sánchez*. / Privatitzacions de serveis públics. Privatitzacions d'empreses públiques, *Francisco González*. / La proposta sindical sobre les privatitzacions a l'Administració, *Teo Sánchez*. / Siembra, *Miguel Otero Silva*.
44. Las innovaciones de Engels, 1885, 1891, 1895, *Jacques Texier*. / Amor y marxismo, una aproximación, *Mª Angeles Larrumbe y Eudaldo Casanova*. / Sobre la naturaleza de l'esser humà, *Oriol Martí*. / 50 anys del Fons Monetari i Banc Mundial, *Jaume Botey*. / Un entre tants, *Vicent Andrés Estellés*.
45. Monográfico sobre Nacionalismo: El concepto de nación y la fundamentación del nacionalismo, *Luis Rodríguez Abascal*. / Nación española-catalana y vasca. Algunas reflexiones, *Ramón del Río Aldaz*. / Estado-Nación y ciudadanía en la Europa de la inmigración, *Ignasi A. Dorronsoro*. / Las dos caras de la identidad, *Mauvo Peressini*. / Nacionalismos y crisis del Estado nacional, *Andrea Catone*. / Reseña de Clandestinos, de J. serradell, *Jordi Miralles*. / Juro nunca me render, *Armando Rodríguez*.
46. Temps de cólera: Un genocidio pacífico, *Joan Serrallonga i Urquidí*. / La persistencia de los mitos del neoliberalismo, *Alejandro Andreassi*. / La crisis del franquismo i la transició a la democràcia, *Pedre Isàs*. / Población Mundial y pobreza, *Hortensia Fernández*. / El joven Engels, *Eudaldo Casanova*. / Cuando sonó la trompeta, *Pablo Neruda*.
47. Izquierda y derecha en la política. ¿Y en la moral?, *Adolfo Sánchez Vázquez*. / América Latina: Las perspectivas de liberación y el ambiguo legado, *James Petras*. / ¿Por qué cayó el Comité de Salud Pública?, *Eudaldo Casanova*. / Ambient i Educació: una ullada a un panorama en transformació, *John C. Smyth*. / Acerca de Manuel Sacristán, (Reseña) por *Salvador López y Pere de la Fuente*. / Gacela de la muerte oscura, *F. García Lorca*.
48. Las facultades antropológicas que fundamentan la democracia, *Joaquín Miras*. / Necesidades y política socialista, *Joaquín Sempere*. / Radio Kaos: Lucha por la libertad, *Manuel Márquez Berrocal*. / Lógica Elemental de Manuel Sacristán, Reseña por *Salvador López y Pere de la Fuente*. / En la inmensa mayoría, *Blas de Otero*.

# EN TORNO A LA DIALÉCTICA

Antología de textos  
de Manuel Sacristán

por Pere de la Fuente Cullell\*  
y Salvador López Arnal\*

2.

*Los más dialécticos, los multimillonarios: nunca se bañan dos veces en el mismo traje de baño.*

4.

*(Interpretación del pesimista)*

*Nada es lo mismo, nada permanece. Menos la Historia y la morcilla de mi tierra, se hacen las dos con sangre, se repiten.*

Angel González,  
*Glosas a Heráclito.*

Las relaciones entre la lógica formal y la dialéctica han sido -digámoslo en términos suaves para evitar arrojar leña a este fuego aún encendido- algo amargas. Los lógicos formales han mal oído permanentemente las reflexiones de «los dialécticos». Han pensado, en general, que se trataba de afirmaciones fruto de la simple ignorancia. Y ya se sabe, desde Spinoza, que la ignorancia nunca es un argumento. De esa forma no sólo se ha rechazado todo lo dicho en torno a la lógica y a sus principios por parte de «los anti-dialécticos» sino que se ha menospreciado, en la mayoría de las ocasiones, todo tipo de reflexión «dialéctica», sobre éste u otra cuestión cualquiera, por alejada que estuviera temáticamente de aquel debate. Los lógicos borrosos, con su lógica difusa, tal vez hayan alterado en parte, en pequeña parte, la situación.

El comportamiento de «los dialécticos» no ha sido mucho mejor. Más bien, lo contrario. Han tendido a ver en la lógica aquello que no es ni pretende ser ni ha deseado ser. Se ha considerado que algunos principios lógicos de la tradición, como el principio de identidad o el de

no contradicción, presuponían una ontología antidinamicista, antidialéctica, que negaba todo tipo de cambio, de «alteración cualitativa». Por consiguiente, se pensaba, todo cambio social-político. De ahí a considerar que la lógica no era sino un instrumento de la reacción en el seno

del movimiento transformador tan sólo había un paso, un disparatado paso, que muy frecuentemente ha sido trazado por «los dialécticos». Aún más, se ha pretendido construir una lógica dialéctica, alternativa a la «burguesa y fijista lógica formal», cuando no un método dialéctico que, siguiendo el carácter contradictoriamente real del Ser en su devenir, diera de sí las verdades materiales («reales») que la lógica formal clásica era incapaz de hallar.

La discusión ha sido, ante todo, un debate de sordos. Y de ciegos. Hay excepciones, sin embargo. En nuestro país, hemos contado con uno de esos milagrosos casos que confirman esta nefasta regla. Manuel Sacristán Luzón fue un filósofo que estudió lógica formal durante los cursos 1954-56 en la Universidad de Münster (cuando en nuestro país, en la mayoría de los casos, la lógica quedaba reducida a la silogística aristotélica, versión tomista), al mismo tiempo que se adentraba en la filosofía marxista e iniciaba su militancia en el PSUC-PCE.

No hay en los escritos de Sacristán tesis alguna que identifique a la dialéctica con una lógica alternativa o un nuevo método científico, sin menospreciar por ello todas las reflexiones provenientes de este campo. No hay tampoco desconsideración del papel de la lógica como instrumento para el tratamiento - o disolución- de ciertos problemas filosóficos, o como ciencia formal que analiza la corrección o incorrección de nuestros argumentos. Todo lo contrario. Hay contribuciones de enorme e indudable interés para el desarrollo de esta



Cinta de Moebio. II  
M.C.Escher

\*Pere de la Fuente Cullell y Salvador López Arnal son profesores de Filosofía y miembros del Grup de Filosofia del Casal del Mestre, Alumnos de Manuel Sacristán y divulgadores de su obra en títulos como «Acerca de Manuel Sacristán», «Antología Mínima de Manuel Sacristán», y otras.

disciplina en nuestro país. Así, por ejemplo, su *Introducción a la lógica y al análisis formal*, 1964 o su *Lógica elemental*, texto de 1965, editado por vez primera en 1996, por no hablar de su faceta de traductor-introductor de textos decisivos en este campo o su reconocido papel, cuando pudo ejercerlo, de profesor de la disciplina.

Nuestra pequeña antología pretende dar muestra de la original reflexión de este pensador en un campo tan confuso -y confundido- como éste que estamos considerando. Hemos añadido dos textos de Mario Bunge y Karl Popper que intentan recoger las principales críticas (y reconocimientos) de estos autores a la dialéctica. Los hemos acompañado con sendos textos de Marx y Engels y con dos pequeñas muestras de desaciertos marxistas en torno a la lógica formal. Obsérvese, para finalizar, que la polémica no está completamente finalizada. El libro de Woods y Grant, del que se han seleccionado algunos breves fragmentos, está datado en 1991.

La mayoría de los textos seleccionados pertenecen a las obras de Sacristán editadas en *Icaria*. Cuando hacemos referencia a textos que son transcripciones de conferencias o de sus clases de metodología, el lector/a debería no olvidar su carácter oral y el hecho de que no hayan podido ser revisados por el autor.

Las referencias las hemos situado al final de la selección. Hemos acompañado algunos de los textos seleccionados con notas aclaratorias (o que pretenden serlo).

\* \* \*

### 1.- LA DIALÉCTICA EN HERÁCLITO Y EN PLATÓN

*«...en los dos casos, tanto en Heráclito como en Platón, la idea de dialéctica o de interpretación dialéctica de la realidad, tiene curiosamente o notablemente una punta ética, moral. En el caso de Heráclito incluso porque el lenguaje es casi un lenguaje de sermón. Se habla de despertar al dormido, por ejemplo, como podría decir un apóstol. En el caso de Platón porque en los dos textos clásicos en los que ha presentado el concepto de dialéctico, el libro VII de la República... y el Banquete..., el pensamiento dialéctico se presenta no sólo como el método justo para el trato con las esencias de las cosas sino también como resultado de un esfuerzo moral... Esta mezcla de elemento intelectual y elemento moral es otro de los rasgos del nacimiento*



*Heraclito. Grabado del libro Hermetian Imagines (1609) Biblioteca Nacional, Madrid.*

*del concepto de dialéctica...*»

**Nota:** Sacristán consideradaba necesario, para quien quisiera adentrarse en este campo, el estudio de la obra de Aristóteles y de Kant, amén de las del propio Platón y Heráclito. En la modernidad, Hegel y Marx son los clásicos indiscutibles.

### 2.- QUÉ NO ES LA DIALÉCTICA.

*«La tesis negativa dice que la dialéctica no es lógica. Hay que rechazar la confusión begeliana entre empiria y lógica. La dialéctica begeliana es mala lógica (porque exige que la lógica dé de sí contenidos reales) y mala empiria (porque fuerza a la empiria a someterse a un esquema lógico desde dentro, por así decirlo). Reúne lo peor de ambos mundos, el formal y el empírico... La dialéctica no es lógica, y cuando se presenta como lógica, cuando alguien intenta demostrar algo a base, por ejemplo, de la "ley de la negación de la negación" da entre vergüenza y risa, empezando por Engels. Su ejemplo del grano de cebada, según el cual la espiga de ese cereal se explica como «negación de la negación» de la semilla, es el prototipo del mal pensar begeliano y oscurantista, pues uno empieza conocer cuando se olvida de pseudo-explicaciones así y de pseudo-métodos de esa naturaleza y penetra en el grano de cebada con la química»*

**Nota:** De aquí no debería inferirse el menosprecio por este tipo de metáforas. Estas frases filosóficas pueden sugerir preguntas e investigaciones. Sacristán solía poner como ejemplo la afirmación aristotélica según la cual «el alma es en cierto modo todas las cosas», que pretende dar cuenta de como la mente humana conoce la realidad. Otras nociones como materia y forma, o acto y po-

tencia, «fijan y subliman experiencia común cotidiana».

En todo caso, la famosa ley de la negación de la negación no era de su especial consideración.

Sobre estas cuestiones puede verse el texto B del apartado siguiente.

### 3.- LA DIALÉCTICA EN ENGELS.

**A.** *«Y las variables del cálculo son simples signos que reservan, en una fórmula, un lugar para valores de una determinada clase, y no, como las ve Engels begelianamente, «contradictorias» cantidades que pueden hacerse infinitamente pequeñas» y luego «agrandarse», lo cual es una noción no dialécticamente contradictoria, sino llanamente absurda. Lo que puede variar es el objeto real medido por las cantidades que pueden ocupar en las fórmulas el lugar de una variable, pero no las cantidades mismas que expresan el resultado de cada medición. Estas no cambian, sino que, simplemente, son otras en cada caso. Cuando una persona engorda de 50 a 60 kilos, lo que cambia no es el número 50, sino la persona. El número 50. Construcción conceptual de la ciencia, es siempre el mismo»*

**B.** *«...también Engels ha aducido a propósito de los hidrocarburos la ley begeliana de la mutación de la cantidad en cualidad. Esta frase, como muchas otras verbalizaciones de la historia de la metafísica («idea», «materia y forma», «potencia y acto», «entelequia», «negación de la negación», etc.) es un magnífico receptáculo de la sabiduría de la vida, y hasta puede serlo de poesía. Pero cuando se pretende someter esas frases a un uso científico positivo se las convierte en trivialidades campanudas con las que no se explica nada. Engels, que tampoco hiló muy fino en eso, no lo ha hecho nunca, de todos modos, tan bastamente como Marx en la nota 205 del capítulo IX del libro I del Capital»*

**Nota:** La nota 205a, añadido a la 3ª edición de *El capital*, a la que se refiere Sacristán, versa sobre las «series homólogas» de compuestos hidrocarbonados. Marx sostiene que en compuestos como las parafinas, los alcoholes normales y los ácidos grasos normales (y «muchos otras») el simple añadido cuantitativo de CH<sub>2</sub> a «la fórmula molecular forma cada vez» un compuesto químico **cualitativamente** distinto. Sería un ejemplo de la ley de la transformación de la cantidad en cualidad. Es a estas frases a las que se refiere Sacristán como «trivialidades campanudas con las que no se explica nada».

4.- LA OPOSICIÓN A LA EPISTEMOLOGÍA CLÁSICA.

«Sin duda Marx, al recoger el principio del método dialéctico, abandona la tesis temáticamente idealista de que el ser que así se desarrolla es de la naturaleza de la Idea. Se trata aquí de la conocida tesis según la cual el método dialéctico de Marx consiste en el método de Hegel, pero con inversión de la ontología de éste. La ingenua metáfora mecánica, sugerida por el propio Marx, no da razón de muchas cosas, pero sí que basta para seguir con la que nos ocupa aquí. Al substituir la ontología idealista de Hegel por otra que él considera materialista, Marx se ve obligado a tener en cuenta la concreción material o sensible en su método. Por eso al heredar la idea hegeliana del ascenso de lo abstracto a lo concreto la varía del siguiente modo: hay un concreto material y un concreto intelectual, de pensamiento o conocimiento. El conocimiento arranca de lo concreto material y obtiene primero un producto abstracto. Luego el pensamiento va componiendo los sencillos abstractos iniciales hasta conseguir, ascendiendo, concretos de pensamiento. La *Entwicklung* hegeliana se configura así como una composición o síntesis con arranque empírico, y así queda de manifiesto el elemento más interesante y sensato de la metodología hegeliana o dialéctica: la valoración del conocimiento sintético de lo concreto, contrapuesta al lema clásico *non est scientia de particularibus*. Esta oposición a la epistemología clásica, oposición que es consciente hasta el punto de teorizarse (sin duda de un modo desenfrenado y abusivo), es precisamente lo que coloca a Hegel entre la media docena de clásicos epónimos de corrientes en la filosofía greco-europea del conocimiento»

**Nota:** El lema clásico «no existe ciencia de los particulares» tiene su origen en Aristóteles. El conocimiento positivo no tiene como objeto de investigación tal o cual ácido singular concreto, tal o cual péndulo particular, sino que intenta establecer las leyes del comportamiento de los ácidos, como universal (así, la de que todo ácido combinado con un base origina una sal y agua), o la ley que explica el movimiento de un péndulo, no particular, no concreto, que además es idealizado pensándolo como un cuerpo que tiene toda su masa concentrada en un punto. Puede verse sobre este punto el texto B del apartado 5.

5. LAS TOTALIDADES CONCRETAS.

**A.** «Con eso parece quedar claro cuál es el nivel o el universo del discurso en el cual tiene

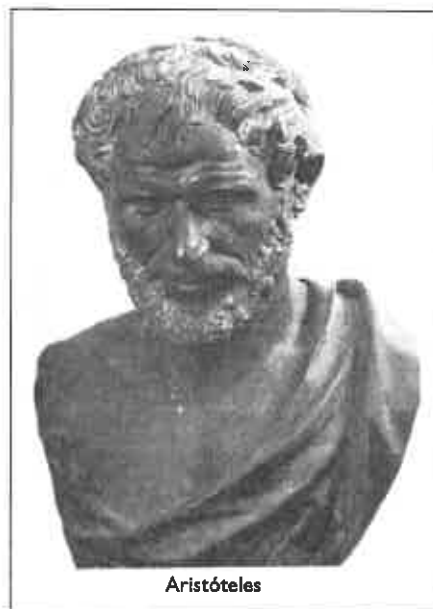
realmente sentido hablar de pensamiento o análisis dialéctico: es al nivel de la comprensión de las concreciones o totalidades, no al del análisis reductivo de la ciencia positiva. Concreciones o totalidades son, en este sentido dialéctico, ante todo los individuos vivientes, y las particulares formaciones históricas, las «situaciones concretas» de que habla Lenin, es decir, los presentes históricos localmente determinados, etc. Y también, en un sentido más vago, el universo como totalidad, que no puede pensarse, como es obvio en términos de análisis científico-positivo, sino dialécticamente, sobre la base de los resultados de dichos análisis»

**B.** «(...) Si realmente uno, por ejemplo, ante la idea de péndulo, lo que se propone realmente es conocer íntima, intuitivamente, estéticamente un determinado viejo péndulo que hay en casa de su abuela sin duda no se va a satisfacer con las leyes del péndulo de la física. Entre otras cosas porque las leyes del péndulo no sirven para todo péndulo, y además, en concreto no representan a ningún péndulo: o hay ningún péndulo que tenga todas la masa concentrada en un punto. Entonces, si de verdad es un interés estético de determinado péndulo, claro que lo esencial para él, no es la ley del péndulo, aunque también tiene su importancia cómo funciona un péndulo. Para toda la escuela histórica por un lado y para Marx en paralelo con ella, ocurre que el objeto de conocimiento se parece mucho al péndulo de la casa de la abuela, por así decirlo. Su verdadero interés es el conocimiento individualizado de ciertos momentos históricos. En el caso de Marx, con la diferencia de que él tiene asumido (el Marx maduro) que incluso para conocer el péndulo de la abuela necesita la teoría física del péndulo. Dicho de otro modo, que también para su investigación necesita la economía clásica y las matemáticas...

**Nota:** Sacristán recordaba en su presentación de la traducción castellana del *Anti-Dühring* de Engels que la dialéctica era el intento de comprensión de las realidades concretas con las que trata el hombre que «no son las ecuaciones diferenciales de la mecánica clásica, ni la ecuación de Dirac, sino otros hombres otros todos concretos y estructurados compuestos por hombres, estados concretos de la naturaleza, la resistencia y el apoyo concretos de ésta -la vida-».

6. MÉTODO Y DIALÉCTICA.

**A.** «En este sentido estricto inventado por la cultura burguesa, y por la filosofía de la ciencia burguesa, método es un conjunto de operaciones, muy simples, normadas en el sentido de que como son muy simples todos los podemos



Aristóteles

practicar del mismo modo sin necesidad de ser genios, ni poetas, ni filósofos. Nos basta con saber la ciencia básica de la burguesía, contabilidad... La actitud que consiste en despreciarlo, en decir «¡Fuera!, eso no es método», me parece equivocada, es perder historia. Sería como rechazar las técnicas de fundición del acero porque las han inventado los burgueses... yo creo que es digno de conservación ese uso de la palabra «método» como sucesión normada de operaciones simples, tales que toda persona competente, si parte de los mismos datos, puede llegar, con su ayuda, a los mismos resultados.

No me parece abandonable pero me parece que si uno tuviera que vivir sobre la base de esos métodos, lo mejor era pegarse un tiro rápidamente, porque esos métodos no sirven más que para contar, medir y pesar.

(...) Entonces, efectivamente, hay un sueño... de ir a por más. Por supuesto. Claro que es un sueño, es un objetivo (...) No existe un método dialéctico. Existe un pensar dialéctico por objetivos dialécticos ¿Estos cuáles son?. Los objetivos de totalización, de conseguir visión total, visión del todo»

**B.** «Aquí tropezamos otra vez con palabras. Cuando uno usa en este final del siglo XX palabras como «método», «demostración», «definición», etc., está aludiendo a instrumentos que se han depurado mucho, que se han formalizado o exactificados considerablemente. Cuando un filósofo del siglo XIX (como Marx) dice «método» está pensando «manera general de pensar», estilo intelectual. Cuando nosotros decimos «método» estamos pensando, por ejemplo, en el método de los mínimos cuadrados o, en un terreno material, en el método de las cámaras de plomo para la obtención de ácido sulfúrico (...): en suma, en artefactos tan exactificados que sus operaciones se pueden describir como

una sucesión formada de pasos tales que cualquier profesional competente los puede repetir en el mismo orden y con el mismo resultado. Esto no es método para un filósofo del siglo XIX, que apenas conoce, con ese grado de formalización, más que las Operaciones matemáticas que domina, y está, por el contrario, acostumbrado a usar la palabra «método» a propósito de la marcha general del pensamiento de Aristóteles, Kant o Hegel»

**Nota.** De todo ello, infiere Sacristán, que al toparse con la consideración de la dialéctica como método en la obra de Marx no hay que pensar en lo que hoy entendemos por método («una serie de operaciones, de manipulaciones atómicas, por así decirlo, simplicísimas, que toda persona competente puede realizar del mismo modo, obteniendo el mismo resultado si parte de los mismos datos» *Conferencia sobre dialéctica*, 1973), paradigma del cual sería, por ejemplo, el método de igualación para la resolución de las ecuaciones de primer grado con dos incógnitas, sino el concepto usado en tiempos de Marx. Es decir, entender método como marcha general del pensamiento o **estilo intelectual**. No hay reglas precisas en esa consideración decimonónica del concepto. No es una crítica ajustada menospreciar «las leyes dialécticas», como la de transformación de la cantidad en cualidad, o la de la negación de la negación, o la afirmación de que «todo se mueve», de no ser exactas, rigurosas o metódicamente aceptables. No se trata de esto. No son «leyes» en esa acepción del término.

## 7. VINDICACIÓN DE LA DIALÉCTICA.

**A.** «en vez de decir, «abandonemos la dialéctica», acordémonos de que dialéctica ha querido decir muchas cosas en la tradición. Ha querido decir la escolástica de la negación de la negación; el cierre categorial desde el mal Hegel hasta Gustavo Bueno, pasando por Althusser; pero dialéctica ha querido decir también, para Platón por ejemplo, el razonamiento inseguro. Eso ha querido decir dialéctica en Platón y en el mismo Aristóteles: el razonamiento incierto, el trabajo con lo difícil, el trabajo con lo impreciso, con lo que no se puede precisar, con aquello que si se precisa daría lugar a un caso de falacia de falsa exactitud... Dialéctica ha querido decir también globalización, conocimiento de totalidades, atención a las totalidades... Ocurriría por tanto con la palabra «dialéctica» lo mismo que con las expresiones «materialismo histórico» o «materialismo dialéctico»

(...) Por lo tanto, yo no sería partidario de

decir: «se acabó la dialéctica». Lo que hay que hacer es repensarla».

«Mi tesis positiva es que «dialéctica» significa algo, contra lo que tantas veces han afirmado los analíticos, por ejemplo, Popper o Bunge. «Dialéctico» es un cierto trabajo intelectual que, por una parte, está presente en la ciencia, pero, por otra, rebasa con mucho, en el doble sentido de que actúa también en el conocimiento ordinario precientífico y en otro tipo de conocimiento, posterior al científico metodológicamente. Ese tipo de trabajo intelectual existe como programa (más bien oscuro) en la filosofía del conocimiento europea desde el historicismo alemán, tiene en Hegel una realización especulativa y busca en Marx una realización empíricamente plausible.

(...) A mí me parece que ahí está la clave de lo que (lo haya pensado Marx o no) es el programa dialéctico: buscar un tipo de conocimiento que, utilizando el producto científico «normal», lo integre como «artísticamente» en una totalidad concreta que evoque el concreto real (histórico) que se está estudiando»

**Nota** Sobre las posiciones de Bunge y Popper pueden verse los textos seleccionados en nuestro último apartado.

La utilización del saber positivo es, según Sacristán, lo que distingue a las concepciones dialécticas occidentales de las orientales. Un pensamiento dialéctico occidental, decía Sacristán aunque se realice en Oriente, en Pekín, por ejemplo, en vez de partir tan sólo de la experiencia vivida, como en el caso del pensamiento dialéctico de Lao-Tsé o las escuelas heterodoxas hindúes, puede partir tanto de esa experiencia como de la experiencia elaborada por la ciencia positiva. Ésta sería la singularidad de la dialéctica marxista. Sobre este punto verse el texto 8 de nuestra selección.

## 8. EL IDEAL DEL CONOCIMIENTO EN MARX.

«Hay otra causa, y más interesante, que es el proyecto intelectual de Marx; su ideal de conocimiento, por así decirlo, la idea que se hace de su obra. El conocimiento que busca Marx ha de ser muy abarcante, contener lo que en nuestra academia llamamos economía, sociología, política e historia (la historia es para Marx el conocimiento más digno de ese nombre). Pero, además, el ideal de conocimiento marxiano incluye una proyección no solamente, sino globalmente social, hacia la práctica. Un producto intelectual con esos dos rasgos no puede ser teoría científica positiva en sentido estricto, sino ha de parecerse bastante al conocimiento común, o

incluso al artístico, e integrarse en un discurso ético, más precisamente político. Es principalmente saber político. Permítaseme repetir -porque cuando uno habla de Marx siempre corre el riesgo de levantar ronchas- que eso no excluye la presencia central de contenidos estrictamente científico-positivos en la obra de Marx. Ellos son imprescindibles en su concepción y la diferenciación de las otras épocas de la tradición revolucionaria»

## 9. DIALÉCTICA Y PRÁCTICA.

«Pero la dialéctica no es redundante para las intenciones del trabajo intelectual de Marx no sólo por la aspiración entre organicista y artística que le viene de la tradición de Spinoza, Leibniz y Hegel. Hay una razón más y es que la dialéctica establece con la realidad, con la práctica, una relación diferente de la que suele tener con ella la teoría científica.

(...) Pero además (SLA: además de la relación tecnológica que mantiene la ciencia con la realidad) existe otra relación, como es también sabido: una relación política directa, la cual es precisamente servida por la elaboración dialéctica, por la reconstrucción de la realidad como un todo sistemático individualizado, una reconstrucción que intenta hacer asible el complejo objeto de la actuación política.

La redundancia científica del llamado «método dialéctico (que no es ningún método científico en sentido «normal») da su sentido específico al trabajo intelectual de Marx y explica algunas dificultades de lectura...», 1978. (la negrita es nuestra).

## 10. ¿UN PROGRAMA INABARCABLE?

«(...) Lukács una vegada feu l'experiment mental de preguntar-se si restaria res del marxisme un cop totes les seves tesis particulars haguessin estat falsejades o buidades per l'evolució social. Cregué que sí, que restaria alguna cosa: l'estil de pensament molt englobant i dinàmic, històric, que ell anomenà «mètode dialèctic». Admetent que aquesta idea de Lukács és molt convincent, caldria afegir-hi o precisar-hi una cosa: el programa dialèctic de Marx -que engloba economia, sociologia i política i es totalitza en la història- inclou un nucli de teoria en sentit estricte que, sense ser tot **El Capital**, es troba en aquesta obra. El mateix programa era ja llavors inabastable per a un home sol... i també dóna el seu estil d'època a una empresa intel·lectual que avui considerariem pròpia d'un col·lectiu i no d'un investigador sol»

**Nota:** Sacristán se refiere en este paso al artículo de G. Lukács, «¿Qué es el marxismo ortodoxo?», contenido en *Historia y conciencia de clase*.



## 11. UNA CARACTERIZACIÓN.

«Dialéctica es una cierta manera de ser del producto intelectual consistente en su **globalidad** -como en el caso de la escuela histórica-, en el hecho de que es **autoexplicativo**, **autocontenido** -no tiene explicaciones exógenas-, tiene un elemento de **historicidad**, de **singularización del objeto** («el capitalismo», como en el caso de Sombart, o «El capital», que en el fondo es lo mismo, quieren decir lo mismo). En definitiva, rasgos que emparentan al producto dialéctico -en alguna medida- con el producto artístico, en el sentido de que es un producto «retraartístico», por así decirlo, que **Intenta reflejar una entidad individualizada, contenida en sí misma, y en su proceso, en su historicidad, en su dinamicidad...** en el caso de Marx hay esta gran diferencia respecto de la escuela histórica, a saber, que ese trabajo se intenta conseguir con los métodos habituales de la ciencia, con eso que él llama método de investigación y, por tanto, la cosa se distingue bastante del caso de la escuela histórica» (los subrayados son nuestros).

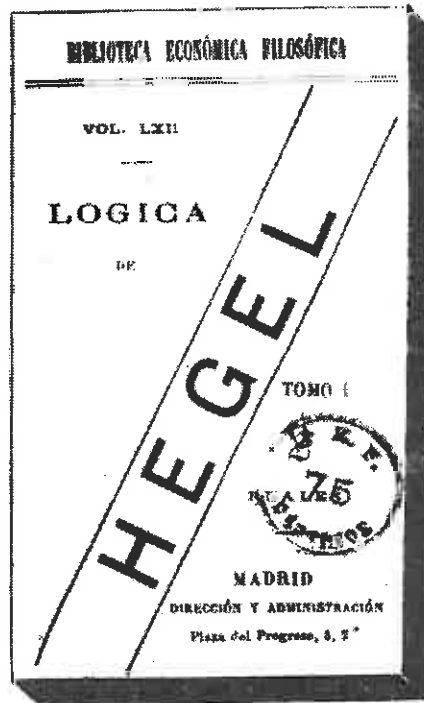
**Nota:** -La escuela histórica es una orientación de tipo anticlásico, de reacción contra el deductivismo de los clásicos ingleses (Adam Smith, David Ricardo) en economía. Su idea fundamental es la idea de **totalidad**, criticando el método de la economía clásica que sería un tipo de conocimiento fragmentario construido sobre la base de la abstracción de una conducta económica pura. La escuela histórica sostiene que tal tipo de conducta no existe. La conducta nunca es económicamente pura. Tiene otras motivaciones (culturales, sociológicas,...), además de estar influidas por el marco institucional (Estado, leyes, etc).

El inicio de la escuela histórica puede datarse con la obra de Rossi, **Lecciones acerca de la economía estatal según el método histórico**. Schumpeter divide a esta escuela de pensamiento en tres períodos: la antigua, la media y la moderna. El período más brillante y más célebre de la escuela es el protagonizado por Schmoller. Este fundó una asociación llamada "Asociación de Política Social" que ha sido punto de origen de la ideología de la socialdemocracia europea.

## 12.- A MODO DE RESUMEN.

«... puedo intentar modestamente discutir un poco la idea de dialéctica marxiana, de una forma que coincide del todo con las dos princi-

pales interpretaciones de la dialéctica marxista que hoy se encuentran en metodología. Hay quien considera que la dialéctica hegeliano-marxista es un método de conocimiento superior, más completo que los métodos corrientes de la ciencia. Y en el otro extremo, hay quien considera que es pura palabrería, sin ningún interés científico.



Yo opino que la idea de que exista un método dialéctico distinto de los métodos corrientes de la ciencia es falsa si por método se entiende de una sucesión de operaciones regulada y repetible. Si por método se entiende puramente estilo intelectual, entonces es válido.

En mi opinión la idea de método dialéctico o de la dialéctica es una de las últimas grandes metáforas metafísicas. Después de la filosofía abunda bastante en la teoría del conocimiento, sobre todo, pero también en la mitología, en ideas que han recogido en realidad metafóricamente experiencia precientífica, de la vida cotidiana, contribuyendo así, sin ninguna duda, a estructurar la experiencia vital de la gente. No es que sean ideas inútiles, pero en mi opinión no son ideas científicas, no son ideas exactas. Daré algunos ejemplos.

En la filosofía de Aristóteles el par de conceptos potencia y acto para explicar el cambio es un ejemplo...

Pues bien, en mi opinión, las ideas fundamentales de la dialéctica son eso: metáforas filosóficas precientíficas... como método y como categorías lógicas, la dialéctica está en el mismo plano que las grandes metáforas de la tradición filosófica.

La dialéctica es una palabra muy cargada de pasiones ideológicas y con la que es difícil aclararse. Resumiré lo que se puede decir a la

vista, por un lado de la obra en conjunto de Marx y, por otra parte, de la noticia que él tenía de lo que había hecho. La pretensión de que la dialéctica sea una lógica es falsa; en mi opinión, no hay ningún conjunto de reglas dialécticas de funcionamiento exacto. Dialéctica es más bien una cualidad de ciertos productos intelectuales, no un método, en el sentido riguroso de la palabra "método".

Dialéctico es un adjetivo sólo aplicable a un tipo de producto intelectual caracterizable por varios rasgos. Principalmente, su globalidad y su totalidad, el carácter muy interno, endógeno de la explicación (un objeto está explicado dialécticamente cuando lo está con elementos y factores que son internos a él, que no son exógenos) y eso implica, en mayor o menor medida, un punto de vista histórico, porque la integración de un objeto social es siempre histórica. No existen objetos sociales atemporales. En este sentido se puede decir que una teoría, o unas concepciones, serán más o menos dialécticas en la medida en que es más o menos englobante, más o menos autoexplicable, y más o menos histórica. Pero, en cambio, no se puede decir que exista una lógica llamada dialéctica, cuyas reglas no aparecen por ningún lado de una manera respetable, porque cuando aparecen resultan ser, en el fondo, metáforas referentes más bien a la experiencia cotidiana..."

## 13.- OTROS TEXTOS.

### 13.1.- Un fragmento del Anti-Dühring,

«Ya notamos que las matemáticas superiores cuentan entre sus bases fundamentales la contradicción según la cual recto y curvo deben ser idénticos en ciertas circunstancias<sup>(1)</sup>. También realizan esta otra contradicción: dos líneas que se cortan a nuestra vista, a cinco o seis centímetros de su Intersección se convierten en paralelas...

Pero aún estas mismas (las inferiores) están plegadas de contradicciones.

Por ejemplo: es una contradicción que raíz de  $a$  tenga que ser una potencia de  $a$ ... Es una contradicción que una magnitud negativa, multiplicada por sí misma, da un cuadrado positivo...» F. Engels, *Anti-Dühring*, capítulo XII (Los subrayados son nuestros).

Es obvio, por otra parte, que no hay contradicción alguna en que la raíz de un número real sea una potencia de este número, o que el producto de un número negativo por otro negativo sea un número positivo. El uso del término «contradicción» por Engels, en este caso, es muy laxo, poco preciso.

**13.2- Una carta de Marx.**

“... A propósito de Hofmann, tienes toda la razón. Ya verás, además, como al final de mi capítulo III, donde se esboza la metamorfosis del maestro artesano en capitalista, a consecuencia de cambios simplemente cuantitativos, menciono en el texto el descubrimiento de Hegel sobre la ley de la brusca conmutación del cambio únicamente cuantitativo en cambio cualitativo como ley verificada inmediatamente en historia y en las ciencias de la naturaleza»

(Carta de Marx a Engels, 22 de junio de 1867). La negrita es nuestra

**Nota:** Recuérdese lo dicho sobre la nota 205 del capítulo XIII del libro 1 de *El Capital*

**13.3.- La opinión de Mario Bunge**

«Los resultados de nuestro examen de la dialéctica pueden resumirse así:

(i) Los principios de la dialéctica tales como se formulan en la literatura existente hasta la fecha, son ambiguos e imprecisos...

ii) Cuando se los formula con algún cuidado, tres o cuatro de los cinco principios de la dialéctica pierden su universalidad: arrancan con el prefijo «Algún» antes que con «Todo». Y cuando se los formula de esta manera más débil, algunos de ellos quedan tan debilitados que se acercan a perogrulladas (...)

iii) Aun cuando se los formula con claridad y con un alcance limitado, los principios de la dialéctica no constituyen una base suficiente para una teoría general del cambio... En particular, (SLA: una teoría moderna del cambio) no tendría que contener términos arcaicos tales como «luchas de contrarios» excepto cuando se tratase de un auténtico conflicto entre opuestos auténticos.

iv) La dialéctica no abarca a la lógica formal: esta última se ocupa de constructos, no del mundo real...

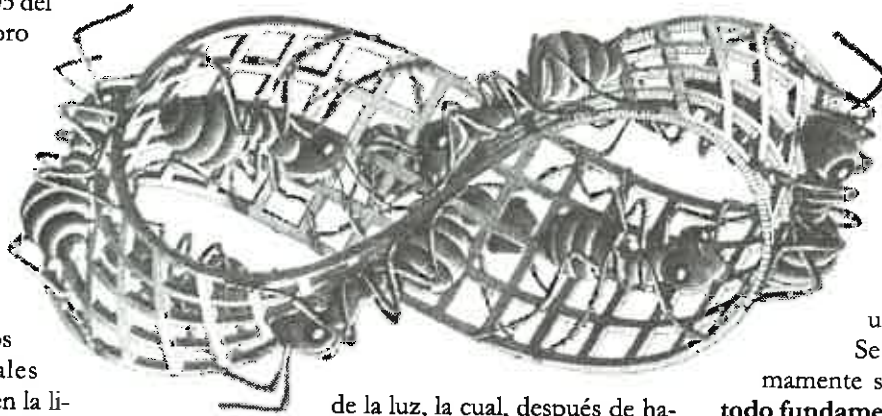
v) Los dos principios correctos de la dialéctica -que toda cosa concreta es cambiante y que a lo largo de todo proceso emergen nuevas propiedades- son compartidos por todas las ontologías procesuales... Dicha ontología es dinámico-dialéctica; o, si se prefiere, conserva lo que aún vive y desecha lo

muerto de la dialéctica» (Mario Bunge, *Materialismo y ciencia*, Ediciones Ariel, Barcelona, 1981)

**13.4.- La posición de Karl Popper.**

«Debe admitirse que tal interpretación dialéctica de la historia del pensamiento a veces puede ser muy satisfactoria y puede agregar algunos detalles valiosos a una interpretación concebida en términos de ensayo y error.

Tomemos como ejemplo el desarrollo de la física. Podemos encontrar en él muchos casos que se adaptan al esquema dialéctico como la teoría corpuscular



de la luz, la cual, después de haber sido reemplazada por la teoría ondulatoria está «conservada» en la nueva teoría que las reemplaza a ambas.

(...) Todo esto puede decirse en favor del punto de vista dialéctico. Pero debemos cuidarnos de no admitir demasiado.

Debemos desconfiar, por ejemplo, de una cantidad de metáforas usadas por los dialécticos y, desgraciadamente, tomadas a menudo con demasiada seriedad. Un ejemplo de ellas es la afirmación dialéctica de que la tesis «produce» su antítesis. En realidad, es sólo nuestra actitud la que produce la antítesis... Análogamente, no debemos pensar que es la «lucha» entre una tesis y su antítesis la que «produce» una síntesis. Son las mentes las que luchan y estas mentes deben producir nuevas ideas...

Pero los malentendidos y confusiones más importantes surgen debido a la manera vaga en que los dialécticos hablan de las contradicciones.

Observan, correctamente, que las contradicciones son de la mayor importancia en la historia del pensamiento, precisamente tan importantes como su crítica. Pues la crítica consiste invariablemente en señalar alguna contradicción....

Así, después de observar correcta-

mente que las contradicciones -especialmente la contradicción entre una tesis y una antítesis, por supuesto, que «produce» un progreso en la forma de una síntesis- son sumamente fértiles, y en realidad, las fuerzas impulsoras de todo progreso del pensamiento, los dialécticos concluyen -erróneamente, como veremos- que no es necesario evitar esas fértiles contradicciones. Y hasta afirman que no es posible evitar las contradicciones, ya que surgen en todas partes.

Una afirmación semejante equivale a un ataque al llamado «principio de contradicción» de la lógica tradicional... Al observar la fecundidad de las contradicciones, los dialécticos sostienen la necesidad de abandonar este principio de la lógica tradicional. Sostienen, así, que la dialéctica conduce, así, a una nueva lógica: una lógica dialéctica...

Se trata de pretensiones sumamente serias, pero carecen de todo fundamento». («¿Qué es la dialéctica?», 1940 en *Conjeturas y Refutaciones*, 1961, págs. 378-379, de la edición castellana de Paidós).

**13.5.- Textos de la tradición marxista**

**13.5.1. Lógica y contradicción en George Novack.**

«La lógica formal en sí misma no tolera una verdadera contradicción. La suprime, la anula, la proscribe (o eso cree). Pero decretando la expulsión de la contradicción de su mundo de ideas no erradica todavía la existencia de la contradicción el mundo real. En su esfuerzo por librarse de la contradicción, los formalistas precipitan las contradicciones sobre la realidad objetiva. En el mundo representado por la lógica formal todo se mantiene en oposición absoluta a cualquier otra cosa: A es A; B es B; C es C. Lógicamente, no tienen nada en común. ¡La contradicción reina!

La contradicción, eliminada de la lógica formal, adquiere supremacía en el mundo real. ¡La contradicción está muerta, viva la contradicción! Los formalistas eliminan la contradicción de su sistema sólo al precio de darle el cetro fuera de él.

(1) Se refiere aquí Engels a otro pasaje del *Anti-Dühring* en el que afirma que “el cálculo diferencial, a pesar de toda las protestas de la sana razón” toma lo recto y lo curvo como idénticos, obteniendo de este modo resultados que “no alcanzan la sana razón, que se resiste contra la identidad de lo recto y lo curvo».

La verdadera contradicción debe incluir en sí identidad y diferencia. Esto no puede hacerlo el formalismo. En todas las leyes de la lógica formal no hay más que identidad en distintas formas. No hay una pizca de diferencia en ella ni entre ellas.

(...) Las leyes de la lógica formal que proscriben la contradicción se encuentran en franca contradicción con esta teoría y realidad de la evolución universal. La ley de identidad abstracta afirma que nada cambia; la dialéctica asegura que todo está cambiando constantemente ¿Cuál de esas proposiciones opuestas es falsa y cuál es cierta? ¿A cuál nos adherimos y cuál descartaremos? Esa es la pregunta que los materialistas dialécticos hacen a los **formalistas empedernidos**. Esa es la pregunta que el mismo pensamiento científico formuló a la lógica formal no solamente en el siglo pasado sino mucho tiempo antes. Esa es la pregunta que la lógica formal no se anima a oír ni considerar porque **expone el vacío de sus pretensiones y señala el fin de su reinado de dos mil años sobre el pensamiento humano**

(George Novack, *Introducción a la lógica dialéctica* 1969, págs. 48-50) (las negritas son nuestras)

### 13.5.2. Lógica y rigor mortis.

A. "Según la lógica formal, el todo es igual a la suma de las partes. Sin embargo, si lo examinamos más atentamente veremos que esto no es cierto. En el caso de los organismos vivos claramente no lo es. Un conejo troceado en un laboratorio y reducido a sus partes cons-

tituyentes, ¡deja de ser un conejo!» (p.57)

**Nota:** Según la lógica formal el todo ni es mayor ni es menor ni es igual que las partes. La afirmación "el todo es mayor que las partes" es una de las nociones comunes de los *Elementos* de Euclides. No tiene nada que ver con la lógica formal. Aún más, después de la teoría de los números transfinitos de Cantor, un conjunto (por ejemplo, el de los números enteros positivos pares), que sea parte de otro (por ejemplo el de los naturales), puede ser igual (tener el mismo cardinal) que el conjunto que lo contiene. En este sentido, el todo no sería mayor que todas sus partes.

B. "Las leyes de la lógica formal han sufrido una derrota aplastante en el campo de la física moderna, en el que han demostrado ser totalmente incapaces de tratar los procesos dialécticos que se dan en el nivel subatómico. Partículas que se desintegran tan rápidamente que es difícil decir si existen o no plantean un problema irresoluble para un sistema que intenta prohibir toda contradicción de la naturaleza y del pensamiento..." (págs. 69-70)

C. «Es necesario adquirir una comprensión concreta del objeto como un sistema integral, y no como fragmentos aislados; con todas sus interconexiones necesarias, y no fuera de su contexto, como una mariposa clavada en el panel de un coleccionista; en su vida y movimiento, y no como algo estático y sin vida. Este enfoque está en contradicción



abierta con las llamadas «leyes» de la lógica formal, la expresión más absoluta de pensamiento dogmático que nunca se haya concebido, una especie de rigor mortis mental. Pero la naturaleza vive y respira, y resiste tozudamente el acoso del pensamiento. «A no es igual a A». Las partículas subatómicas son y no son. Los procesos lineales terminan en caos. El todo es mayor que la suma de sus partes. La cantidad se transforma en cualidad. La propia evolución no es un proceso gradual, sino que está interrumpido por saltos y catástrofes repentinos. ¡Qué le vamos a hacer! Los hechos son los hechos» (págs. 82-83) (Alan Woods y Ted Grant, *Razón y Revolución. Filosofía marxista y ciencia moderna*, Fundación Federico Engels, Madrid, 1995. Edición inglesa de 1991)

### Referencias.

- 1.- «Sobre la dialéctica»<sup>1</sup>. Conferencia dictada en la Universidad Autónoma de Barcelona, Facultad de Derecho, 1973.
- 2.- Pacifismo, ecología y política alternativa (PEYPA), Icaria, Barcelona, 1987, p. 113
- 3.- A.) Sobre Marx y marxismo. Panfletos y materiales I (P y M I), Icaria, Barcelona, 1983, p. 41  
B.) «El trabajo científico de Marx y su noción de ciencia», en P y M I, p. 349
- 4.- P y M I, págs. 326-327.
- 5.- A.) P y M I, p. 38  
B.) Apuntes del curso de Metodología de las Ciencias Sociales, Facultad de Económicas, Universidad Central de Barcelona, 1983-84. Transcripción de Joan Benach
- 6.- A.) Conferencia sobre dialéctica, UAB, 1973.  
B.) PEYPA, p. 114.
- 7.- A.) «Una conversación con Manuel Sacristán», 1979, en *Acerca de Manuel Sacristán*, Ediciones Destino, Barcelona, 1996, págs. 118-119  
B.) «Entrevista con Manuel Sacristán», *Dialéctica*, 1983, en o.c., págs. 212 y 213-214, recogida en *Acerca de Manuel Sacristán*, o.c.
- 8.- «¿Qué Marx se leerá en el siglo XXI?», 1983 en PEYPA, págs. 124-125.
- 9.- P y M I, p. 337.
- 10.- Pròleg a la traducció catalana de *El Capital*, 1983, p. 9
- 11.- Apuntes de metodología de la ciencia, curso 1983-84. Transcripción de Joan Benach.
- 12.- Apuntes del curso de doctorado de Metodología de las ciencias sociales, 1983-84.



# Invitació a la lectura

Martín Rodrigo y Albarilla\*

## Organització patronal i conflictivitat social a Catalunya

de SOLEDAD BENGOCHEA\*\*

**M**olt sovint la producció històrica al nostre país reflexa diferents 'modes'. Posem un exemple: en els darrers anys estem assistint a una proliferació d'estudis d'història de l'empresa. Certament, la moda d'estudiar les empreses i els empresaris del nostre passat recent ha provocat un increment important de llibres i articles entorn el tema.

Malgrat la seva diversitat i heterogeneïtat, aquestes estudis tenen dues característiques comunes:

D'una banda, els treballadors són els grans absents de les empreses. Sense tenir en compte que la industrialització no és més que un procés basat en desarrelar els treballadors de les seves ocupacions -artesans o agrífies-, desposseir-los dels seus concixements laborals per incorporar-los a una nova disciplina: la fàbrica, ... es pot fer història de l'empresa? Doncs, precisament, això és el que s'està fent.

D'altra banda, una segona constant en els recents estudis d'història de l'empresa és que els empresaris apareixen exclusivament com uns personatges innovadors, que en buscar el seu benefici privat produeixen un benefici a la societat. Aquests estudis recents s'acosten molt a la noció schumpeteriana d'empresaria, però ens informen molt poc de la realitat.

El llibre de Soledad Bengoechea, afortunadament, no cau en aquests paranys. El seu estudi sobre l'organització patronal i la conflictivitat social a Catalunya entre 1898-1923 és quelcom més que això. D'entrada podem dir que dibuixa, molt clarament, un dels escenaris de la lluita de classes a la Catalunya de la Restauració, situant de manera central la diferenciació de la socie-

tat catalana d'aleshores. Bengoechea estudia el procés d'articulació ideològica i organitzativa dels empresaris no en tant que 'grup de pressió' sinó en tant que organitzacions de resistència. I a la vegada explica com aquest moviment d'autoorganització patronal -constituït per a fer front a les lluites obreres dins i fora de les fàbriques- es porta a terme de la mà de la gran organització de l'empresariat català que és el Foment.

De fet, una de les aportacions més valuoses de l'estudi de Bengoechea és que demostra clarament que els principals impulsors d'aquestes organitzacions patronals de resistència són destacats empresaris -de primera filera, podríem dir- que contenen amb el suport plé de Foment, organització amb la qual han decidit dividir-se, funcionalment, el treball: mentre que Foment seguirà actuant com a grup de pressió per intentar modificar en benefici de l'empresariat les decisions del poder polític, la Federació Patronal de Barcelona -i les organitzacions de resistència que hi agrupava- es dedicarien a plantar cara als sindicats obrers.

Bengoechea descriu i analitza el procés de creació d'aquesta Federació Patronal de Barcelona, partint d'un sector com el de la construcció -molt lligat a la demanda de les institucions- i d'un empresari com Josep Sabadell, contractista d'obres de Gràcia. Sabadell, amb el suport de grans constructors com FOCSA, crearia en primer lloc el 'Centro de Contratistas de Obras y Maestros Albañiles', entitat a la que posteriorment s'afegirien organitzacions similars d'electricistes, pintors, vidrers, ...

Després d'agrupar-les en una única Federació Patronal, l'empresariat català aconseguiria constituir organitzacions -com ara la Confederación Patronal Española, el

1914- amb idèntics objectius però que abastaven el conjunt d'Espanya.

El llibre de Bengoechea, a més, descriu com aquestes organitzacions patronals no van badar a l'hora d'utilitzar el tanca-ment patronal -o lockout- com a resposta a les demandes laborals dels treballadors, o com -des dels conflictes a les comarques del Ter i del Freser de 1902- van institucionalitzar 'pactes de la fam': acords consistents en no donar feina als treballadors que tinguessin vinculació amb els sindicats. Una estratègia patronal dirigida amb un únic objectiu: guanyar les vagues, desincentiva l'organització dels treballadors i aixafar el sindicalisme.

Tal com afirma Pere Gabriel en el pròleg del llibre, l'anàlisi de Soledad Bengoechea «implica una molt notable empenya per a reconsiderar tota una època», una època en la qual el conflicte de classes apareix nu amb tota la seva cruesa. Després de la lectura del llibre -fruit de la tesi doctoral de l'autora- segurament el lector tindrà més elements per entendre la dinàmica pistoleril endegada per aquests empresaris i per les principals autoritats com Martínez Anido i Arlegui, a la vegada que entendre millor perquè la solució final a la crisi de la Restauració vindrà de la mà del Capità General de Catalunya, Miguel Primo de Rivera, que donà el seu cop d'estat a Barcelona amb el suport, més o menys explícit, de l'empresariat català.

Per totes aquestes raons -a les que caldria afegir una redacció acurada- la lectura d'un llibre excepcional com el de Soledad Bengoechea és molt recomanable per tots aquells que s'interessin per la nostra història, i que pensin que el coneixement del nostre passat ens situarà millor per entendre el present i, sobretot, per a transformar el futur. ●

(\*) Martín Rodrigo és historiador

(\*\*) Soledad Bengoechea (1994) *Organització patronal i conflictivitat social a Catalunya* Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat

Como todos los días he llegado tarde a casa  
y he madrugado esta mañana (como todas las mañanas)  
y sin parar durante el día me encuentro cansado  
sin ganas de hablar y menos de leer (eso que tanto me gustaría)  
y casi sin fuerzas para pensar.  
El aire de la mañana es refrescante  
pero hubiera preferido quedarme en la cama  
y ver las caras de mis hijos cuando se despiertan  
ver las caras de mis hijos a la luz del sol  
que resulta que es una luz gratuita que a veces resulta un lujo.  
No es que se pase mal con los compañeros  
no me quejo de eso.  
Cada uno tiene su modo de distraer sus preocupaciones  
y yo procuro no pensar y entregarme al trabajo  
y que las horas resbalen hasta que llegue ésta de estar en casa  
que yo quisiera más fresca y llena de alegría  
pero no puedo poner un poco de música porque los niños duermen  
y yo mismo llego casi dormido.  
En el periódico a veces veo la foto de un niño  
y pienso en los míos que estarán comiendo la merienda  
para hacerse fuertes y ojalá tengan otra vida mejor que la mía  
y que ahora no les preocupen demasiado esos pequeños problemas  
que con frecuencia tienen los niños.  
A veces siento tedio de todo  
y miro por la ventana del sexto piso donde trabajo  
miro el fondo del patio como una liberación.  
Pero esto es un momento y no todos los días  
aunque a veces confieso tengo que hacer un esfuerzo muy grande  
refugiarme en el retrete  
sacar la fotografía de los míos y llorar un poco.  
Los números y los papeles me han enseñado muchas cosas  
pero estoy harto de números y papeles y a veces miro las rodillas de una joven  
pero me acuerdo de las rodillas de la novia que tuve  
que ahora es la madre de mis hijos  
y pienso que sus rodillas y sus manos cansadas son más hermosas  
y siento deseos de salir corriendo por la ciudad  
para llegar a mi casa y besarla en los brazos.  
Pero hace mucho tiempo que acostumbro a dominar mis impulsos  
y no sé ya si es que soy efectivamente viejo o si me voy haciendo efectivamente idiota.  
Como de pie y de prisa para seguir trabajando  
y menos mal si tengo un momento para telefonar a casa  
siempre de prisa y con ruidos que estorban entenderme.  
Pasan los años y los niños crecen y yo quisiera que pasaran más de prisa  
porque en definitiva mi vida es para que crezca la suya.  
Pero los años pasan despacio y yo estoy cansado.  
Tengo unas pocas monedas en una caja (llevo varios meses sin ir al cine)  
pero en cualquier momento surgirá un imprevisto  
y tendré que echar mano de esas monedas  
como ha ocurrido en cuanto conseguí reunir un poco de calderilla.  
Se debe de notar que estoy cansado porque mi mujer me mira pensativa.  
Cuando éramos novios, a pesar de las dificultades, éramos felices.  
Hoy seguramente somos felices pero estamos aburridos  
necesitamos tiempo y aire libre para que se refresque nuestra felicidad.  
Apago la luz. No puedo seguir pensando.  
Mañana he de madrugar y veré las mismas caras cansadas.  
Las mismas caras todos los días.  
Los mismos movimientos mecánicos.  
Ojalá pueda dormir esta noche sin sobresaltos.

Antonio Malina

R  
e  
f  
l  
e  
x  
i  
o  
n  
e  
s  
d  
e  
u  
n  
h  
o  
m  
b  
r  
e  
h  
o  
n  
r  
a  
d  
o



El primero a quien, después de cercar un terreno, se le ocurrió decir: "Esto es mío" y halló personas bastante sencillas para creerle, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, guerras, muertes, miserias y horrores habría ahorrado al género humano aquel que, arrancando las estacas o arrasando el foso, hubiera gritado a sus semejantes: "¡Guardaos de escuchar a ese impostor; estáis perdidos si olvidáis que los frutos son para todos y que la tierra no es de nadie!"

J.J. Rousseau